This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

L5231.2.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND [illegible], '08
IN REMEMBRANC[illegible]NTIFIC CONGRESS
SANTI[illegible]CCCVIII

Al Sr. D.
Luis Montt,
Director de la Biblioteca Nacional de Cl
Su affmo
El Autor

A 22 de Julio — 1887.

PLUMADAS

COLECCION DE NOVELAS, CUENTOS I ARTICULOS ORIJINALES

PLUMADAS

DE

JORJE HUNEEUS GANA

1887

SAL 5231.2.2

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

En prensa.—*Estudios sobre España*..... 1 vol.
En preparacion.—*Tarde!* (Novela orijinal)..... 1 vol.

SANTIAGO

IMPRENTA DE «LA ÉPOCA»

A MI PADRE,

mi primer libro, en prenda de acendrado cariño i de veneracion sincera.

El Autor.

INDICE

LOS LABIOS MANCHADOS (Novela)..... I
LA MANO DE PIEDRA (II parte de «Los Labios Manchados»)..... II
NI ESPERANZA NI GLORIA (Pincelada para un cuadro)..... III
...ENAMORADOS! (Novela)..... IV
JUAN (Cuento fantástico)..... V
LO QUE ELLA CANTABA (Novela)..... VI
BESARSE I MORIR (Ménos que cuento)..... VII
ROSA DE LAS NIEVES (Paisaje de otoño)..... VIII
—TONTO! (Fragmento de una narracion de invierno)..... IX
AÑO NUEVO (Esqueleto de un artículo)..... X
EL MEJOR POEMA DE UN GRAN POETA..... XI
LA EDUCACION DEL HOMBRE, POR F. FRÖEBEL (Estudio bibliográfico)..... XII

Indudable me parece que, para juzgar con justicia de cualquiera obra, es menester tomar en cuenta no tan solo el mérito absoluto e intrínseco de ella, sino además el medio i circunstancias en que fué concebida i ejecutada la tal obra. Digo esto para que no semeje traída por los cabellos la ad-

vertencia que voi a hacer respecto de los trabajillos que contiene el presente volúmen. La cual advertencia se reduce a confesar que los ensayos novelescos, los cuentos i los artículos que van a leerse—o a dejarse de leer—han sido escritos todos (salvo unas poquísimas pájinas, que son las ménos, pues no pasan de unas treinta) en la imperita edad comprendida entre los 17 i los 20 años.

No faltará, sin duda, algun mal pensado que, en vista de semejante advertencia, pregunte: «I ¿por qué publica Ud. entónces esos trabajos?» A lo cual responderé con la sinceridad de que siempre me he vanagloriado en mis respuestas: «Porque tengo ganas.» I me parece contestacion más que suficiente para decir que mi advertencia va enderezada, no a disculpar o atenuar la enormidad de un delito que no creo haber cometido al publicar algunas de mis primeras *Plumadas*, sino a explicar un antecedente que no es quizá desdeñable para el recto juzgamiento de los tales trabajillos.

Ménos desenfadado i presuntuoso habría sido talvez el que esta advertencia la hu—

biera escrito algun autor amigo mío, en forma de prólogo o presentacion oficial al público i con los adornos, galanterías i benevolencias biográficas i críticas que usan jeneralmente los prologuistas literarios al hablar de sus ahijados. Empero, confieso que la vanidad no me toma a mí por ese lado; pues pienso que, ya que el tener flaquezas de vanidad es condicion forzosa de la natnraleza humana, preferible es que tenga cada cual las suyas sin hipocresía. I por eso me permito declarar con franqueza que prefiero los reproches injustos a las alabanzas inmerecidas. Esto es, prefiero las censuras que puedan prodigárseme por haber publicado obras que no son hijas de la madurez de la vida sino del aliento de la juventud, a las alabanzas que pudieran ser dictadas más por los nobles sentimientos de la amistad que por el criterio imparcial de la justicia.

J. H G.

En Santiago, a 17 de Julio de 1877.

LOS LABIOS MANCHADOS

A MI AMIGO MANUEL A. LÉMUS

Perdóname, Señor... Pero hai momentos
en quo dudo de tí
cuando miro falsear los sentimientos
los castos pensamientos,
del ser perfecto a quien amor le dí!
¡Ella tan casta i pura
como el dulce mirar de un serafin!
Ella, del cielo la mejor hechura,
tambien manchó con la mentira impura
sus labios de carmin!

ADOLFO VALDES.

I

Era aquella una hermosísima cabeza: no diré si rubia o morena, porque partidarios hai de que solo las morenas pueden ser tipo de la belleza, como los

hai de que no existe belleza femenina sin sus respectivos cabellos de oro. De suerte, pues, que para evitarnos desacuerdos, figúresela el lector como mejor le parezca, que yo no le doi mas dato que este: era una cabeza hermosísima.

Cabeza! I ¿nada mas? preguntareis.—Nada mas, respondo, porque desgraciadamente no se trata de una persona viva i entera, sino de una cabeza de mujer pintada diestrísimamente en un cuadro de pequeñas dimensiones que tenia colgado Rodolfo en frente de su escribanía.

Todos los circunstantes miraban con profunda atencion aquel trabajo i a su vista surjian mil observaciones varias:

—¿De dónde sacaste esta preciosidad?—decia un coleccionista...

—Juraria que yo conozco esa cara... Sí, yo la he visto en alguna parte...—afirmaba uno que se creia notable fisonomista.—Pero hace de ello mucho tiempo... Rodolfo, dí, ¿no es un retrato esa cabeza?...

—¡Retrato!... I ¿de quién?...—esclamó otro—Díme pronto dónde puedo ver a esa mujer, porque si vive, la adoro desde luego!...

—Es de... de... Pues, cosa mas singular... Tengo hoi una memoria mas desgraciada...—repetia el que la echaba de fisonomista.

—Parece copia de alguna fotografía—dijo uno entendido en pintura.—La prolijidad de esos toques, la precision extraordinaria de esos detalles, acusan la presencia de un modelo fotográfico...

—Pero, callen Uds!—gritó otro asombradamente.—Ese retrato está manchado!

Decir esto i descolgar el retrato, fué una cosa misma.

Agrupáronse las cabezas sobre la bella miniatu-

ra i quedaron todos como absortos examinando mas de cerca el cuadrito.

—Efectivamente—dijo por fin el crítico de pintura—tiene una mancha, que parece intencional... Eso no es borron, eso está pintado con todo esmero... ¡Es lástima! porque la cabeza es de ejecucion mui limpia i acabada.

Los demas profanos del arte respetaron esta opinion, pero todos se habian quedado mirando a Rodolfo como aguardando que él dijera algo.

Rodolfo sonrió preguntando:

—¡Oh! Son Uds. curiosos. I despues irán a decirles a las mujeres que solo ellas...

—Pues yo,—dijo el que parecia artista,—no soi mui curioso, mas te confieso que me llama mucho la atencion ver que se haya ultrajado sin objeto un trabajo tan bien ejecutado. Me sorprende, ademas, que tu hayas podido permitir...

—I ¿cómo sabes si yo he permitido tal cosa? interrumpió Rodolfo.

—Entónces ¿cómo pudiste comprar eso, así manchado?... Es extraño.

—Pero si yo no compré esa pintura...

—Tanto dá!, álguien la compró i a su vez...

—Te equivocas. A esta cabeza no la ha profanado nunca venta alguna.

—Entónces te la han regalado.

—Tampoco...

—No comprendo una palabra.

—I sin embargo, es mui sencillo. Recojí esa pintura en un campo de batalla.

—Eso no es sencillo, sino mui raro.

—La encontré en el cadáver de un valiente.

—¡Oh! El asunto pica ya en historia... I ¿quién era ese bravo?

—Era el propio autor de la miniatura. La habia pintado para llevarla c nsigo.

—Ahí se divisa un amor desgraciado talvez.

—No se equivocan Uds.,—prosiguió Rodolfo. Hai en la historia de este retrato la historia de un amor.

— ¡Amor! es la trama obligada de todas las novelas así de las del corazon, como de las que forjan los escritores.

—Pero ¿I la mancha aquella?—insistió el artista.

—¿Quiéren Uds. oir la historia entera? dijo Rodolfo encendiendo un cigarro.

—Suéltala pronto, dijeron todos.

—Pues esa historia,—prosiguió el dueño de casa—despues de haber ofrecido cigarros a los circunstantes, encierra un verdadero drama del corazon...

Los semblantes de los cinco jóvenes allí reunidos se pusieron serios de repente i todos los amigos principiaron a escuchar con grande afan.

—Un verdadero drama del corazon i tal que en toda mi vida de militar no he visto otro que mas me haya impresionado... ¿Ninguno de Uds. conoció a Fernando Leon, el leon de Tarapacá, como le llamábamos en el Norte desde que cayó junto a nuestro leal Ramirez en aquella gran jornada?...

—De vista le conocí yo.

—¿No era un mozo alto, bien formado, de luenga barba, figura distinguida, varonil i militar?... De ojos dormidos...

—El mismo.

—No es extraño que no le conocieran Uds. personalmente, porque fué mui retirado, casi no tuvo amigos i por lo mismo que poseia un gran corazon, vivió mui concentrado en sus propios sentimien-

tos..... Pues bien, Fernando era un talento para el arte de Rafael. Sin haber estudiado, pintaba ocmo han visto Uds.; porque me olvidaba decirles que esa cabeza la pinto él... Es decir, la copió de un retrato i ademas de de un orijinal, de modo que tú, Luis, tenías razon al pensar que conocías ese bello rostro i tú, Cárlos, decías verdad tambien al aseverar que parecia copia de retrato...

—Pero ¿i la mancha?—volvió a insistir Cárlos.

—La mancha... Ten paciencia, ya lo sabrás.

—Veo que la historia promete ser interesante.

—Efectivamente, prosiguió Rodolfo, encierra este cuadrito una historia interesante que voi a referir pronto a Uds. ya que esta noche estamos desocupados...

—Adelante.

—Miren ustedes bien el retrato. Acérquense todos a la luz... Fíjense con atencion... Precísenme ahora el punto en que está la mancha...

—¡En los labios! ¡En los labios!... Es singular, no habíamos reparado en ello—dijeron todos.

—Amigos—continuó Rodolfo—colgando el retrato en su lugar, esa mujer tiene los labios manchados...—¿Quieren Uds. saber por qué? Pues óigan entónces con atencion esta historia, que podrá parecer vulgar, por cuanto sucede todos los dias en el mundo, pero que no carecerá de interes si se atiende a todos los detalles con que voi a referirla.

II

Diezisiete años tendria Fernando cuando una tarde que estábamos—no recuerdo ahora por qué —fuera del seminario, vió salir de un colejio de

niñas a una chiquilla preciosa que, vestida toda de blanco i acompañada de una dama—su madre talvez—andaba con singular gracia i compostura.

Era la niña bellísima i se notaba en su jesto, en su andar, en toda su persona, no sé qué aire de seriedad amable, impropia sin duda de aquella edad, pero encantadora siempre en una mujer.

Nuestro primer ímpetu de muchachos, fué seguir a esa niña e íbamos a hacerlo ya con el sin respeto i descaro que los colejiales usan siempre en tales casos, cuando Fernando me recordó, poniéndose mui colorado, que íbamos a cometer una ridiculez, porque estábamos ensotanados—como seminaristas que a la fecha éramos.

—Pues ¿i qué importa?—le dije yo.

—Sí, que importa —repúsome sériamente Fernando.

Comprendí que la chica le habia impresionado mas que a mí, puesto que no le interesaba solo el verla, sino el que ella le viera, i que le viera no así no mas i con el negro claustral hábito de seminarista, sino en aspecto apropiado de todo en todo a la índole de aquellos trajines.

Quedámonos, de consiguiente, parados en una esquina hasta que perdimos de vista a la chica.

—Tomó por la calle de Agustinas—observó Fernando i nos separamos hasta el otro dia.

En el cual dia ví parecerse mui temprano por casa a Fernando. Venia sin cosa alguna de seminarista i tan olvidado de que lo habia sido, que en vez de hablar de nuestros estudios de teolojía, i de los comentarios a Scot o a Santo Tomas, como solíamos, comenzóme a referir punto por punto todas las averiguaciones que últimamente habia hecho; de las que resultaba—segun cálculos cuya presteza i oríjen no me expliqué nunca— que

aquella chica que habíamos visto, se llamaba Blanca, que vivia en la calle de Agustinas, núm...—no recuerdo el número—que tenia 14 años solamente, que era hija de la respetable i conocida señora doña Mercedes Ocampo, viuda del célebre estadista don José Miguel Vives, i que era—ademas de todo esto—un ángel.— Particularmente la última circunstancia era averiguacion positivísima i que no dejaba—en concepto de mi amigo—el menor resquicio a la menor duda.

Desde entónces Fernando se entristecia en el seminario i cambió los estractos de Santo Tomas, San Anselmo, San Agustin i de los otros vetustos autores escolásticos que estudiábamos, por libros en blanco, que atestó de versos eróticos en mui poco tiempo.

Un dia me mostró sus producciones. Me gustaron mucho, admiré la facilidad i el fuego que en ellas se veia, le facilité por el descubrimiento de tan alta i para mí tan desconocida cualidad; pero no pude ménos de decirle:

—Hombre ¿cómo te atreves a escribir esto aquí, en medio de atmósfera tan opuesta a las pasiones del corazon? Si te pilla algun fraile esas composiciones, sobre todo esa en que le dices a Blanca que la adoras

con el entusiasmo ciego,
con la ternura vehemente,
con el arrebato ardiente
i el sentimiento de fuego
con que las almas nacidas
en este mísero suelo
al Dios adoran del cielo.

Si te pillan eso, digo, te ponen de patitas fuera del seminario.

—¿Sí? Crees tú que son los frailes tan buenos como todo eso?

Fernando quedó tan contento con la observacion que sus poesías me sujerian, que al siguiente dia, en el mismo pasa de estudio, de la mañana, a vista [illegible] que presidia la sala, tomó su cuaderno [illegible] a escribir mas i mas versos hasta que [illegible] seguro de que el fraile le [illegible] para salir un instante... [illegible] abierto sobre su pupitre [illegible] sus composiciones poéticas.

[illegible] cuaderno, cojerle [illegible] fué de un solo [illegible]

[illegible] su libro en donde [illegible] pasa de estudio [illegible] entonacion [illegible]

[illegible] ese cuaderno [illegible]

[illegible] Fernando Leon fué [illegible] por impío, [illegible]

[illegible] al [illegible]

[illegible] a su madre [illegible]

III

Algunos años despues, cuando concluí mis estudios i salí del seminario, corrí a ver a Fernando.

Era ya el muchacho formado i de tan simpática presencia que vosotros habeis conocido.

Pasados los abrazos i las primeras efusiones naturales en dos amigos que como nosotros no habian conseguido verse con despacio i libertad desde años atrás, fué rodando, rodando la conversacion hasta que brotó de los labios de Fernando la palabra amor, que pronunció poniéndose rojo primero i despues pálido, blanco—talvez pensaba en Blanca.....

Blanca!... Bien pronto tiñó ese hermoso nombre nuestra charla con la pureza nívea de sus breves sílabas. Toda aquella tarde hablamos de Blanca. Yo no la conocia sino de vista, pero con todo, ayudaba a mi buen amigo enfervorizando sus elojios a cada paso, porque sabia que de no hablarme de ella, hubiérase quedado silencioso, triste... Era tan espansivo Fernando!...

Refirióme entera la historia de sus amores con Blanca. Díjome los mil proyectos que en su mente acariciaba. Tenia ya veinte años i juzgaba que una vez que ella le diera el «sí» de compromiso que aguardaba ansioso desde tanto tiempo,..... y, a propósito del «sí», me recitó esta sentida quintilla que su situacion le inspirara:

Desde el dia en que nací
solo una vez he gozado:
i fué en un sueño en que oí
que a tu loco enamorado
le contestabas que «sí».

Juzgaba, dijo, que una vez que en realidad oyera despierto ese «sí» anhelado, cobraria tales fuerzas para el trabajo, que en unos dos años—a lo mas—lograria formarse una posicion que le permitiera realizar su perpetuo sueño de amor.

—¿No te parece? me preguntaba Fernando i con la sencillez de un candoroso niño sacábame punto por punto las risueñas cuentas de sus cálculos!

Conservaria el destino que ahora tenia, i haria su trabajo en las horas de la tarde... desde las dos o tres, hasta las cinco o seis... Era una base pequeña—100 pesos mensuales—pero sólida i que le dejaria libre las primeras horas del mediodía para ejercer su profesion de abogado, de la cual algun porvenir esperaba, porque no habia estudiado mal sus leyes i contaba con excelentes abogados que le protejerian seguramente... Ademas, en las horas de la mañana, se dedicaria a las faenas de la pluma, a los trabajos literarios que jeneralmente no sirven como profesion exclusiva, pero que él consideraba notable ayuda en las otras tareas..... No dejan mucho dinero, pero dejan no poca honra, ennoblecen la intelijencia i son—ademas—esparcimiento del espíritu en las horas pesadas de la vida; a ellos asociaria a Blanca, Blanca le ayudaria i aun fuera de esto, iba a quedarle alguna hora perdida para estudiar i realizar mil proyectos nuevos... Verdad que el tiempo le estrecharia, pero él pensaba estrechar a su vez al tiempo... y luego, seria tan agradable para él descansar de una labor ímproba al lado de su mujercita i recibir en pago de su trabajo la sonrisa, la caricia de la esposa que rejuvenecia su cuerpo al alegrar su alma... Por lo demas, el trabajo no seria tan grande siempre. Con el tiempo la fortuna le ayudaria dando a su posicion mas holganza, en se-

guida tendria hijos, muchos hijos, un enjambre de rubios ánjeles... que alegrarian tanto su casa!...

—¿No te parece? me volvia a preguntar Fernando.

—Tienes razon. El porvenir te sonrie i serás feliz ántes de mucho... ¡Qué digo! ántes de mucho; ya lo eres, puesto que Blanca te ama... porque creo que te quiere, bien que tú no me lo has dicho... Creo mas todavía, pues se me figura que aquel «sí», le has oido ya i por eso sin duda, pintas con tanto fuego la felicidad que el escucharle ha de producirte...; por eso, porque has sentido ya esa felicidad. Pues, chico, que pasen pronto esos años de espera i que luego toques en las puertas del lejano i casi inaccesible alcázar de la felicidad terrena!...

Yo no quise desalentar a Fernando, porque estaba seguro de que con solo dejar caer la mas leve reflexion sombría, mi amigo se habria exaltado juzgándome enemigo de Blanca o poco amigo de él mismo, de su felicidad. I ademas, Fernando era mui impresionable, su naturaleza sensible, delicada, habria recibido herida profunda i con demasía dolorosa, al mero contacto de una idea pesimista.

Yo he sido, i soi cada dia mas, con extremo pesimista; no obstante, en presencia de corazon tan puro i virjinal como el de Fernando, admití en mi espíritu la idea risueña de que seria quizás posible que esas ilusiones de mi amigo se realizaran algun dia, i que su Blanca fuera tal i como él la soñaba. Esto seria una escepcion, sin duda, a la jeneral regla, pero ¿no era acaso Fernando tambien i sin duda una escepcion?... ¿Quién de nosotros ha sido capaz de sentir como él sentia, de amar como él amaba, de pensar siquiera con la pureza con que él pensaba?...

Todo mi escepticismo en materias de sentimientos, toda mi incredulidad para con la mujer, vacilaron ante la fé de Fernando. Por un instante le admiré i, ¿por qué no he de decirlo? por un momento tambien le envidié.

—I ¿quién sabe—me dije—quién sabe si no somos nosotros, los que nos llamamos desengañados i pesimistas, quienes padecemos verdadero engaño e ilusion verdadera?

Reirán Uds., amigos mios, de que una naturaleza de militar, como ha sido siempre la mia, transijiera entónces con todas esas palabras engañadoras pero hermosas, que se llaman amor, felicidad, siempre, jamas i qué sé yo?... Pues juro que si hubieran Uds. oido a Fernando, si hubieran visto la honda sinceridad con que me hablaba, i si hubiérais gozado con el sentimiento que algunos escritos de su pluma respiraban, juro, digo, que toda esa experiencia, todas esas teorías, habrian flaqueado, como flaquearon las mias.

Hubo un instante en que me sentí tan idealista, tan soñador como el mismo Fernando: fué cuando le oí leer una inspirada, correcta i orijinal fantasía en que describia un «sueño que habia soñado tener». Era un precioso artículo que no sabria ni podria estractar, porque no poseo ni el talento imajinativo, ni la sentida inspiracion que son las mas bellas i encantadoras facultades de Fernando... Transparentaban aquellas frases sentimientos que me hicieron pensar en el mar, en el cielo, en el alma de las madres, en todo lo grande: vibraba en ellas tan inmensa ternura!

IV

Fernando no era vano ni presumido, apesar de que—como sabeis—tenia mui hermosa presencia. Digo esto, porque mi amigo fué el único ejemplar que he conocido de hombre hermoso que no tuviera la mujeril e insoportable vanidad de su belleza. Recuerdo, sin embargo, que en la noche del 11 de julio de 1879, se miraba algo al espejo i se demoraba mas de lo regular en acicalarse, no obstante que estaba yo presente apurándole i ridiculizando su debilidad.

El no me respondia nada, pero en su trabado silencio i en la alegría franca de sus ojos se leian claramente estas frases:

—Hombre, no soi vanidoso, bien lo sabes tú que jamas me has visto ocuparme con pretension en mi persona, Empero, esta noche no se trata de mí, sino de otra persona... de ella i... chico, cuando a uno no le quieren mal, es lójico que intente presentarse bien para halagar a la persona amada hasta en sus sentidos, por supuesto, sin que ella se aperciba un punto de nuestro arte; que entónces caeríamos en el peor de los ridículos... Flaquezas humanas serán éstas; pero... qué hacer!... todos las tienen, por mas que ninguno las confiese.

—I ahora, me dijo, cuando se ponia ya los guantes, estoi a tus órdenes... Rodolfo, estoi a tus órdenes, repito... ¿que no oyes?

Yo no le oia, con efecto, pues habíame distraido contemplando un cuadrito aun no terminado que, cubierto de leve gasa i oculto tras de un alto de libros, yacia sobre la mesa de trabajo de Fernan-

do. Muchas otras pinturas se veian en aquella pieza—debidas al pincel de mi amigo todas—mas en ninguna me parecia ver tanta seguridad i acierto como en la que ahora miraba, que era..... precisamente esa simpática i hermosa cabeza de mujer que ustedes acaban de mirar.

—¡Bravo! Fernando, díjele con sinceridad. Es un lindo trabajo, prolijo, delicado—como la persona que lo inspira. Te felicito, porque creo que es tu mano digna i capaz de trasladar al lienzo el retrato de Blanca.

Tomé el retrato i me acerqué a la luz por mirarle mejor... Estaba Blanca idéntica a lo que entonces era.

—Pues, Fernando, ¿sabes que tienes razon? ¿Sabes que tu Blanca es hermosísima? Nunca habia mirado su rostro con atencion. Es de un óvalo perfecto, los ojos son ideales, soñadores, i...

—¡Ahora no mas lo reconoces! Entónces has estado ciego hasta aquí?... No lo digo porque yo la adore—al fin i al cabo mi pasion no nace de su belleza física, sino de su hermosura moral—pero en verdad que Blanca es de una perfeccion extraordinaria— sobre todo en los detalles de su persona... Nada digo de sus ojos, de sus cabellos, de sus hoyueladas manos, de su cuerpo desesperantemente perfecto ni de sus finos piés; porque, lo que en ella mas me hechiza, lo que tiene de mas perfecto, lo que es indisputablemente mas bello en toda su encantadora personita, es sin duda...

—Sin duda, le interrumpí, despues de haber observado con escrupulosidad todo aquel rostro—es sin duda la boca...

—Celebro, Rodolfo, que tengas buen gusto. Uds. los militares entienden por lo jeneral mui poco de estética...

—Cierto, pero yo soi, talvez por excepcion entre los de mi carrera, grande aficionado de lo bello i aunque no lo comprendo siempre, siempre lo perfecto y artístico impresiona mis facultades.

—Por eso la boquita de Blanca... i te prevengo que la boca de ella es mucho mas linda todavía, porque cuando habla luce unos hoyitos i unos dientes i arrulla ademas con un metal de voz que fascina i sobre todo, sobre todo, Rodolfo, lo que mas me enamora en esos labios inverosímiles de perfeccion, lo que mas me enloquece en esa boca de corte mas que acabado i perfecto, es la adorable, la inmaculada pureza que ha embellecido siempre esas líneas agraciadas, pequeñas, divinas; porque esa boca no solo dice siempre la verdad pura de lo que siente, sino que ignora hasta que podria a veces disfrazarla: créeme, Rodolfo, la frescura húmeda i roja de esos labios hermosos, no se ha empañado nunca, no se marchitará jamás, ni con la falsía de un pensamiento, ni con el hálito de una mentira. Por eso la encuentro tan hermosa: porque sé que esa boca divina, es un nido perfectísimo de la pureza divina... I este es, mi buen amigo, el principal secreto de mi pasion: he encontrado una mujer que no miente, que no mentirá jamas, que tiene puro el corazon, puros los pensamientos i puros tambien los labios... ¡Ah! Eso es lo que mas vale en el mundo, eso es lo que me ha hecho amar para siempre a mi Blanca, eso es lo que me hará consagrar a su inmaculada i virjinal imájen hasta el último pensamiento de mi cabeza i hasta el postrer latido de mi corazon...

—Fernando, se nos hace tarde... son mas de las nueve...

—Tienes razon, perdona; pero cuando hablo de

ella, i principalmente de la sencilla pureza de su alma, pierdo hasta la nocion del tiempo... Vamos ya.

Anduvimos unas cuantas cuadras i al llegar a una casa de mas que modesta apariencia, ubicada en la Alameda de las Delicias:

—Esta es su casa, me dijo Fernando.

V

En aquella noche conocí personalmente a Blanca i a su familia. Fernando me habia anunciado en la casa sin advertírmelo siquiera, pues sabia que no podia ménos de interesarme el conocer a la elejida de su corazon.

Cuando entramos se hallaban algunas jentes en el salon. Me presentaron a la señora, saludé a Blanca e hice una cortesía seca a Javier Reinoso que, llevado por su íntimo amigo don Pedro Vives, tio materno de Blanca, conversaba amablemente con la niña de la casa.

Sentéme en seguida junto a doña Mercedes para que pudiera Fernando quedarse libre de la señora i dedicar su visita a Blanca.

Desde el momento en que entramos al salon, noté con alegría que Fernando era bien recibido en aquella casa.

Doña Mercedes le saludó con esa amabilidad especial que trata a veces de disimularse,—i que es, por eso mismo mas cariñosa—i el rostro de Blanca se iluminó con incomprimible i dulce sonrisa al contestar el saludo de mi amigo.

A poco de haber nosotros entrado i cuando la conversacion comenzaba ya a dividirse en grupos,

el de Blanca i Fernando i el de doña Mercedes conmigo, Javier Reinoso se apartó a hablar con su inseparable compañero don Pedro Vives. Hablaban mui alto i acaloradamente sobre política i sobre minas. A veces bajaban la voz, como para tratar de otras cosas, que presupongo serian nada santas a juzgar por los maliciosos jestos con que acompañaban sus palabras.

En cuanto a Blanca i a Fernando, pude oir al principio que conversaban sobre jeneralidades sin interes i que luego Blanca preguntaba:—i ¿cómo le ha ido a Ud?—Bien, gracias; mui bien y a propósito, dígame Blanquita: ¿Ha cumplido usted con...

Aquí bajó la voz Fernando. Digo mal, porque no bajó la voz, sino que comenzó a hablar con una entonacion especial i habilísima que solo en él he notado i que le permitia hablar en secreto con una persona a vista i oido de quienes quiera.

En toda la noche no volví a pescar un solo pensamiento de aquella animadísima conversacion. I advierto que—aunque yo simulaba profunda indiferencia por el interesante grupo, no le perdia movimiento; que ninguna indiscrecion hai mas frecuente i mas disculpable tambien, que la de escuchar una conversacion de esas... No me negareis que, en los que como yo, no han tenido jamas experiencia propia en tales asuntos, es perdonable—cuando ménos—tan indiscreta curiosidad, singularmente si se atiende a que yo no perturbaba a nadie, ni a los interesados siquiera, toda vez que aparentaba la mas perfecta naturalidad.

Con doña Mercedes conversé hasta la hora del té. Era una mujer intelijente i de maneras simpáticas, solo cuando se esforzaba en tenerlas. Habia, no obstante, en sus ojos, cierto relampagueo espe-

cial que, annque trataba de disimularse a mi vista, pude sorprenderle infraganti en una mirada que dirijió doña Mercedes a Blanca al indicarla que fuera a disponer el té.

Era una madre imperiosa, mui imperiosa: sobre ese particular no me cupo duda desde aquel mismo momento. Por lo demas, su falta absoluta de ilustracion i su persona, carecedora totalmente de encantos físicos, hacían de ella una mujer casi antipática. En una palabra, nada bueno para Fernando deduje de mi estudio.

Hablé con doña Mercedes de todas las cosas i de otras muchas mas, que habria dicho Quevedo, porque padecia la señora de ese singular achaque de muchas personas que tienen poco en qué pensar: tenia mucho que hablar! Sin embargo, de todo lo que me dijo, no recuerdo mas que esta frase que soltó a propósito de algunas pasiones fuertes que yo le pintaba acaloradamente:

—Esos grande sentimientos son mui bellos para escritos i aun para los veinte años; mas, para el matrimonio se necesita *otra cosa*. ¿No le parece a usted?

—«¡Otra cosa!»—pensé en silencio i al mirar despues a Fernando i al verle tan feliz, tan lleno de ilusiones i tan jóven al mismo tiempo, junto a su Blanca, me dió una pena, una desazon particular... Era aquel «otra cosa» que zumbaba siniestramente en mis oidos...

En la mesa Fernando se sentó junto a la señora, dejándome a mí el asiento vecino a Blanca.

—Quiero que la conozcas personalmente, me dijo en voz baja al tomar la silla en que iba yo a sentarme.

Don Pedro se quedó de pié con Javier Reinoso.

Ellos no tomaban té: preferian tomar una gotita de coñac i echar un cigarro a seguida.

Miré con profunda atencion a Blanca i decidido a trabar confianza con ella, pues me inspiraba su persona viva simpatía—eco talvez del cariño que tuve siempre a Fernando—aparté preguntas vulgares a un lado i dije con naturalidad:

—¿Sabe, señorita, que es Ud. mui parecida al retrato?...

No me atreví a concluir la frase, pero ella me preguntó jovialmente:

—¿Sí? ¿A qué retrato, señor?

—A uno bellísimo que está trabajando el inspirado pincel de un grande admirador suyo i excelente amigo mio.—Yo miré a Fernando i en seguida a Blanca.

Esta acababa de perder el color de su nombre, para ponerse encendida como el color de sus labios...

Yo a mi vez me conturbé no poco y creí haber cometido una atrevida indiscrecion. Sin embargo, me esforcé algo i agregué con la mayor tranquilidad:

—Como soi tan amigo de Fernando...

Blanca alzó los ojos i sonrió conmigo. Observé entónces su sonrisa i ví que realmente mi amigo no habia exajerado un punto al ponderar las gracias de aquellos labios.

Desde ese momento fuimos Blanca i yo, dos verdaderos amigos. Mi atrevida manera de iniciar la conversacion trajo por natural resultado, el que la hija de doña Mercedes me hablara con mucha confianza desde esa misma noche. Sin duda que la facilidad con que ella se entendia conmigo se debió en no pequeña parte a la circunstancia de no tener ella amiga ninguna verdadera, ni hermana con

quien desahogar las expansiones necesarias a todo corazon jóven. Ademas, segun Blanca me dijo, ella me conocia ya mucho... por Fernando.

—I yo—respondí—la conocia a Ud. muchísimo tambien por Fernando; de suerte que debemos tratarnos como amigos antiguos, dado que nos hemos conocido desde hace tanto tiempo....

I hablamos entónces de la amistad i de la amistad llevé la conversacion al amor i del amor la puse en la mujer, punto en el cual sostuve que era mui difícil dar con una que fuera verdadero ánjel, pero que no era imposible, puesto que un amigo mio habia encontrado una...

Aquí Blanca perdió nuevamente el color de su nombre i yo hablé entónces del sexo masculino i sostuve—lo que siempre he sostenido—a saber: que entre nosotros es todavía mucho mas difícil que entre las mujeres hallar un corazon capaz en realidad de sentir como en las novelas se dice.

Dije que casi todos somos embusteros, indelicados, volubles, ásperos, inconstantes, i en una palabra, intolerables,—cosa que, aquí para entre nosotros (afortunadamente no hai mujeres que me oigan), es la purísima verdad. I prueba de ello es que ni tú, Carlos, ni tú, Luis, ni tú, Ernesto, ni yo tampoco, somos capaces de querer a una misma mujer mas de cuatro meses seguidos. I eso, que nos contamos entre lo mejorcito de la sociedad de jóvenes, eso, que no somos tunantes i que—al ménos yo—no tengo mal jenio... Esto es hablar con franqueza, me parece.

Sin embargo, en honor de la verdad, le probé tambien a Blanca que solia haber excepciones: allá una en mil, cuando mas.

—¿Conoce Ud. alguna? me preguntó inquieta i vivazmente.

—¿Piensa Ud. repliqué, que si no conociera alguna pretenderia ni en hipérbole, que haya un solo hombre capaz de... de... todo eso que Uds. sueñan?...

Con esto volvió la alegría al rostro de Blanca...

—Hai excepciones—proseguí, tranquilizando a mi amiga—que comprendió a donde iba yo a parar. —Hai excepciones bien que allá mui raras, mui de tarde en tarde...

—¿Quizá uno en cada ciento?

—Mucho ménos. Uno en cada mil diga Ud. i se alejará ménos de la verdad... Porque, vea Ud., yo que he viajado algo i que conozco de trato por lo ménos a unos mil hombres, no he encontrado nunca entre todos ellos sino uno, uno solo que...

—¿Será Ud?—preguntó Blanca, como para que yo la contradijera.

—No, no me honre Ud. ni por un momento con tan altas i para mí tan desconocidas dotes.

—Pues entónces ¿quién es? Mire que un hombre así, posee un tesoro que nosotras necesitamos conocer, pues somos las que mejor le apreciaríamos...

—Tenga Ud. paciencia. Voi a darle algunos datos de él, a ver si Ud. adivina quién es...

—Diga no mas.

—No le pintaré su figura; pues, sobre que semejante particularidad no quita ni pone un punto al mérito de un hombre i ántes suelen disminuir el valer de un varon esas presencias hermosas que se acompañan casi siempre de intolerable vanidad, seria ademas como decirle su nombre. Pero sí diré a Ud. que ese hombre posee el mas tierno i apasionado corazon que en la tierra late. Figúrese Ud. que está enamorado desde hace la friole-

ra de 3 años; él, que tiene poco mas de 23. I de la misma persona siempre... Es cosa que no compren do, pero que admiro mucho, eso de poder amar no digo 3 años, mas siquiera, 3 meses seguidos a una persona misma.

—Pero—interrumpió Blanca con profundo interes—en esos seis años, ¿no ha tenido esa persona veleidades, enfriamientos i...

—Nada, nada. Ha querido a su... su amada—no quiero nombrarla delante de Ud., pues se pondria Ud. pálida, *blanca* de sorpresa...—La ha querido, dije, con una pasion que iba en aumento de dia en dia, sin que sufriera nunca la mas leve tibieza. Para mi amigo, aquella niña no era su amor: era su relijion, su vida, su alma ¡Hermosa relijion, hermosa vida para los veinte años! Mi amigo habia amado a su palomita—así llamaba él a aquella niña—desde el principio con todo el exaltado fanatismo que un muchacho ardiente i de sana complexion moral, puede sentir por una mujer en esa cálida estacion de la vida, en ese verano de la existencia que se llama juventud. La conoció mui pronto i, prendado de su belleza moral con el propio entusiasmo que ántes le inspirara su hermosura física, la amó con el corazon i la cabeza, único cimiento en que pueden descansar aquellos amores duraderos de toda la vida que, rasgando al principio el alba túnica que envuelve la virjinidad del corazon, concluyen siempre por vestir a el alma con el hermoso ropaje de la felicidad...

—Inspirado está Ud... dijo Blanca.

—Nó, la repliqué, no son frases mias: son pensamientos de mi amigo que repito a Ud. literalmente...

—I ¿qué amaba mas en «ella»? insistió Blanca con indisimulable emocion.

—Todo—la respondí—i mas que todo, su belleza moral i tanto como su belleza moral, la sorprendente hermosura de la boca de su palomita, en la cual, y segun su espresion—habia agotado Dios la maestría de sus divinas manos, porque a la extrenada perfección física de sus levísimas líneas, juntaba la perfeccion excelsa y mil veces mas bella, de no haber pronunciado jamas ma frase que no fuera empapada en la atmósfera virtuosa de la verdad... ¡Oh! Tenia, tiene—diré mejor—verdadera pasion por aquella boca... Y a fé que no le falta razon...

Blanca me escuchaba encendida hasta lo blanco de los ojos i yo proseguí:

—I si viera Ud. con qué acierto, con qué inspiracion, con qué talento ha pintado mi amigo la imajen de esa niña i particularmente el corte, la expresion de sus lindos lábios!... Porque él es apasionado de corazon por el arte. Le gusta i conoce mucho la música i en cuanto a pintura,... ¡ah! jueces harto mas competentes que yo, han declarado que es un verdadero talento el de Fernando.....

—Fernando!... murmuró Blanca sorprendida i turbadamente.

—Fernando!... ¡Ah! se me escapó el nombre!... Pero ¿acaso cree Ud.—dije riendo por desesperarla—acaso no puede haber para Ud. mas que un Fernando en el mundo?

—No,... no... yo..., tartamudeó Blanca.

—Son coincidencias mui frecuentes las de los nombres i en prueba de ello, voi a citarle a Ud. otra mas singular todavia que la que preocupa sus pensamiento en este instante.

—¿Mas singular todavia?

—Sí, porque imajínese Ud Blanca, que el nombre de esa niña, nombre que tan delicados poemas

de ideas inspira a Fernando, es... *Blanca!*.....

.....

Con mirar a Blanca en aquel momento me convencí seriamente de que estaba enamorada de mi buen amigo.

Sonreí satisfecho de mi descubrimiento i no queriendo martirizar por mas tiempo con mis atrevidas indiscreciones a aquella niña, la hice una de esas preguntas vulgares con que se da comienzo a casi todas las conversaciones de salon.

Concluíamos nuestra conversacion por donde los demas empiezan siempre las suyas.

Un momento despues volvíamos al salon.

En el comedor quedaron don Pedro Vives i Javier Reinoso que, segun la expresion de ellos, no habian apurado aun la gotita de cognac.

VI

—I ¿qué tal, Rodolfo?—me preguntó Fernando a punto que transponíamos el soportal de la casa.

—¿Qué te ha parecido?.... Dímelo francamente, agregó, sonriendo con la orgullosa satisfaccion de quien está seguro de que la respuesta se acordará con sus pensamientos.

—Apruebo, chico—repuse lacónica pero expresivamente

—¿I ella?

—Ella... permíteme felicitarte de corazon: ella te quiere, te lo aseguro: la pillé....

—Esplícate.

I referí a Fernando toda mi conversacion con Blanca, sin omitir ni una palabra mia ni una tinta de las muchas que asomaron a las mejillas de

nuestra amiga miéntras dió oidos a mi indiscreta parlería. Al terminar, dije:

—Permíteme envidiarte. ¿No te consideras el hombre mas feliz de la creacion?

—Sí, Rodolfo, sobre todas, esta noche ha sido la que mas imperecible recuerdo dejará en mi memoria. Esta noche no dormiré de felicidad... Rodolfo la dicha tambien desvela ¿no lo sabias tú?... Pero qué dulces desvelos! Acompañado de la imájen sonriente de Blanquita, no hai para mí desvelos, ni dolores. ¡Ah! hoi es 11 de julio, noche inolvidable... Hoi he oido el primer juramento de amor de mi vida!

—¿Hoi no mas?

—Hoi no mas i bendigo que no haya sido ántes. Tiempo há que me sentia contento porque veia esperanzas i sonrisas... Pero, he sido siempre desconfiado en estas cosas, porque sé que un desengaño podria matarme arrojándome desde cúspide demasiado alta a sima demasiado profunda..... I por eso, para considerarme feliz, dichoso completamente, he pedido un juramento i ella—¡qué buena, qué anjelical!—ella me ha hecho un juramento, ella me ha dado un «sí» i nos hemos prometido vivir en adelante el uno para el otro... o para nadie... Blanquita será mia o de nadie i yo seré de ella o del sepulcro...Esto es vivir... ¡Qué hermosa es la vida i las noches de julio, qué hermosas son con sus poéticos frios i sus fantásticas oscuridades! Me casaré en tal noche como ésta... ¡Qué dulce es sentirse amado: mi alma se estremece de gratitud, mi corazon late de orgullo! Ahora sí que puedo subir, ahora tengo confianza en mis propios alientos, ahora seré algo! Veo el faro de sus bellos ojos que me ilumina i guia miéntras yo navego... Con luz tan hermosa entraré mui luego al puerto de la dicha.

Fernando se habia olvidado de mí e iba hablando solo, monolojizando a su antojo. Temí que soltara algo de que él mismo pudiera despues arrepentirse i le interrumpí:

—¿Qué dices, Fernando?...

—Hombre—me contestó confuso i turbado—nada, nada. Decia que no hai cosa tan bella como el amor, nada tan exacto como el verso de Nuñez de Arce:

¡Amor, eterno amor, alma del mundo!

I venia recordando aquellos pensamientos divinos sobre el amor de la famosísima Mlle. Maupin, cuando dice la inverosímil Rosalinda estas frases que todas las mujeres enamoradas deben de haber sentido muchas veces, pero que solo Gautier—el rei de la frase i del colorido—ha podido expresar acabadamente...

—¿Qué pensamientos?

—Voi a traducírteles i me hallarás razón, no obstante que vas a escucharles en una lengua distinta de la que les dió el ser. Aquellas pájinas las sé todas de memoria. «Oh, qué dulce es—dice la extraña heroina de Gautier, recordando sin duda la ardiente pasion que ella inspira a d'Albert—«qué dulce es despertar a media noche i apoyada « en el codo poder decir: En este instante álguien « piensa o sueña conmigo; mi vida es la preocupa- « cion de otra vida; un movimiento de mis ojos o « de mis labios es la alegría o la tristeza de otra « creatura; cualquiera palabra que al azar se esca- « pe de mis labios es recojida con afan, comentada « i dada vueltas horas enteras; soi el polo a donde « se dirije un amante inquieto; mi pupila es un « cielo, mi boca un paraiso mas deseado que el « verdadero... Si yo muriera, una lluvia quemante

« de lágrimas entibiaria mis cenizas i en mi tum-
« ba habria mas flores que en un canastillo de bo-
« da; si yo me encontrara en peligro, «álguien» se
« arrojaria entre la punta de la espada i mi pe-
« cho;... álguien se sacrificaria por mí!...¡Qué her-
« moso es todo esto! Yo no sé que se pueda desear
« ni soñar nada mas bello en el mundo».....

—¿Te has fijado en esos pensamientos?—prosiguió Fernando sin permitirme manifestar el entusiasmo que la belleza de aquellas frases me habia despertado. ¿Te extrañarás ahora de que, recordándoles, haya tenido la pretension de imaginarme yo a Blanca que, apoyada su hermosa cabeza en su brazo de marfil i sueltas las ondas del mar de sus cabellos, sobre la almohada, haya pensado—desvelada de amor—que álguien tambien sueña a esas horas con ella; álguien que se llama... que se llama como yo?...

—Nada, hombre, si en los enamorados no me extraña eso, ni mucho ménos en los enamorados felices como tú, que son dueños de una creatura de verdadero mérito i de real hermosura...

—Me alegro que hables en razon, no dudaba yo que Blanca te pareciera tambien un ánjel, por que es tan buena, tan dulce!... Pero díme, doña Mercedes ¿qué te ha parecido?

—Si te he de hablar con franqueza, repliqué a Fernando—tu suegra no me llena el gusto absolutamente. Es simpática de maneras solo a veces i es intelijente, tambien, pero no tiene esa suavidad femenina que tanto enamora siempre...

—¿Por qué dices eso, cuando ella parece lo contrario?

—Porque tiene demasiado carácter i estoi seguro de que es despótica en sus hábitos.

—I eso, ¿qué me importa a mí?

No digo que te importe; pero sí, que caracteres de madres semejantes, ejercen a menudo presion si no en el alma, al ménos en la voluntad de sus hijas; i con mayor motivo si no tienen éstas el apoyo de un padre que pudiera contrarrestar el materno despotismo; i con todavia mayor razon, si las hijas son de carácter suave, dócil... circunstancias todas que se juntan en Blanca i que harian quién sabe si vacilar su voluntad si, por un capricho, se le antojara a doña Mercedes no aceptar mañana esos sentimientos tuyos que hasta hoi ha aceptado tácitamente. Semejante caso no llegará, lo sé; sin embargo, lo he imajinado, para explicarte con franqueza la conviccion que me he formado en esta noche de que esa madre no es de intelijencia vulgar, pero sí de corazon vulgar, madre que talvez seria capaz de sacrificar la felicidad de una hija por una ambicion de fortuna o por cualquiera «otra cosa»...

—No temas, repuso con calor Fernando, Blanca es suave de carácter, pero, como tú no la conoces aun bastante, ignoras que en el fondo i en las cosas sérias tiene toda la firmeza de voluntad propia de los corazones sanos i de las intenciones rectas...

—No te digo que nó, repliqué; mas—i perdona mi observacion, hija del interes que tu felicidad me inspira,—mas yo desearé siempre, que por tu bien, no se presente nunca a doña Mercedes el momento de vacilar entre el matrimonio de amor i de felicidad que se le ofrece en tí para su hija i un matrimonio de brillo, de interes o de conveniencia que puede presentársele mañana en cualquier tonto heredero, o en cualquier perdido millonario...

Les aseguro a Uds. que me costó mucho decir

a Fernando todo lo que le dije esa noche. Pero los militares no sabemos guardarnos un buen pensamiento por ninguna consideracion. I aquel era un buen pensamiento: estoi seguro de ello, porque todas esas reflexiones me las inspiraba el corazon i creia cumplir con un deber comunicándoselas a Fernando... Sin embargo, él, como enamorado i correspondido que era, se reia de toda idea que no tuviera el bello color de las suyas i por eso rió tambien de las mias.

—¿I ese tal don Pedro?, pregunté despues a Fernando. ¿Qué hace allí? ¿Quién es?

—Es un perdido, un tahur, un jugador.....

—Ya, así, me esplico su amistad con Javier Reinoso...

—Don Pedro es un solteron vicioso i tronado hasta no sé dónde: tiene dos pasiones solamente: las cartas i la gotita de cogñac.

—¿I de qué vive?

—Eso, yo no lo sé. Como es hermano único de doña Mercedes i como a ella la respeta mucho, le toleran en esa casa de cuando en cuando, i porque ademas, allí no hace daño a nadie... Cuanto a sus rentas, sé que derrochó en vicios lo poco que su padre le dejara i sospecho que vive ahora del juego i de los amigos; de los amigos ricos, se entiende: a don Pedro no se le ha visto nunca con pobres i siempre su íntimo, su mas querido amigo, con el que se acompaña a todas partes, es el que está mas rico de todos: por eso priva ahora con ese truhan de Javier Reinoso, perdido, i jugador como él, pero que, como tiene 100,000 pesos acabados de heredar de su tio, aquel minero octojenario que murió pocos meses ha—dora i hasta embellece con ese dinero sus vicios i tiene

derecho para entrar con la frente alta a todas partes i para que todas las señoras, particularmente las que tienen hijas casaderas, le encuentren *un jóven tan cumplido!...*

—I ¿qué hacia ahora en casa de doña Mercedes?—pregunté como cosa que se me olvidaba, al tiempo de despedirme de Fernando y sin pensar en lo que decia, pero arrepentido de mi frase casi ántes de haberla concluido:

—¿Qué hacía?... ¡Bah! contestó riendo a carcajadas Fernando ¡Las preguntas i las sospechas tuyas Rodolfo! ¿Qué hacía? ¿Que no le viste? Hacia... compañía a don Pedro i honores a la gotita de cognac!... ¿Te parece poco?

—Me parece mui poco—respondí, en son de broma, para no contrariar a Fernando, pero pensando en mis adentros que la compañía de don Pedro Vives i una gotita de cognac, eran en realidad mui poco para explicar la presencia de Javier Reinoso en aquella casa.

VII

Algunas noches despues—a cosa de una semana de nuestra visita a doña Mercedes—estuvo Fernando a buscarme para que le acompañase nuevamente a casa de su prometida; porque Blanca era su prometida, bien que—por hallarse él algo distante todavía de poder realizar un matrimonio—el compromiso era privado de los dos amantes i no se habia formalizado aun con ninguna de las dos familias.

Gustábale mi compañía para aquellas visitas, porque, ademas de que yo se la prestaba con bue-

na voluntad, él decia que nadie como yo era ducho en el arte de conversar i distraer a su suegra.

Fernando se sentia el hombre mas feliz de la tierra i no pensaba ni deseaba ya sino que fueran todos tan dichosos como él, porque Fernando no era egoista—como son todos los demas hombres felices del mundo.

Llegamos aquella noche a casa de doña Mercedes i como hubiera luz en la antesala, entramos a ella para aguardar, segun costumbre, a que llegaran los dueños de casa. Dimos al sirviente nuestras tarjetas i quedamos: Fernando, divertido con la atenta contemplacion de unas hermosas acuarelas venecianas que decoraban las paredes, i yo, escuchándole atentamente sin perder una sola de las juiciosas reflexiones críticas que las pinturas de la antesala le inspiraban. A poco de aguardar sentimos pasos.

—Ahí viene doña Mercedes, dijo mi amigo clavando los ojos en la puerta que comunicaba con la crujia de piezas inmediata.

Abrióse la puerta i avanzó con tímidez una persona vestida correctamente de negro la cual nos hizo una cortesía bastante zurda.

No era doña Mercedes.

Tampoca era Blanca.

Era el siviente que entraba a decirnos que la señora se habia indispuesto i que «sentia mucho no recibirnos en aquella noche».

No sé por qué cruzó por mi mente una sospecha. Miré a Fernando i adiviné en la expresion de su rostro, que en sus adentros se despertaba otra... Sín embargo, ninguno de los dos nos atrevimos a hablar palabra en toda la noche sobre aquel asunto.

Dijéraso que teníamos miedo de pensar siquiera en semejante sospecha.

Quince dias despues volvimos a la misma visita i se repitió idéntica escena, con el agregado de que yo, que tengo oidos extraordinariamente finos, creí percibir en las piezas vecinas leve rumor de palabras pronunciadas en voz baja i como de recados que se le enseñaban al sirviente.

No quise decir nada a Fernando ni me atreví a hablarle una palabra hasta que él me dijo tristemente:

—Ignoro por qué se nos avisa que está doña Mercedes enferma, cuando aseguro que es Blanquita quien se encuentra mal i en cama, no su madre...

—¿Lo aseguras? ¿I por qué?

—Porque no la he visto en todos estos dias. No ha salido a andar en ninguna tarde, i sé que solamente una imposibilidad física, como una enfermedad, puede motivar semejante cambio de su parte.

—Es extraño,—repuse, i mi natural pesimismo de soldado me llevó a pensar:

—¡Pobre Fernando!

Aquella noche nos separamos sin decirnos una palabra.

Pero a la noche siguiente volvimos a juntarnos para ir a preguntar cómo seguia la enferma.

Entramos a la antesala i esta vez alcanzamos a oir la mismísima voz de doña Mercedes que decia al sirviente en voz lo bastante baja para que semejara secreta, pero lo suficientemente distinta para que llegase a nosotros:

—Dígales que no hai nadie en casa.

Al salir exclamé sin poder contenerme:

—Es la tercera vez que nos dan con la puerta

en la cara! Yo no volveré a esta casa en los dias de mi vida!...

Fernando no me oia. Pensaba, pensaba abstraidamente. Cosas mui sombrías debian de ser, porque su ensimismamiento era tal, que ni siquiera reparó que a poco de salir nosotros de casa, paró a la puerta la elegantísima victoria de Javier Reinoso.

Se lo advertí a Fernando i le obligué a que esperásemos a ver si le recibian o no. Fernando no queria aguardar, porque temia que la evidencia le quitara las últimas porfiadas esperanzas que bullian dentro de su corazon.

Nos detuvimos un momento. Ambos teniamos los ojos enclavados en la puerta de calle de la casa de doña Mercedes. Yo observaba con ansiedad, Fernando con miedo, temblante de miedo.

Pero nadie salia i el cochero se habia bajado ya de su puesto i acomodádose en las gradas de la puerta como para pasar la noche... i la noche comenzó a pasar i nadie volvia a salir de la casa.

—Si nos habremos engañado?—murmuró medrosamente Fernando.—Si no seria Reinoso el que entró?... ¿Le habremos confundido con el médico?...

Compasion me inspiraron los pensamientos de mi pobre amigo; pero—como he creido siempre que lo mejor en los dolores es recibir los golpes de una vez i en toda su fuerza, porque a lo menos así pueden aturdir i embotar la sensibilidad,—tomé del brazo a Fernando i le arrastré hasta donde estaba el cochero.

—¿De quién es este carruaje? pregunté...

—De Don Javier Reinoso, patron, contestó el interpelado, poniéndose respetuosamente de pié.

—I... ¿viene de visita a esta casa don Javier?, tartamudeó Fernando.

—¡Bah! es claro *pu*, patroncito, si no falta *niunita* noche... En de que aquí no mas lo pasa *agora*... Como que me creo que mi patron don *Javiel* anda *ladeao*, con la señorita de allá *aentro*. I como que en la casa lo está arreglando todo i nos ha dicho que nos aprontemos, *pa recebir* una señorita»...Me creo que la señorita *mentaa* ha de ser esta de aquí. Fernando sacó todo el dinero que llevaba i lo entregó al cochero.

Acababa de pagarle el favor de una importante noticia.

VIII

Despues anduvimos mucho rato hasta que llegamos a la casa de Fernando.

Nunca en mi vida he sufrido como en aquella terrible ocasion. Eran las 10 de la noche.

Sentados uno al frente de otro, estábamos los dos amigos sin despegar los labios.

Fernando no hablaba, porque... porque no podia hablar!...

Yo no hablaba, porque no sabia qué decir i porque encontraba tan natural, tan lójico el dolor de Fernando, que me habria parecido profanadora necedad tratar de ahogarle con vanas reflexiones o palabras mias.

¿Cuánto rato estuvimos así? No lo sé. Pero cuando el reloj dió las dos de la madrugada, me pareció que habian corrido ya dos dias o tres...

Entónces comprendí aquellas frases de los poetas, que exclaman: ¡Qué largas son las veladas del dolor i las horas del placer qué cortas!... Sí, ami-

gos mios, las horas del dolor son largas, mui largas, no solo porque el peso de una desdicha las agobia i las impide correr lijeras como ántes, sino porque las sigue el silencio, compañero eterno, i abrumador de las mudas tempestades del alma.

Cuando el reloj vibró con su lengua de bronce dos campanadas, dije a Fernando...

—Fernando, han dado las dos de la mañana!...

Pero él no me oia. Sin embargo, noté que sus ojos brillaban con un fulgor extraordinario i que sus labios se animaban para dar paso a estas frases que murmuró en voz baja, como hablando consigo mismo:

—¡Blanquita! Es imposible, imposible!... Tú me juraste mil veces que serias mia... o de nadie... I que yo te veria siempre... I han pasado con el de hoi, quince dias... sin que yo te vea... Nó, nó, si no es verdad aquello, si es mentira todo lo que he soñado en esta noche! Ha sido solo una horrible pesadilla!... ¿Verdad, Rodolfo? Dime que sí, dime que todo es mentira, dime que he soñado, dime que estoi loco... Habla, habla...

Pero yo no podia hablar. No habria tenido fuerzas para ello, porque no tuve fuerzas ni para detener una lágrima que se soltó de mis pupilas impensadamente...

No sé si Fernando vió esa lágrima, pero sí recuerdo que las suyas le ahogaban, i que al notar que yo no le respondia, se arrojó vestido sobre su lecho i rompió a llorar amargamentete.

Lloró mui largo espacio hasta que, merced al alivio de las lágrimas, i compadecida la naturaleza del dolor de Fernando, consiguió rendirle al sueño por unos instantes.

Cuando llegué a casa, albeaba el día en el horizonte.

Me acosté y quise dormir, mas no pude. Mi naturaleza se encontraba adolorida, pero no extenuada —como la de Fernando—con la triste vijilia de aquella noche i por eso, sin duda, no pude conciliar el sueño.

En vano traté de darle vueltas a la desdicha de mi amigo. En vano buscaba alguna esplicacion que pudiera darme esperanzas en aquel asunto. Era imposible, todas mis reflexiones iban a parar a este pensamiento:

—Esto habia de suceder, porque Fernando no es como todos los hombres i porque Blanca es como todas las mujeres!

A las 8 de la mañana del siguiente dia, me dirijí a casa de Fernando.

Le encontré en su pieza con los ojos hundidos i secos de llorar, silencioso i triste, pero ya mas tranquilo.

—He tomado una resolucion, me dijo con estóica serenidad.

—Habla, repuse lleno de asombro.

—Antes de referirte lo que pienso hacer, necesito me prestes un servicio. Necesito que hoi veas a Javier Reinoso i le preguntes sériamente qué hai entre Blanca i él... Pudiera ser que todo...

¡Pobre Fernando! Qué porfiadas eran sus esperanzas!

Salí i me dirijí, no a casa de Reinoso—allí estaba seguro de no encontrarle—sino al Club. Eran las 10 de la mañana i Javier acababa de llegar. Aguardé a que terminara de ajustar unas cuentas de juego de la noche anterior i le llamé aparte, no sin experimentar alguna repugnancia al acer-

carme a una persona por quien abrigué siempre cordial antipatia.

No tuve que preguntarle nada, porque Reinoso se adelantó a decirme en voz alta i delante de todos:

—¡Ola! Rodolfo, Ud. por aquí ¿Viene a despedirse? He oido que el Rejimiento de Ud. partirá luego al Norte... Hace Ud. bien... Creo que los valientes hacen falta por allá...

—Es efectivo—dije—que casualmente esta mañana hemos recibido órden de aprestarnos a salir en el plazo de una semana... Pero, francamente, no había venido a despedirme todavía, sino a hablar con Ud. dos palabritas... Se extrañará Ud. sin duda...

—No, no, si no me estraño de nada ahora que voi a cambiar de estado.... Vea Ud., precisamente en este instante cubria las últimas cuentas de mis vicios de soltero, porque sabrá Ud.—i quiero que todo el mundo lo sepa— que me caso, i que me caso con una perla...

—Con Blanquita Vives? le interrumpí aparentando la mayor naturalidad.

—Sí ¿cómo lo sabía Ud?

—Por ahí me lo dijeron. Hace algunoss dias que se habla de eso en los salones... Pues, le felicito a Ud. porque se lleva Ud...

—Lo que no merezco, amigo mio, lo sé...

No quise contradecirle en este punto, porque, apesar de que Blanca habia ya caído mui abajo en mi concepto, creo que Reinoso decia verdad...

—No la merezco, prosiguió, pero trataré de merecerla i puede que algun dia me haga digno de ella...

—Paréceme que está Ud. mui enamorado...

—Loco, loco, amigo mio... Tanto que olvidaba ya

que Ud. me necesita.....Hable Ud., deseo servirle en cuanto pueda.

Inventé entonces no recuerdo qué asunto o qué proposicion mercantil descabellada que no podia aceptar Reinoso, i me despedí de él pocos momentos despues, quedando invitado para la fiesta de su matrimonio con Blanca Vives que debia de verificarse el dia 27 de Noviembre de 1879, esto es, de allí a dos meses cabales.

Al salir del Club, encontré a Fernando que había venido a buscarme impaciente ya por recibir mas pronto su sentencia.

Acercóseme sin atreverse a formular pregunta alguna. Yo no me atrevia tampoco a decirle nada; pero mi silencio era de suyo bastante elocuente para que Fernando escuchara lo que significaba.

—¿Con qué es... es... cierto?... tartamudeó por fin Fernando con un supremo i angustioso esfuerzo.

—Cierto, tuve que replicar, mordiéndome los labios de desesperacion i conteniendo a duras penas las violentas imprecaciones que pugnaban por desprenderse de mi lengua.

Miré a Fernando i me pareció que en esa mañana tenia mi amigo diez años mas que en la anterior.

IX

Pocos dias despues, en una mañana de octubre partia al Norte mi Rejimiento. Yo mandaba las primeras compañías i llevaba a mi lado, en calidad de ayudante, a Fernando.

Mi amigo iba contento, al parecer, i yo, feliz en realidad.

La idea de la patria en peligro, el estruendo entusiasmador de la marcha militar que tocaba la banda de música del rejimiento, la multitud que nos seguia vivándonos con frenesí i la sociedad entera de Santiago que, asomada a los balcones presenciaba la partida de nuestro Rejimiento, son cosas que enloquecen el alma de un militar, dando a la sengre de sus venas el impulso ardiente i abrasador que produce en los campos de batalla el heroismo sublime de los mártires guerreros.

El Rejimiento se dirijia a la Estacion central de los Ferrocarriles marchando por las hermosas avenidas de la Alameda de las Delicias.

Llegábamos ya frente a la casa de doña Mercedes. Conocí que Fernando hacia un violento esfuerzo para no mirar a los balcones.

Hubo un instante en que ví que sus pupilas tomaban aquella direccion. Creí que mi amigo iba a mirar, pero en ese mismo momento cerró los ojos... i nuestra compañía pasó adelante.

Fernando me pareció entónces un mártir del amor i un héroe de la voluntad, que corria denodado a cojer la corona de su gloria en los sangrientos campos de batalla.

Su figura irradiaba para mí destellos sobrehumanos. Como Fernando no volvió despues una sola vez la cabeza para mirar hácia atras, no supo nunca que Blanca se habia asomado, al oir la música i la bulla, al balcon—en donde estaba doña Mercedes, i que de súbito—cuando pasábamos nosotros—habia caido en brazos de su madre empalideciendo cadavéricamente...

Acababa de ver a Fernando que ni siquiera habia arrojado una mirada a aquellos balcones.

X

Sin embargo, a pesar de aquel desmayo, llegó un dia en que Blanca se casó con Javier Reinoso.

Por las cartas que al Norte me llegaban, supe que en la chismosa sociedad de nuestra capital, se decia con mucha insistencia que Blanca aceptaba a Reinoso por obedecer a su madre que era—como he dicho ya—mujer mui imperiosa. Decíase tambien que no solo Blanca no amaba a Javier, sino que estaba enamorado de otro. I a este propósito se citaban los desmayos, las palideces i las tristezas que a Blanca parecian agobiar en esa época.

Todo esto se habló i se repitió muchas veces. Pero nadie dijo nunca que Blanca habia negado a Reinoso el *sí* solemne de los altares. Se casó, i se casó con Javier Reinoso en el mismo dia 27 de Noviembre de 1879... en el mismo glorioso i sangriento aniversario de la jornada inmortal de Tarapacá...

Recuerdo la noche de aquel dia inolvidable... Nada diré de la espartana jornada cuya historia conoce todo buen chileno, letra por letra... Nuestro Rejimiento habia entrado al fuego en la mas avanzada línea y en las primeras horas del combate... Desde ese momento perdí de vista a Fernando. El calor de la pelea, el humo de la batalla, el cuidado de mis soldados, me absorbieron por completo i en situaciones semejantes desaparece para el guerrero animoso, todo, todo lo que no es lucha i arrojo... ¡Qué dia aquel, Dios mio!... Pero, la noche, la noche fué mui distinta...

En la noche, recorríamos el campo de batalla con la ambulancia de la Cruz Roja que, al resplandor de sus sordas linternas, levantaba heridos i recojia cadáveres... Mucha sangre, mucha oscuridad,

heridos casi ninguno, muertos casi todos los que por el suelo yacian confundidos: he ahí lo que encontrábamos a cada paso...

Entre esos cadáveres alumbró de pronto mi linterna un rostro conocido, pálido, ensangrentado...

Me acerqué... Era un hombre frio... muerto!...

Fernando habia caido con una bala en medio de su hermosa frente...

Lloré un rato por mí, que perdia al mejor de mis amigos; mas no pude sentir aquella muerte por el amante desdichado de Blanca, porque sabia que la bala que se hundió en su frente, le prestaba un verdadero servicio: él la habia buscado i—singular fenómeno!—la bala, esto es, la muerte, que siempre huye de quien la llama, acababa de obedecerle, dejándole tendido en los campos de Tarapacá el mismo dia 27 de Noviembre de 1879.

No habia sobrevivido un solo dia al matrimonio de la pura, de la inmaculada Blanca...

Al colocar el cuerpo de mi amigo en las angarillas de la ambulancia, cayó algo al suelo...

Puse allí mi linterna... Era una cartera... Habia en ella dos cartas: una para su pobre madre... la otra, para mí.

Leí, devoré al punto la mia al triste resplandor de aquella luz escasa.

Escribíame Fernando que abrigaba el alegre convencimiento de que caeria sin duda en aquella jornada... La carta la habia fechado en la mañana de ese mismo dia 27 de Noviembre... Fernando no sabia que significaba para él semejante fecha, pero algo le dijo en el corazon que para él concluia todo en ese dia...

Al concluir la carta, que era breve, lacónica, de estilo militar, se despedia cariñoso de mí rogándome que sacara yo de su cadáver y le conservara

siempre en mi poder, un curioso objeto que encontraria en el bolsillo interior de su chaleco, precisamente sobre su corazon...

Rejistré el cuerpo de Fernando i hallé, amigos mios, esa preciosa miniatura en que yo mismo le habia visto trabajar otras veces i de la cual no me habia vuelto nunca a acordar...

Cuando la examiné a la luz, noté que álguien habia colocado una mancha en aquellos labios hermosísimos de Blanca que no mentian jamás, que no podían engañar a nadie, que jamás engañarian a nadie!

Ahora examinen Uds. nuevamente ese retrato... Sáquenle el marco, i lean despues lo que dice en su espalda.....

XI

Rodolfo calló i todos los circunstantes se agruparon de nuevo, con afanoso silencio, en torno de aquel cuadrito. Pero ahora no miraban la pintura de la hermosísima cabeza...

Todos tenian clavados con asombro los ojos en el respaldo del retrato.

Veíanse allí unas letras pequeñas, finas, hijas al parecer, de conmovida mano, que decian:

«Ella era buena... Yo la creia pura... Me juró un dia... nó, en una noche fué... Me lo juró mil veces... I despues, la historia de siempre... despues,—despues me engañó!... *La mentira habia manchado su boca i por eso mi pincel ha manchado sus labios!...*

Era letra de Fernando.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

LA MANO DE PIEDRA

Segunda parte de «Los Labios Manchados»

La noche está mui negra, el reloj dió hace dos horas las doce, i la lluvia sigue cayendo con fuerza torrencial.

Todo, al parecer, yace sumerjido en el sueño. Al parecer, he dicho, porque allá en el interior de una magnífica i elegante casa, hai luz encendida i sin duda vela una persona... A esas horas, con aquella noche, con semejante frio, i en vela una persona!... Velada de dolor será talvez...

Pero esa luz no se vé desde la calle i los rarísimos transeuntes que suelen de tarde en tarde turbar el nocturnal silencio, piensan que en aquellas casas lujosas no pueden estar todos sino entregados al reposado i dichoso sueño que proporciona la fortu-

na, esto es, la falta de preocupaciones, las comodidades, el lujo, etc.

Tal piensan los que pasan, ignorantes de que en muchas, en muchísimas ocasiones, aquellos palacios son teatros de espectáculos mil veces mas dramáticos i de veladas mil veces mas tristes i dolorosas que los que diariamente se esconden en los pobres escenarios de la miseria.

I es que la miseria se muestra severa siempre en su desnudez, de suerte que se acompaña bien con los cuadros del dolor: parece hermana de ellos; al paso que la opulencia, la riqueza, el fausto, no avienen jamas sus colores alegres i chillones con las austeras sombras de los cuadros tristes: parece que fueran enemigos i por eso, cuando se juntan, cuando una escena terrible se desenvuelve en medio de la fortuna, las sombras del dolor se ven mas negras i los colores del fausto mas claros; tan claros, que parecen reir con sarcástica, amarguísima ironia.

Pues así, en una alcoba mui elegante, cuya hermosura parece reir irónicamente de la silenciosa tristeza que en ella reina, vela esa noche una mujer jóven, bella, ataviada con la hechicera coqueteria de una esposa que desea enamorar a su marido... El fuego chisporrotea en la chimenea y sobre la chimenea se vé un magnífico reloj de bronce.

Los ojos de aquella mujer no se apartan un punto de la esfera del reloj... Allá de rato en rato, cuando las pertinaz fijeza del mirar la obliga a mover las pupilas, los descansa en la puerta

Nada... nada... Silencio profundo afuera... Ni el rumor de un solo paso... La lluvia solamente que azota imperturbable los cristales.

De pronto, brilla en su rostro fugaz expresion de alegria...

Ha creido escuchar algo.

Pone atento el oido.

Nada! Ilusion! Era el eterno tic-tac del reloj que, por su misma perpetua monotonía, habia cesado de vibrar en sus oidos i que, de repente, volvia a herirla el delicado tímpano.

Aquella mujer estaba impaciente, pero no con la impaciencia loca, anhelante, desvariada de la esposa que, al ver por primera vez que no llega su marido teme—¡pobre inocente niña!—que le habrá sucedido alguna desgracia, que se habrá enfermado i que no ha podido correr todavia a sus cariñosos brazos. No, en aquel rostro impaciente, pero tranquilo—i en el cual se leia una expresion de melancolia que debía serle habitual,—se transparentaba otro sentimiento. Veíase que ella sabia en donde estaba su marido i que lo que la martirizaba era precisamente el no poder imajinar que algo extraordinario le acontecia en esos momentos.

Al fin de un largo rato, se puso de pié. Su estatura bellísima se dibujó entera en un espejo. Al contemplarse tan elegante—i por qué no decirlo—tan hermosa (¿hai acaso alguna mujer hermosa que no sepa que lo es?) miróse con indecible amargura, como preguntándose:—¿De qué me sirve todo esto?...

En seguida su cabeza se doblegó con triste lentitud sobre el pecho i murmuraron débilmente sus labios:

—Yo creo que Fernando no habria sido así... Pero—agregó despues, como sacudiendo con resignacion sus interiores pensamientos—no pensemos en aquellos tiempos... Ya no volverán jamas!

I se dirijió presurosa a un extremo del aposento. Allí se oia algo. Mas no era el rumor de la lluvia, no era el tic-tac del reloj, no los pasos de

algun trasnochador... Era algo mucho mas puro, mucho mas dulce: era el aliento de un niño dormido!

La madre descorrió con sijiloso afan las cortinas de la cuna i dejó que un rayo de la lámpara iluminara el beso que ella estampaba en las mejillas del niño.

—Pobre anjelito! pensó al contemplarle dormir tan tranquilamente... Tu serás mi única compañera. Cuánto necesito que crezcas pronto, que seas niña grande, que puedas ser mi amiga!... Tu sí, me querrás!...

La hermosa creatura dormida parecia sonreir. Soñaba sin duda con sus hermanos los ánjeles. Sus ojos hicieron un casi imperceptible movimiento: la luz comenzaba a incomodarla.

La madre dió otro beso a la hermosa cabecita, dejó caer la cortina i se quedó escuchando, como suspensa...

—Por fin! dijo, temblando i dirijiendo sus ojos al reloj... El reloj señalaba las tres i cuarto de la mañana.

—Está mui adelantado sin duda, pensó la esposa—que deseaba perdonar al reo antes siquiera de verle ni oirle.—Está adelantado! Sí, sí voi a atrasarle...

I se encaminó aprisa hácia la chimenea i con sus hermosos dedos, finos, delicados—como las agujas de oro de la misma esfera del reloj—retrasó los punteros hasta ponerle en la una i media de la noche.

Los pasos se acercaban poco a poco; pero eran unos pasos vacilantes, temblorosos...

—Pobre esposo mio! habíase dicho la angustiada madre. Creerá que estoi dormida i teme... no se atreve a interrumpir mi sueño... Se ha arrepentido

quizá de estas cosas que conmigo hace... La vírjen me ha oido esta noche. Pero yo le perdonaré i trataré de amarle mucho... Porque en un hogar debe de haber paz i, si es posible, amor tambien, amor sobre todo!

I ántes que su marido entrara, corrió a atrasar un cuarto de hora mas el reloj, para que él no la riñera por no haberse acostado mas temprano. En seguida sus ojos se clavaron con dulce esperanza en las cortinas que cubrian la entrada al aposento.

Los pasos habian llegado a la puerta. Se sentia que una mano intentaba abrirla; pero, o la cerradura estaba con llave o la mano era mui torpe, porque la puerta no se abría aún...

—Si está sin llave!... Entra no más... Aquí tu mujercita te aguarda junto al fuego... Aun no es tarde—modulaba con mimoso acento una voz de mujer, desde el interior de la alcoba.

Pero los pasos habian cesado i la puerta no se abria.

—Si se habrá descompuesto la llave! dijo la dueño del aposento, i corrió a abrir ella misma, llena de cariñoso afan. Apénas tocó la perilla de la puerta, cedió la cerradura—a tiempo que la hermosa señora decia:

—No se ha descompuesto, pues estaba abierta... ¡Qué torpe es Ud. maridito!...

La puerta cedió i en el momento mismo en que la esposa acababa su cariñosa frase última, el cuerpo inerte de un hombre ébrio que estaba apoyado en la hoja de la puerta, rodó pesadamente al suelo, murmurando entre dientes unos juramentos...

El ébrio que a las tres i cuarto de aquella mañana de invierno manchaba la alcoba conyugal rodando sin sentido por el suelo, se llamaba Javier Reinoso,

La hermosa dama que allí velaba a esas horas, aguardando una escena de conciliacion, i talvez de amor, con su marido, era la misma que en la primera parte de esta historia hemos visto retratada en una bella miniatura, por la mano enamorada de un artista.

Se llamaba Blanca Vives!

II

Al dia siguiente declaró Reinoso que esa mañana almorzaria en su casa, porque aguardaba a varios amigos para unos asuntos.

Sentáronse a la mesa los dos esposos.

Blanca no despegaba los labios. Ni una palabla, ni una recriminacion por la escena de la noche anterior.

En cuanto a Javier, todo lo hacía, menos el darse por entendido de lo ocurrido. Talvez él mismo no lo sabia o no lo recordaba ya.

No se oia en el comedor mas que ese ruido de los cuchillos i de los platos, i de las idas i venidas del sirviente, que tan triste i tan de mal agüero es siempre cuando se deja oir sin el acompañamiento de una conversacion y en mesa donde come mas de una persona.

Al mirar la naturalidad con que almorzaban los dos esposos sin decirse una palabra, se habria dicho que no se conocian o que estaban ciegos i se creia a sus solas cada cual.

Javier, que tragaba con grosera voracidad de cuanto le ofrecian, notó al fin del almuerzo que no probaba su mujer bocado alguno i la preguntó entónces en el tono áspero de quien cree hacer mucho favor despegando los labios;

—¿Estás enferma?

—No, repuso secamente Blanca. No tengo nada.

—Entónces—agregó Reinoso con la boca llena—si no comes... tanto peor para tí!

—Gracias...

—Ja, ja, ja!... ¿Por qué me das las gracias?—dijo Reinoso queriendo echar a la broma su anterior grosería.

—Por... por... tu amabilidad.

—Bah! Creí que ibas a decir por el dinero que tu último traje me cuesta. ¡Salada ha estado la cuentecita! Yo no sé si estos señores de la casa Prá imajinarán que me encuentro ahora tan rico como cuando me casé contigo!...

Blanca se puso de pié i sollozando se dirijió precipitadamente a su alcoba.

—¡Cáspita!—exclamó su marido al verla salir.—Lo de siempre! Las mujeres se figuran que con lágrimas todo lo componen.

I prosiguió tomando su té con la mayor tranquilidad.

Al cabo de mucho rato, Blanca enjugó su llanto.

Acababa de despertar su hijita i el recuerdo de aquel ánjel la consoló algun tanto.

Despues entró al aposento, sin hacerse anunciar, una señora de edad que hemos conocido ya en la primera parte de esta historia: Era la madre de Blanca.

—¿Cómo te va, hija?... Vaya, siempre llorando!... Dime, ¿por qué?

—Si no lloro, mamá!...

—Nó, Blanca, a las madres no nos engaña nunca el rostro de una hija. Tú has llorado mucho esta mañana.

—Pues bien, dijo Blanca como estallando en un

involuntario desahogo; pues bien, sí, hoi he llorado mucho i anoche tambien... Anoche mucho mas...

—¿Por qué, hija? Acaso Javier...

—Javier—siguió Blanca con desesperacion—me aborrece, mamá! Se ha aburrido mortalmente conmigo i me trata... Nó, no me trata, me desprecia... I yo no puedo vivir así!... Esto es un infierno!... Yo no me casé para esto!... A mí no me casaron para esto! ¿Verdad, mamá?...

Doña Mercedes habia fruncido el ceño i no contestaba palabra. Pero Blanca, que necesitaba quejarse a álguien, desahogar su corazon en cualquiera i que habia principiado ya a hablar, prosiguió entre sollozos i lágrimas:

—¡Pobre de mí! Yo que me figuraba que era el matrimonio tan distinta cosa!... ¿Por qué me hicieron creer que Reinoso me queria tanto? ¿Por qué me anunciaron todos que siempre me amaria?... ¿Por qué me decian que era tan bueno un hombre que no es, que nunca ha podido ser, que nunca será sino...

—¡Es tu marido! interrrumpió imperiosamente doña Mercedes. Pero Blanca se habia exaltado, las lágrimas la ahogaban i el mismo calor de sus propias palabras la excitó a continuar:

—¡Mi marido!... Nó, nó, ese hombre no puede ser, no debe ser mi marido!... Ese hombre no es digno de ser marido de ninguna mujer honrada!

—¡Calla, Blanca! Te has vuelto loca!...

—Sí, sí, madre... Estoi loca, loca de dolor... No sé lo que digo, lléveme Ud. de aquí, yo no puedo vivir...

I Blanca se arrojó anonadada sobre su lecho.

Doña Mercedes miró a su hija compasivamente

i a pesar de que era una mujer fria en los afectos, al verla en tan triste estado, pensó:

—¡Pobre Blanca! Es preciso hacer algo por ella.

Tomó entónces una firme resolucion i se fué al comedor. Doña Mercedes era mujer de carácter, de suerte que avanzó resueltamente.

Allí fumaba Javier Reinoso un perfumado habano i hojeaba los diarios, miéntras llegaban sus amigos.

—¡Ola, doña Mercedes! ¿qué se la ofrecia a Ud? Tome Ud. asiento... ¿Cómo está su hermano Pedro?... Hace tiempo que no le veo. Desde que mis negocios van a ménos, él se me aleja mas cada dia... Pero, qué! ¿no se sienta Ud?

—No, Javier, venia a buscarle a Ud.

—A sus órdenes estoi, querida suegra...

—Pues, sígame Ud. i se lo agradeceré.

Ambos anduvieron juntos hasta llegar a la pieza de Blanca.

Entraron a ella, con no poco asombro de Javier, a quien extrañaba sobremanera aquella actitud nueva para él, de doña Mercedes. Por fin, ésta frunció el ceño con su manera habitual de manifestar que se sentia contrariada i dijo señalando a Blanca que lloraba desesperadamente en el sofá:

—Javier... mire Ud. a esa niña. ¿Qué le ha hecho la pobrecita para que la trate Ud. así?...

Reinoso estaba acostumbrado desde muchos, muchos años a no recibir de nadie el menor reproche i a que no se le pidiera jamas cuenta de nada, de forma que la pregunta de su suegra le sorprendió no poco i le irritó sobre manera, porque hemos dicho ya que era irascible de carácter—como casi todas las naturalezas viciosas.

—Me parece, replicó entónces con alguna acri-

tud, que no me ha hecho nada i que yo tampoco le he hecho nada; pero me parece tambien que aun cuando la tratara yo con cruelísima dureza, no tendría nadie derecho para pedirme cuenta de mi conducta de marido, porque yo hago i haré siempre lo que me plazca: entiéndalo Ud., señora...

—Pero, Javier, yo soi su madre, dijo señalando a su hija, doña Mercedes—que tampoco estaba acostumbrada a que la trataran de aquel modo.

—I yo, soi su marido, que es mucho mas!—exclamó terminantemente Javier.—Y le digo a Ud., que si esa niña se queja, se queja de fastidiosa i por puro melindre, porque yo no la incomodo en nada i la dejo bastante libertad, por lo mismo que hago uso de la mia!

—Javier, recuerde Ud. que el matrimonio no se hizo para que los cónyuges vivieran libres uno de otro, sino para que sacrificaran mútuamente su libertad en obsequio de la paz comun.

—Señora mia, no me venga Ud. con evanjelios ni con lesuras... El matrimonio se hizo para vivir tranquilo de esta o de aquella manera, sin que nadie tenga derecho a inmiscuirse en lo que no le compete... Si ella no está tranquila, yo sí lo estoi..... De lo demas, no me importa un bledo...

—Me parece—insistió porfiadamente doña Mercedes, que no gustaba de quedarse nunca callada—me parece que nigun caballero puede decir que su mujer no le importa...

—Señora—gritó entónces Javier, exaltándose por momentos—me hace Ud. perder la paciencia. ¿Se imajina Ud. que porque es mujer no voi a decirle yo cuántas son cinco?... Pues, sepa Ud., ya que tanto le place entrometerse en todo, que su hija es mia i no de Ud., que yo puedo hacer lo que me plazca—incluso tratarla mal, mui mal,—i que solo

la lei—nó Ud.—pueden obligarme a algo para con ella... I la lei, señora doña Mercedes, me obliga solo a alimentarla i darla dinero con qué vivir... I dinero... que diga ella cuánto la doi. La doi ahora lo mismo que el primer dia... ¿O se imajinaba que tambien como el primer dia iba a hacerle cariños toda la vida?... No, señora; Uds. las mujeres cansan pronto, al ménos a los hombres como yo, que nos hemos acostumbrado desde chicos a esas ideas acerca de la mujer. Por lo demas, doña Mercedes conocia mis antecedentes i mis sentimientos cuando me dió a su hija. ¿A Ud. no le parece bien hoi que haya continuado yo ahora aquellos antecedentes de mi vida de soltero?... Pues ¿para qué casó a su hija conmigo? Ud. debe saber, por la experiencia de su hermano Pedro, que los que tenemos alguna gracia como la de la bebida o la del juego, no podemos hacer penitencia toda la vida... La enmienda nos dura hasta que volvemos a tomar una gotita de cognac o hasta que volvemos a ver el tapete verde... Tengo ahora otras cosas mucho mas sérias en qué pensar... Anoche, por ejemplo, perdí cinco mil pesos en el Club i necesito reponerme hoi... Si gano, daré dinero a Blanca i a Ud. tambien, si me alcanza. I esto debe de importarlas mucho mas a Uds. Piense al fin, señora, que yo no soi tonto i que no tengo mala memoria i que recuerdo perfectamente que Ud. me dió a su hija porque acababa de heredar los 100,000 pesos de mi tio Juan... I en cuanto a su hija, bien pronto conocí que no me amaba i que se habia casado conmigo o por interes de mi dinero o por obediencia a su mandato de Ud.... Solo así se explican la anemia, la palidez i los melindres que tuvo conmigo esta señorita aun en los transportes de los primeros dias de nuestro matrimonio... Si ahora se arre-

pienten Uds., no es culpa mía... ¿Se queja Ud. Blanca? Pues ¿a qué se casó conmigo?... Reclama, protesta Ud., doña Mercedes?... Pues ¿a qué me dió su hija? a qué me hizo tanto cariño cuando recien me conoció?... En fin, señora suegra, no me haga usted hablar más, porque cuando yo comienzo a decir claridades soi franco hasta el cinismo y llamo pan al pan i vino al vino... Entiéndase, pues, que no admito una sola observacion de nadie!... Me vendió Ud. una hija... Pues entónces, me pertenece i la trataré come me dé la gana... Creo que he pagado el precio bastante caro para que a la vendedora no le quede ya derecho alguno sobre mí... Si a Uds. no las gusta mi sisterna, repetiré mi frase favorita: *¡anto peor para Uds* .....

En este punto entró un sirviente i dijo desde la puerta:

—Unos caballeros están esperando al patron.

—Por fin llegaron... Voi allá—exclamó Reinoso, encendiendo con mucha calma su habano, que se habia apagado, i saliendo de la habitacion sin despedirse de nadie.

III

Escenas como las que acabo de describir, eran el pan diario de la vida de Blanca. Quedábase, despues de ellas, a solas con su madre i doña Mercedes no la daba mas consuelo que contraer adustamente el ceño en señal de que se sentia tambien mortificada, no talvez por las desdichas de su hija, sí de seguro por la parte importantísima que en la causa de ellas le cabia.

Cuando salió Javier de la pieza con la calma

teatral i desesperante que le hemos visto, Blanca levantó los ojos i miró a su madre.

Aquella mirada empapada en llanto era una acusacion que parecia decir:

—Tú tienes la culpa!

Doña Mercedes la recibió con una frialdad que semejaba hermana de la de Reinoso i que a la inculpacion de su hija que arrojaba sobre ella toda la responsabilidad de aquel desgraciado matrimonio, contestaba con otra mirada, que decia claramente:

—Yo no dí el sí... Recuerda, Blanca, que lo diste tú en los altares.

¿Cuál de aquellas dos mujeres era en realidad la culpable? Muchas madres pensarán que la hija; muchas hijas pensarán que la madre: i el que es algo filósofo, dirá que las dos tenian la culpa i que las dos tenian razon.

A la desdichada esposa no la quedaba ni el desahogo de que otra persona recibiera su dolor. Su madre habia sido capaz de sacrificarla, pero no era capaz de consolarla...

Verdad es que aun la quedaba una hija. Pero era todavía un sér que vejetaba en el limbo de la cuna sin haber tocado jamás la tierra con sus plantas virjinales i que no comprenderia nada de aquel dolor.

I la pobre madre no veía ni la esperanza de encontrar jamas en la tierra ese pecho amigo que tanto necesita una mujer jóven para descansar la cabeza adolorida por las tempestades del cerebro, porque al volver los ojos a su hija, presentábase a su vista la imájen austera del deber que la decia con el acento mas inflexible de su voz:

—Cuando ella crezca, ocúltala mas que nunca tu dolor, para que ella viva en una atmósfera limpia a

sus ojos de esas nubes que entristecen la vida con su sola presencia i que son la mas triste escuela del espíritu de una jóven... Ella no debe saber jamas lo que pasa entre Javier i tú, porque, al saberlo, tendria que despreciar en el fondo del alma a su padre i ¡quién sabe si a su madre tambien... I una hija no debe, no puede desprec ar jamas a sus padres!

Blanca se desesperaba ahogadamente, agobiada su imajinacion no solo por cierto desprecio positivo que hacia tiempo se inspiraba ella misma por su pasada debilidad, sino mui particularmente por el desden de su hija, de ese rubio ánjel que dormia inocente en la cuna i que algun dia iba a castigarla, pensando en su conciencia que acaso tenia su madre toda culpa de haberse unido a Reinoso...

Ante semejante idea, Blanca esclamaba llena de angustia:

—¡Nó, ella no lo sabrá nunca!... ¡Ella creerá que yo amo a Javier!...

I por eso buscaba a veces medio de inspirar amor a su esposo, de embellecer aquel hogar entristecido, de limpiar esa atmósfera turbia i pesada, para que en ella no se ahogara despues su hija. Y por eso tambien estaba en pié aquella noche de invierno, en que a las tres i cuarto de la mañana profanó un marido ébrio el recinto de la conyugal alcoba.

Pero desde esa noche su desesperacion no tuvo ya límites porque su marido había llegado a punto en que el no despreciarle era ya despreciarse mucho a sí propio. Javier fué desde entónces el ser mas despreciable de la tierra, a los ojos de su mujer. I ya se imajinará cuál seria desde aquella noche la vida de ese matrimonio. Antes, Blanca acariciaba alguna que otra vaga esperanza de que, sino el amor, al ménos la paz i la honradez, pudie-

ran reinar un dia entre ella i Reinoso, para futuro ejemplo de su hija; empero, desde esa noche, miró abierto a sus piés un abismo insalvable, negro, inmenso, que la separaba para siempre de su marido.

Blanca juró que en sus dias no haria nada por vadear la profundidad de ese abismo: creia firmemente que era insondable i se resignó a pensar que estaba viuda. I en verdad que su corazon vivia en espantosa viudez i sin duda que tal era la causa primordial de la vaga inquietud, de la profunda desazon que amargaban sus horas desde que conoció que por mas esfuerzos que su voluntad hiciera, no llegaria a amar ya, ni siquiera a estimar nunca a su marido. Al pensar estas cosas, sentia que las lágrimas se agolpaban a sus ojos.

Era que recordaba su hermosura i su juventud. ¿De qué la serviria ya ser bella i tener apénas veintidos años? Ya nadie podia amarla i ella no podia tampoco amar a nadie!... Ni a Fernando, porque Fernando habia muerto hacia tiempo... I aun cuando viviera—pensaba Blanca—i aun cuando yo le amara ahora escondida i secretamente, sola acá en la soledad de mi corazon, tendria que sufrir el perpétuo desden con que aquella alma pura i noble me habria mirado siempre... El desden frio, espantoso con que le ví pasar dos años há por los balcones de casa, cuando partió al Norte... Aun veo aquel uniforme i aquel interesante, aquel altivo militar que no se dignó volver un punto la cabeza hácia una mujer que le devoraba con los ojos enrojecidos por el llanto i la vijilia,

Sin duda que, a haber vivido Fernando, Blanca volviera entónces a él su alma, no sus ojos: porque Blanca no era capaz de una falta, no era capaz de entregarse a un hombre distinto de su marido, pe-

ro no podia evitar que sus pensamientos tuvieran la relijion de otro hombre, ya que las puertas de hielo del desprecio habian arrojado de ellos para siempre a Javier. I a los veintidos años, una mujer hermosa, desgraciada, que ha podido amar alguna vez, pero que hoi no debe de amar ya i que no encuentra un solo corazon amigo que comprenda todo su dolor i le consuele siquiera, no puede evitar la relijion de un hombre. Digo la relijion, porque si a veces un hombre real puede no existir para ella, nunca falta el ideal de un hombre, o al ménos el poético recuerdo de un hombre a quien amar; que era lo que a Blanca sucedia con Fernando: comenzó a tener la relijion de su recuerdo: esperaba así conseguir algun dia el perdon ideal de Fernando.

I desde entónces la vida de Blanca se redujo a amar i acariciar a su hija i adorar el recuerdo de Fernando. No tenia ánimos para buscar—como otras mujeres mas frívolas—distracciones al dolor en el mareo vano del mundo. Ademas, al recordar el *sí* que diera en hora aciaga a Reinoso, recordaba bien que ella era débil i que, pues su desgracia actual era mayor que la de entónces, podia su debilidad ser ahora mas grande i sucumbir hoi su virtud de mujer honrada con mayor presteza que nunca. I ella, aunque desesperada de la dicha i de la tranquilidad, en el fondo de su alma, no habria quizás temblado por sí misma al arrojarse de nuevo en la vorájine de las pasiones, abierta siempre en el mundo para una mujer jóven, hermosa, i sobre todo, casada; pero recordaba a su hija i pensando que si ella esposa, rodaba como su marido al abismo de la culpa, no iba a quedarle a la desdichada niña un nombre honrado que llevar, ni el de su padre, ni tampoco el de su

madre, se indignaba altivamente i avergonzada de sus naturales tentaciones corria a la cuna de su hija, besaba a ésta con frenesí i decíala mil veces:

—Nó, nó, el nombre de tu madre quedará puro!... Una falta cometí, pero el dolor me purificará de ella algun dia!

I luchaba con la tentacion i batallaba con el dolor.

Muchas veces tembló, muchas veces vaciló, una noche estuvo a punto de resbalar... Fué la noche en cuya tarde habia visto que una bailarina paseaba ufana por las calles, en el mismo carruaje de Javier Reinoso que ella tantas veces usara...

Si Blanca hubiera vivido en aquella época en la absurda atmósfera de la sociedad i de los salones, quizás cayera; pero—temblando de su propia debilidad—habíase mantenido en vida aislada i solitaria, por manera que en aquella noche pudo refrenar una vez mas las tentaciones que la asediaban invitándola repetidamente a cambiar de vida, a respirar otro aire, a olvidar con el ruido del mundo sus dolores; a no aumentar su tristeza con tan esquivo retiro, a aprovecharse de la libertad en que el libertinaje desenfrenado de su marido la dejaba, i a «divertirse» en fin, ya que su esposo tambien «se divertia».

Empero, cuando su cerebro comenzaba a enardecerse con el calor de tanta incitadora tentacion femenina como su juventud i su belleza la ofrecian a porfía, cuando el mareo habia llegado en aquella pobre cabeza de mujer a extremo tal que comenzó a buscar entre sus vestidos, el mas rico i elegante para concurrir en esa misma noche a las tertulias semanales de su tia política Adela Reinoso—en donde pensaba ahogar la tem-

pestad de su enardecido corazon; cuando principiaba ya a componerse el rostro delante del espejo, un jemido débil, un respiro tierno i doliente, la hizo enrojecerse de su determinacion i correr desatentada hácia el otro estremo del aposento...

Era su hija que tenia hambre!...

Blanca enjugó sus lágrimas, besó a su hija i el relijioso recuerdo de Fernando vino a fortalecerla nuevamente en su dolor.

—¡Gracias, hijita!—decia despues en voz alta a la tierna criatura que acariciaba entre sus brazos.

I en seguida bajaba la voz, levantaba los ojos al cielo i como hablando con un sér invisible i querido para ella, murmuraba:

—Fernando... tu recuerdo me salva en estas batallas tremendas. ¿No me perdonas todavía? Tú eras tan bueno! Tú me has perdonado ya!... ¿Verdad? Sí?... ¡Ah! Gracias, Fernando, gracias! .....

IV

Acariciada por estas ideas, se acostó Blanca esa noche mas tranquila que otras veces.

Pero a poco de haber cerrado los ojos sintió un frio terrible que recorria todo su hermoso cuerpo haciéndola temblar convulsivamente.

En un rincon de la habitacion apareció una sombra que avanzaba poco a poco aproximándose lentamente al lecho de Blanca.

Blanca dió un grito ahogado.

Aquella sombra no era la de su marido.

Javier Reinoso no era tan alto ni tan delgado. ¿Quién podia entónces penetrar en aquel recinto a tales horas?...

Blanca miró la cabeza de la sombra.

La pieza estaba oscura, pero vió sin embargo en el lugar en que debia de tener los ojos el fantasma, dos puntos de sombra mucho mas negros que la oscuridad de toda la habitacion. Parecian dos cuencas sin sus ojos, parecian los huecos sombríos de una calavera...

Blanca apretó con fuerza los ojos i se arrebujó temblando entre las sábanas.

Sintió entónces un ruido singularísimo. Para no oirle se tapó los oidos con la ropa; pero en vano, porque el ruido fué siempre un fluido mas intruso, mucho mas que la luz... La poca luz que allí habia no atravesaba las ropas del lecho; pero aquel ruido, singular llegaba intacto al delicado tímpano de Blanca.

Era un ruido distinto, nunca oido.

Blanca abrió los ojos para ver de dónde venia, mas volvió al punto a cerrarles. Estaba horrorizada. Nada habia podido ver; no obstante, un secreto impulso le dijo que aquel ruido era como de huesos...

Empero, algo mas se mezclaba a aquel ruido formando con él ese extraño i fantástico son que aterraba tanto a Blanca.

Blanca tornó a oir. Retuvo el aliento. Quiso escuchar con toda atencion i percibió entónces algo que heló de golpe la sangre toda de sus venas.

Sus dientes chocaron fuertemente unos con otros. Sus manos crispadas se enterraban hasta la carne sus propias rosadas i agudas uñas. Toda su sangre huyó de la superficie del cuerpo agolpándose helada al corazon en busca de calor. Su respiracion se detuvo paralizada por una impresion terrible i las órbitas de sus ojos se ahondaron repentinamente como si quisieran las pupilas huir al punto del

centro, temerosas hasta de los rayos de la misma luz... La vida parecia dejar por instantes a Blanca que acababa de oir el ruido característico i silboso de una hoja toledana desenvainada con la premura ansiosa de vengar algun agravio de la honra propia.

El ruido cesó de repente. Pasaron algunos segundos i Blanca comenzó a volver en sí...

—¿Si será esto una pesadilla? pensó de pronto... I como nada oyera, hizo un esfuerzo i en voz mui baja, como de criminal que huye en la sombra, preguntó convulsivamente:

—¿Quién?

Nada... Silencio absoluto fué la respuesta.

—Sin duda que esto ha sido horrenda pesadilla i nada mas, murmuró atreviéndose a apartar con sijilosísima lentitud las ropas a fin de sacar la cabeza fuera de las sábanas hasta la altura de los ojos solamente.

—Sí, sí, pesadilla i no mas, repetia con un vago temblor nervioso i abrió los ojos de repente.

Un grito horrible resonó en la estancia—Blanca saltó del lecho encendida de furor, i con la denodada intrepidez de una leona que se arroja a defender sus cachorrillos, púsose con eléctrica celeridad, junto a la cuna de su hija...

—Nó, nó, mil veces nó!—gritó ronca de indignacion—A ella, nó! ¿Qué te ha hecho?... ¡Infame!... No tocarás, miéntras yo viva, un pelo siquiera de su cabeza!

I poniéndose delante de la sombra que se habia abalanzado con la espada desnuda sobre la cuna, abrió Blanca los desnudos brazos defendiendo con ellos i con su cuerpo, la vida de su hija.

La espada bajó su punta i del hueco de los ojos de aquella sombra, partieron dos llamaradas si-

niestras que iluminaron con un destello rojizo la púdica desnudez de la espantada madre...

—¡Eres mui hermosa!... Demasiado hermosa!—murmuró con ronco acento una voz cuyo eco arrancó un grito agudísimo de asombro de la garganta de Blanca.

—Tu hermosura ha salvado esta noche a tu hija—prosiguió la misteriosa sombra.

—¡Piedad! Piedad!... Si nunca te olvidé, si aun te amo, si te adoro siempre!... Si aun anhelo ser tuya! tómame, amor mio!... Déjame abrazarte eternamente!—esclamó Blanca al conocer en aquella voz cuya era la sombra.

I deshecha en lágrimas, i loca de espanto, de gozo i de dolor, arrojóse a los piés de aquel ser misterioso, gritando con irresistible entonacion:

—¡Perdon, perdon, Fernando mio!

—Otro dia mataré a tu hija!—repuso conrencoroso i fatídico acento la misma voz.....

Los primeros albores del dia entraron por los cristales del aposento i fueron a despertar con su luz el rostro de Blanca, que dormia sobre su lecho.

Abrió los ojos nuestra heroina i luego que se cercioró bien de que nadie habia entrado a su alcoba i de que su hija dormia anjelicalmente todavia, se pasó la mano por la afiebrada frente—como para apartar las últimas imajinaciones de un sueño—y exclamó azorado:

—¡Qué espantoso sueño!... ¡Qué horrenda pesadilla!... Quisiera olvidarlo todo pronto... Pero, esa frase última no puedo, no puedo olvidarla... «¡Otro dia mataré a tu hija!»... ¡Ah! Fernando!... Tú eras tan bueno! Nó, tú no puedes haber dicho esa crueldad infame!... Tú eras jeneroso!... Tú me has perdonado ya!... Verdad, verdad, Fernando?...

Seguidamente saltó del lecho, tomó a su hija, la llevó a su cama, despertóla con sus besos i a las sonrisas infantiles de la niña contestaba con las lágrimas que se desbordaban de sus ojos i con los suspiros que se escapaban de su acongojado pecho, envueltos en estas palabras:

—¡Pobre hijita mia! Pobre hijita mia!!...

V

Era una nublada i triste mañana del 2 de Noviembre... Era el dia de los muertos i la jente, vestida toda de negro, se dirijia desde temprano al cementerio a depositar una flor o a consagrar un recuerdo a la memoria querida de los ya idos.

Un carruaje paró a las puertas del cementerio i bajó de él una dama vestida de negro con una niñita de unos dos o tres años de edad. La niñita tenia los mismos ojos de la dama i si la hubiera visto alguno de los que oyeron en la primera parte de esta historia, el relato de Rodolfo, habria pensado sin duda:

—¡Qué parecida a la cabeza que pintó Fernando!

La dama dió la mano a la tierna criatura i avanzó lentamente hasta la ancha puerta del cementerio—puerta ancha, como es siempre la de los cementerios—i que parecia convidar a traspasar sus umbrales.

Blanca se detuvo un instante ántes de entrar. Miraba la poética i lapidaria inscripcion que se lee en la fachada de la Necrópolis santiagueña.

Esta que juzgas tumba de los hombres

porque en ella reposan sus cenizas,
es la cuna sagrada en donde empieza
a renacer el alma a mejor vida.

Sencilla leyenda que tan hondas i tan poéticas reflexiones despierta.

Blanca la leyó i siguió su camino repitiendo en voz baja, como para grabárselos en la memoria, aquellos cuatro sencillos versos que, con el májico poder intelectual de una sola idea, conseguian trocar en dulce melancolía la negra tristeza que al llegar a aquel recinto la agobiaba.

Blanca sonrió débilmente i miró a su hija, estrechándola con fuerza sus manos.

Entraba en ese momento a la hermosa avenida de los cipreces. Cimbrábanse las altas i negras copas de éstos con la silenciosa calma de la muerte. Parecian, vistas del suelo las movibles copas de esos fúnebres árboles, alas negras de los ánjeles de la muerte que se batian en los aires cernidas perpétuamente sobre la triste pero hermosa mansion de los que ya vivieron.

Anduvo, anduvo Blanca mucho rato. Detenía se de cuando en cuando, ya para dar descanso a su hijita, ya para leer alguna inscripcion mortuoria o para contemplar tal cual hermoso mausoleo.

Al cabo de no poco andar, tomó por una avenida lateral, en que se veian ménos monumentos i, por tanto, ménos jentes.

Al fin de la avenida se detuvo delante de una sepultura bella, pero no lujosa, en cuya lápida de mármol se leia en grandes caractéres—a los cuales el polvo del tiempo no habia aun arrancado un punto de su frescura—el nombre de la madre de Blanca.

Doña Mercedes habia fallecido hacia seis meses

solamente i su tumba, llena de flores i frescas coronas, decia con elocuencia que Blanca veneraba la memoria de su madre y que conservaba el recuerdo de ella, a traves de todas las sombras i dolores que la mano de la autora de sus dias sembrara en la senda de tristísima existencia.

Blanca se arrodilló llorando en la tumba de su madre.

Sacó una rosa blanca que traia oculta i prendida bajo el negro manto, dió un beso largo i silencioso a la pálida flor, acercó la rosa a los purpúreos labios de su hija i la colocó despues sobre la fria lápida de mármol.

Aquel era el beso de una hija a su madre. La flor debió conservar entre sus pétalos el calor de los labios de Blanca para entibiar con él las heladas cenizas de doña Mercedes Ocampo.

En seguida Blanca arrodilló a su lado a su hija i comenzó a orar.

En vano quiso enseñar a la niña a que balbuceara las oraciones que ella rezaba, porque la pobrecita apénas silabeaba—con esa graciosa torpeza de los niños—una que otra palabra perdida.

—Vaya, Emmita!—la dijo Blanca en voz baja, acariciándola suavemente—¿por qué no rezas ahora como al acostarte?...

Pero Emmita no contestó una palabra i rompió a llorar.

Blanca recordó que su hija se habia arrodillado hacia algun rato ya i que aquellas infantiles rodillas debian sentirse mui adoloridas de cansancio. Entónces la ayudó a levantarse, dándola permiso para que, miéntras ella terminaba sus rezos, correteara i se moviera un poco—un poco no mas—en aquel solitario paraje del cementerio.

Por allí no andaba ninguna otra persona i no se

veia, demás de la sepultura de doña Mercedes Ocampo, sino otra tumba modesta i solitaria que alzaba a distancia de unos pocos metros los desnudos brazos de su pesada cruz de piedra.

Emmita no se hizo repetir el permiso i olvidando al punto su llanto, corrió a ver mas de cerca aquella gran cruz de piedra que le inspirara desde el primer instante vivísima curiosidad así por su tamaño, como por la extraña oblicuidad de su colocacion. Porque la cruz estaba torcida, mui torcida. Parecía que alguna mano de hombre, o mas probablemente, que el cuerpo de algun reptil, habia dislocado al pasar en su carrera, una de las piedras que sustentaban la insignia del Calvario.

Emmita se acercó corriendo a enderezar aquella cruz que imajinaba sin duda mui liviana i al inclinar su cuerpecillo i cuando metia sus manecitas en la cavidad que la piedra dislocada dejara... se oyó en todo el cementerio un grito terrible, agudo como una puñalada, vibrante como un corazon que se rasga... I empezó a correr mucha sangre al pié de la cruz de piedra...

Blanca se puso de pié instantánea, eléctricamente i buscó a su hija en la direcion de aquella cruz...

Pero sus ojos espantados no encontraron la cruz de piedra...

La cruz de piedra se habia desquiciado subitáneamente i al caer habia aplastado i partido la cabeza de una niña de tres años.

La niña era Emmita Reinoso.

Junto a la cruz de piedra, se veia ensangrentada la lápida de la modesta sepultura cuya soledad guardara ántes la cruz. En aquella lápida decian

unos caractéres que comenzaban a borrarse con la accion del tiempo:

Fernando Leon

Héroe de Tarapacá.—29 de Noviembre de 1879.

FIN

NI ESPERANZA NI GLORIA

(PINCELADAS PARA UN CUADRO)

Al inspirado artista, mi amigo Enrique Swinburn

I

¿No habeis visto por esas calles de Dios vagar a veces con la mirada hosca i misantrópica, a un mozo alto de cuerpo, enjuto en carnes, airoso en el andar, pero mui despreocupado, que parece haber sido bello i que ahora no sabe uno si es hermoso o feo, jóven o viejo, simpático o antipático?

Sin duda que le habeis visto, porque, si bien es verdad que suele no asomar las narices en semanas i aun en meses enteros por las calles centrales del comercio, es tambien cierto que hai dias en que

se lo pasa horas de horas delante de algun escaparate del almacen de Kirsinger, sin mas ocupacion que mirar i remirar un cuadro nuevo que allí se exhibe. Ocasiones ha habido en que, despues de contemplar larga, mui largamente alguna obra de esas poquísimas de verdadero i sobresaliente mérito que por acá se ven, hase entrado nuestro hombre resueltamente al almacen.

—Diga Ud., señor. ¿No es de X esa marina?...

—Precisamente, señor...

—¿Copia de la famosa de Wood?...

—Cabalmente, señor...

—Si ya lo decia yo! Pues, ¿sabe Ud. que X promete mucho, o mejor dicho, realiza ya mucho?

—Así dicen, señor...

—I así es. Hai en él verdadero talento... Vea, fíjese Ud., es uno de los pocos pintores nuestros que cuidan el dibujo debidamente, comprendiendo cuánto valen la firmeza i la fuerza de un buen trazado. Ademas, maneja con acierto el colorido, aunque con no poca timidez. ¿No ha notado Ud. que abusa algo de los tonos suaves? Así, el azul pálido, celeste—no usa jamas el turquí—el verdegay, el agua mansa, el cielo arrebolado, dan cierta monotonía al conjunto de sus obras, digo al conjunto porque, juzgadas separadamente, no hai tal monotonia. Pero, apesar de todo, así en el paisaje de luz pareja i clara, como en las marinas, este pintor es inimitable i en poco tiempo mas será una verdadera gloria de ese jénero delicado que tanta inspiracion del arte i tanto sentimiento de la naturaleza requiere .. Pero, amigo mio, siempre nos faltará la gloria mas preciada del arte, nos faltará un pintor de vírjenes, un talento que estudie con jenio a la naturaleza en su mas difícil objeto: en el tipo humano. ¡Ah! esto no lo he visto nunca aquí, i lo he visto apénas en

otros paises. Vea Ud., ni aun en Italia se pintan ya tipos humanos, vírjenes, madonas—como dicen allá en la tierra del arte... Parece que el jénero le hubieran agotado ya los Ticiano y los Murillo, los Rembrandt y los Perugino, los Vinci y los Sanzio, los Correggio y los Renni, los Solari i los Bazzi. Hoi no se crean ya tipos humanos, hoi se contenta el arte con sorprender a la naturaleza en sus mas bellos momentos i trasladarla fielmente al lienzo: tal es la fórmula de la escuela moderna. Pero ¿crear? ¿quién crea hoi? Verdad es que Rafael tampoco creaba sus vírjenes, ni Murillo sus Concepciones, ni Renni sus Magdalenas. Verdad es que de aquellos rostros sublimes dice la chismografía artística que fueron copiados de la Fornarina, de la cabeza de Niobe i qué sé yo... Pero ¿quién sabe si en nuestro tiempo nacerá un jenio capaz de crear por primera vez un tipo orijinal, nuevo, perfecto, que no sea copia de rostro alguno, sino hijo puro de una inspiracion jigantesca, poderosa, orijinal i de una ejecucion valiente, diestra?... ¿quién sabe si habrá nacido ya? i ¿quién sabe si habrá nacido en Chile?... Oh! semejante gloria levantaria a nuestro pais mas alto que todos sus triunfos guerreros i que todos sus progresos industriales!... ¿No lo cree usted así?...

Mirábale el dependiente con curiosidad mezclada de asombro i no sabia qué pensar de aquel hombre cuyos ojos brillaban con una expresion particular en ellos inusitada, al hablar del arte de Zeuxis i Parrasio.

¿Será un loco?—pensaba—¿o será solo un artista, un pobre soñador de gloria que no encuentra con quién hablar de estas materias?... Mas nó; hai en lo que dice cierto gusto, cierto buen sentido, i talvez cierta ciencia del arte, que no parecen de cerebro enfermo ni de pobre soñador tampoco. Pe-

ro ¿i por qué le chispearia tanto la mirada al decir «¿quién sabe si habrá nacido ya?... ¿quién sabe si habrá nacido en Chile?»

Nuestro jóven habia vuelto a salir i contemplaba nuevamente el cuadro del escaparate, que era, en efecto, una lindísima marina, digna de enorgullecer al propio Martino.

Largo rato se estuvo en esto, i al cabo, volvió a entrar a la tienda, preguntando al del mostrador:

—Diga Ud., el autor ese... es pobre ¿verdad?

—¿Qué autor, señor?

—El de esa soberbia marina.

—Ah! Quiá, señor!... él vende su cuadro.

—¿Sabe Ud. que la voi a comprar?

El dependiente miró de alto a bajo a nuestro hombre, como sorprendido de aquella resolucion que no podia desagradarle i que, sin embargo, le inspiraba vivísimos recelos, porque ni el aspecto despreocupado del jóven, ni sus ropas llevadas con descuido i a mal traer, ni lo desconocido i sin relaciones que aquel hombre parecia, daban indicios de que fuera persona de pagar lo que el cuadro valia, que era mucho;—porque ya hemos dicho que la marina tenia verdadero mérito. Al cabo, el mozo que vendia replicó, como pensando asustar al comprador presunto:

—Señor, vale ochocientos pesos el cuadrito!

—¿Con marco?

—Con marco, señor.

—Pues, hombre... es de balde!

El vendedor abrió la boca i volvió a mirar a aquel hombre. Era pobre, no le cabia duda. Ahora notaba que eran: el sombrero, pasado de moda, la levita, de corte inelegante i casi antidiluviano i el pantalon i demas prendas de vestir, por el

propio estilo: todo lo cual no anunciaba fuera su dueño persona de rentas bastantemente holgadas para derrochar ochocientos pesos en un cuadrito que no le serviria ni para vanidosear, puesto que llevaba una firma nacional, i mas que fuera aquello superior a un Corot o a un Collin, no le reputarian entre nosotros gran cosa, porque... como no era extranjero... ¿No le estuviera mejor, pensaba el del mostrador, comprarse un sombrero nuevo, una levita idem, etc?... porque vestido a la moda, este cabellero se veria hermosísimo!»

—Entónces ¿descuelgo el cuadrito?

—Con que ¿novecientos pesos sin marco, eh?

—Sí, señor, novecientos pesos con marco, dijo el interlocutor de nuestro jóven, arrojando sobre él repetidas miradas de verdadera lástima. Llevóse éste la mano al bolsillo i notándole vacío, hizo un jesto como quien sale de largo ensueño i murmuró para sus adentros:—Me olvidaba de que no poseo ni una cartera!... ¿En dónde tendría yo la cabeza?... Pues, señor! que aun no me pueda convencer de que soi un pobre, pobrísimo artista, i nada mas!... Ah! maldito arte!... Cuántas locuras he cometido por tí!»

El dependiente le volvió a sacar de su ensimismamiento, repitiéndole—ya decidido a burlarse de la jenerosidad de aquel loco:

—Sí, señor, novecientos pesos sin, marco. Voi a descolgárselo a Ud.

—¿Novecientos pesos? exclamó el jóven. Pues, señor, le digo a Ud. que es de balde; sí señor, de balde, de balde...

I salió a la calle sin volverse a acordar del cuadro, ni del vendedor—que en esos momentos

le sacaba presuroso la marina del escaparate. Nuestro hombre tomó por la calle de los Huérfanos abajo, i despues de haber andado muchas cuadras, todavía repetia maquinalmente i como perdido en consideraciones profundas i jenerales respecto del valor de las obras de arte:

—¡Es de balde, es de balde!

II

Desde mui niño habia soñado Edgardo con llegar a ser un gran pintor. Cuando tenia apénas seis a siete años, le sorprendian siempre, cómo al niño de Urbino, ocupado en trazar figuras i dibujos sobre el suelo. Sus disposiciones para el arte eran notorísimas. Sus libros todos veíanse llenos, al márjen de las pájinas, no de las notas cojidas de las explicaciones profesorales, sino de cuadritos, juguetes i bosquejos al lápiz llenos de gracia i de soltura. Cuando llegaba ya en el liceo de la Serena al quinto año de humanidades, tocóle un maestro de filosofía de figura particularmente orijinal, feo hasta mas allá de lo que basta, pero con esa fealdad singularísima que gusta a los entendidos en estética i que suele ser hasta una belleza artística, por cuanto no hai en ella nada repugnante ni monstruoso i sí mucho de especial i distinguido. Tenia el tal profesor frente hermosísima, mui ancha i despejada, en que parecia llamear una intelijencia poderosa y en que lucía la majestad del saber con todo el esplendor que su aureola de canas le prestaba. Sus ojos eran de color indefinible, positivamente irregulares de forma, mal colocados tambien, pero lle-

nos de una espresion tan soñadora i poética que parecian ojos de alguna cabeza del fantástico i orijinal Hogart. El perfil de su nariz era enérjico i atrevido como un rasgo de Rembrandt, i en su boca descolorida, vagaba una movilidad tal, que, cuando reia, comunicaba a su faz la expresion de luz i de alegría de los rostros de Velasquez.

Su cuerpo era flaco, algo extenuado por las vijilias del estudio a extremo tal, que su cútis pálida tenia toda la transparencia i diafanidad que tanto alaban los críticos en las carnaciones del Ticiano i de Rubens. Sus venas azules, se divisaban perfectamente en las sienes, i cuando alguna preocupacion contraia su frente, pronto se dibujaban todas sobre la piel con el pasmoso relieve con que diz se dibujan en los santos del Spagnoletto.

Esplicaba una mañana este profesor a sus alumnos las famosas antinomias de la célebre teoría de los *noumenos* i de los *fenómenos* de Kant, con un acaloramiento i entusiasmo tales, que a quien en esos instantes le hubiera interumpido, habríale jurado, de cierto, rencor eterno.

En lo mas árduo estaba de la oscura metafísica kantiana, cuando reparó que el primer alumno de la banca parecia no atender a palabra suya, sino que inclinaba i levantaba alternativamente la cabeza sobre su libro i miraba al profesor de hito en hito, sonriendo a trechos, i procurando disimular la sonrisa a veces. En una de estas sonrisas le sorprendió el elocuente maestro cuando acertó a mirarle.

Quien haya sido alguna vez profesor, i singularmente profesor de filosofía, comprenderá sin dificultad el furioso ímpetu con que el maestro

interrumpió su explicacion para preguntar amenazadoramente al discípulo:

—¿En qué estábamos, señor mio?

Silencio absoluto.

El profesor, excitado por la fria tranquilidad del alumno, se irrita mas i pregunta:

—Eh! ¿Por qué no atiende Ud? ¿Qué hacia Ud?

—«Nada», señor.

Respuesta clásica de los colejiales.

—Cómo! Nada?... A ver, traiga acá su libro!

El alumno le pasó su texto de Filosofía Elemental de Bálmes, abierto en la pájina en blanco que precedia a la carátula, sobre la cual pájina veíase un dibujo con algos de caricatura a medio concluir.

—¡Insolente! gritó el profesor, al mirarse inequívocamente retratado en el injenioso bosquejo que de su propia figura acababa de trazar el lápiz de su alumno. ¡Insolente!... ¡Fuera!...

Edgardo salió del colejio ese mismo dia i no volvió mas a él.

—La aficion al dibujo, pensaba, el amor al arte me ha quitado la carrera que iba a seguir. Pues bien, ese mismo amor cuidará de darme otra.

I desde entónces creyó convencidamente que podia llegar a ser un gran pintor i que no habia nacido para los libros, puesto que ya desde tan temprano, prefirió sobre el gran Kant los humildes garabatos de su lápiz de Faber número 2—el mejor lápiz de dibujo.

Edgardo arrancó la primer pájina de su Balmes i poniéndola en un sencillo marco por él mismo fabricado, colgóla frente a su cama, para recordar lo que él llamaba el primer paso pero importante i decisivo de su vida, cada vez que

contemplara la orijinalísima cabeza de su profesor de filosofía.

III

Edgardo era huérfano de padre i madre i no tenia sino un hermano mayor, casado ya i con familia, con el cual se queria mucho, apesar de que no le profesaba ningun respeto.

El carácter de Edgardo tenia toda la independencia de los vientos. La falta de su padre, a quien no alcanzó a conocer, i la muerte de su madre, que falleció al darle a luz, le acostumbraron desde pequeño a hacer siempre su voluntad.

No es esto decir que fuera caprichoso ni de mal jenio, sino que la acostumbrada tristeza en medio de la cual vivia, la profunda soledad en que crece un hijo huérfano i talvez las circunstancias en que su madre le dió a luz: cuando la devoraba aun el dolor de la reciente muerte de su esposo, influyeron en formarle un natural triste que desarrolló prematuramente el idealismo soñador i pertinaz de su carácter.

Vivia con su hermano, el cual, si no poseia riqueza ni lujos, estaba ya formado a la época en que salió del colejio Edgardo. Antes habian vivido los dos con un viejo tio que tendió a los huérfanos una pobre, pero cariñosa mano.

Para alijerar de esta carga a su tio, el hermano de Edgardo siguió la carrera del comercio i merced a su honradez intachable i a su intelijentísima actividad, consiguió pronto formarse una posicion si modesta, holgada, que le permitió realizar en breve término sus dos mas nobles anhelos: el de ofrecer

su mano a un ánjel con quien se amaba locamente desde los primeros años i que le habia aguardado con tierna constancia rechazando mil tentaciones mundanas i no pocos partidos ventajosos que su hemosura le proporcionara; i poder cobijar bajo un techo propio a su pobre hermano menor, a fin de educarle en una carrera conforme a su tendencia i a sus talentos—si los tenia.

Por eso, cuando una tarde llegó Edgardo a su casa con las noticias de que no pensaba seguir estudiando humanidades, i de que debia dedicarse al arte, puesto que su aficion a él habia causado una ruptura con los maestros, su hermano no atinó a decirle ni a aconsejarle palabra. Conocia demasiadamente la independencia de carácter de aquel muchacho i creia, sobre todo, haber descubierto siempre en él notables disposiciones artísticas, bien que, como profano del arte, no se habria atrevido jamas a tomar en su calidad de hermano mayor, la responsabilidad de que se dedicara Edgardo a la pintura.

He ahí por qué la novedad ni le cojió mui de sorpresa ni tampoco le impresionó malamente.

Desde ese instante cobró fé profunda en el talento de su hermano i decidió ayudarle con todas sus escasas fuerzas en la nueva carrera. Aunque ajeno a la intelijencia del arte, sobrábale corazon para admirar i amar sus bellezas.

—Haz lo que quieras—le insinuó por fin.

—Trabajaré, mi buen hermano, dijo Edgardo con tono firme, i luego agregó con la arrogante seguridad que presta siempre la verdadera inspiracion:

—I surjiré, te lo juro! porque tengo acá dentro una idea.....

—¿Qué idea?...

—Perdona, ese será el secreto de artista de toda mi vida. Tengo una grande idea; empero, necesito mucho, mucho trabajo para emprenderla siquiera cuanto mas para llevarla a cabo. Algun dia confío, sin embargo, en verla realizada. Tres años há que sueño perpétuamente con ella i la concepcion artística no he podido aun terminarla... Ah! tú no sabes lo que cuestan estos trabajos de la fantasía!... Son partos mucho mas dolorosos que los de nuestras pobres madres... i a veces, como a ellas, pueden costar tambien al artista la vida, o al ménos, la vida intelectual, que no pocas veces se ha agotado en grandes talentos al solo esfuerzo supremo de una creacion jigantesca i perfecta... Una creacion!... hai mucho que trabajar para realizarla i sobre todo, sobre todo, hermano, es necesario para que ésta se desarrolle bien, que nazca i crezca en un medio favorable al arte, en una atmósfera capaz de comprender i amar la belleza i capaz tambien de glorificar grandiosamente al artista... I este es el verdadero motivo porque se ahogan—o mejor dicho—porque no despiertan aquí grandes talentos..... Ello no es cuestion del clima, como pretenden muchos críticos presumidos; nó, el jénio artístico florece en todas las zonas, i la historia demuestra que no es planta exótica en parte alguna del orbe civilizado... Oh! Si aquí hubiera atmósfera para el arte, si viviera en esta tierra mas jente culta, si estuviera entre nosotros mas difundida la ilustracion, educadora única del buen gusto artístico, el censo arrojaria tal i tan crecida poblacion, que no formarían ya en Chile los artistas excepciones perdidas i escasísimas en medio del vulgo, sino que serían un verdadero grupo, una gran familia, casi un pueblo! ¡Ah! entónces no desesperaria de llegar a realizar mi sublimedeal!

Los ojos de Edgardo brillaban de tal modo, su palabra era tan sincera i calurosa, habia tal expresion en toda su persona, que su hermano quedósele mirando por largo espacio sin atinar un punto a hablar. Desde ese momento se convenció de lo que ántes solo habia sospechado vagamente: que Edgardo era un verdadero talento de robusta e irrevocable vocacion para el arte. De hermano protector que antes fuera, convirtióse de súbito en fervoroso admirador de Edgardo. Tenia ya fé ciega en él. I como—segun es fama i no falta quienes lo creen—la fé todo lo puede, no divisó ya imposibles para la gloria de aquel futuro artista i replicó inspirada i convencidamente:

—Edgardo, vé a trabajar a Santiago mañana mismo, realiza pronto tus grandes proyectos, fórmate un nombre, i serás la gloria de tu familia i tu madre te bendecirá conmigo desde el cielo!...

Los dos hermanos se abrazaron i lloraron juntos un largo rato.

IV

Al siguiente dia partió Edgardo en direccion a Santiago i se entregó desde el primer momento i con todo el ardor de su alma, a los afanes ímprobos del estudio. Su primer cuidado fué alquilar un cuarto para pintar, esto es, para vivir en él. Trabajo, i mucho, hubo de costarle encontrar la pieza que deseaba—esa pieza soñada de los artistas; pero halló al fin un cuarto con mucho aire, mucha luz, i mucho sol a toda hora.

Su cuarto era su único lujo, bien que lujo necesario porque en él dormia, en él comia i sobre todo

en él tenia su taller. Levantábase el dueño de ese taller casi con el alba i trabajaba toda la mañana sin dejar los pinceles, hasta que almorzaba i se dirijia a la Universidad en seguida. Aquí llegaba el primero i se retiraba el último. El trayecto de la Universidad a su casa, era su diario ejercicio hijiénico, pues media mas de 30 cuadras. Cuandopor la tarde llegaba a su casa, aprovechaba siempre la luz postrera del dia para trabajar otro rato. No tenia amigos, pero sí tuvo pronto rivales, porque al fin del primer año se llevó todos los premios en los concursos anuales de bellas artes. Al fin del año siguiente hizo lo propio. Entónces el profesor le pidió algunos de sus trabajos para exhibirles i venderles,—caso de que consintiera en ello su autor. Accedió gustoso Edgardo—que deseaba ya alijerar a su buen hermano empezando apagarse él solo su vida, i pocos dias despues se exhibian en los escaparates de Kirsinger dos hermosísimas cabezas de estudio natural premiadas en la Universidad, en las cuales no se sabia qué admirar mas: si la firmeza i perfeccion del dibujo, o el atrevimiento, la fuerza i la transparencia del colorido. En la misma tarde de ese dia, un jóven aficionado al arte se detuvo largo rato a contemplar los dos estudios i a seguida entró al almacen:

—Diga Ud., esos cuadritos¿ están vendidos?

—¡Nó, señor!

—¡Magnífico! Pues entónces, mándemelos a casa ahora mismo. Los compro en el acto, cuesten lo que cuesten. Hace mucho tiempo que yo deseaba poseer dos cabezas de ese estilo, pintadas con esa gracia, con esa fuerza a par que con esa nitidez y con esa delicadeza... Yo miro la obra ántes que la firma, porque he encontrado muchas veces firmas notables al pié de trabajos apénas mediocres; al pa-

so que, despues de mirar un buen trabajo, nunca he encontrado la firma que lleva, sino mui buena. Vea Ud., la firma de esos cuadritos la respeto ya mucho, apesar de que, segun leí, es desconocida aun en el arte...

—Sí, señor, pertenece a un jóven pobre que comienza a estudiar, pero que se ha sacado ya todos los premios de los concursos a que ha entrado.

—I ¿qué pide por las dos cabecitas?

—100 pesos, señor.

—¡100 pesos no mas!... Pues ahí tiene Ud. 200 que yo pago i que es lo ménos que valen esos estudios. I dígale de mi parte a ese jóven que siempre venda sus obras en lo que valen, que deseo conocerle i que espero me haga pronto una visita. Dele Ud. esta tarjeta...

I nuestro hombre entregó al dependiente una tarjeta en que se leia el simpático nombre de un millonario, cuyo desprendimiento, jenerosidad i amor al arte, son ya proverbiales entre nosotros.

Edgardo que, desde la exhibicion de sus cuadros se lo llevaba pasando i repasando por las vidrieras i oyendo tembloroso de emocion los comentarios en jeneral favorables que los paseantes hacian, notó inmediatamente el desaparecimiento de sus dos queridas cabezas. Precipitóse al almacen, habló con el dependiente i por primera vez en su vida, sintió húmedos sus ojos con esas lágrimas de alegría tanto mas dulces, tanto mas gratas al corazon humano, cuando ménos frecuente es en la existencia derramarlas. Tomó los 200 pesos, fuése a cambiarles en el acto i dirijióse pensativo a su casa repartiendo gruesas limosnas a todos, todos los pobres que a su paso encontraba. De súbito se volvió i dijo:

—Ya sé en qué gastar esto! Si tuviera madre,

se lo mandaria a ella... Mi hermano me lo devolveria si se lo enviara... Pues bien, dividiré la suma. Compraré un regalo para mi hermano i con el resto, encargaré a Europa algunas obras ilustradas sobre la pintura.

I entró a una librería. Compró para su hermano la riquísima edicion barcelonesa del Quijote, ilustrada por el gran Doré i con el resto, encargó los interesantes libros sobre historia de la pintura, de Luis Viardot, las célebres críticas de Gautier, de Enault i algunos otros conocidos libros de arte.

Volvia de la librería pobre como saliera de ella, pero con el corazon henchido de gozo i repitiendo para sus adentros:

—Mi ideal es realizable! Yo me habia engañado: aquí hai público i atmósfera propia al desarrollamiento del arte! Oh dicha! Podré cojer ese lauro para mi frente. Pues bien, al trabajo, seguiré estudiando, estudiando sin descanso hasta que me halle con verdaderas fuerzas para ejercitar una creacion artística!...

¡Oh! ideal mio! Cuánto me cuesta el concebirte solo! Ya tengo sin embargo, mucha parte en la mente, porque he hallado lo mas importante: la expresion del rostro, que será nueva del todo i hermosísima—nadie puede haber soñado nunca una expresion tan bella de rostro de mujer como la que yo he soñado! Oh! I la tengo aquí! i algun dia lograré estamparla para siempre en un rostro humano. Sus ojos! He estudiado ya mucho sus ojos, i poseo el ideal de unos bellísimos, que no son tan grandes ni son claros como los ojos del tipo clásico de las antiguas creaciones de Murillo, Ticiano, Renni i Rafael, pero son, en cambio, de una expresion, de un color, que no he encontrado nunca todavía ni en el mundo viviente ni en el mundo artísti-

co. Ojos de tal espresion que, no siendo grandes lo parecerán muchísimo, con unas pestañas mui largas que hagan al alma el efecto de clavadores alfileres negros, con unas cejas de terciopelo sombrío como piel de leopardo, con unas pupilas i un mirar... La mirada! Hé ahí lo principal! Mirada dulce, llena de suavidad, pero al mismo tiempo empapada en pasion, impregnada de fuerza i sobre todo, mirada en que luzca el destello virjinal de la inocencia i la pureza del alma!... En fin, que sea la misma mirada que en sueños he recibido muchas veces de un sér que no existe...

Porque ojos en que resplandezca el fulgor húmedo de la pasion, hai muchos hasta en el mundo del arte. Ojos en que brille el límpido i sereno destellar de la inocencia, tambien los hai; ojos en que se lea la beatífica expresion de la virtud, ojos en que se transparente la luz risueña de un corazon alegre i de un carácter caprichoso, festivo, agraciado; ojos en que titile solo el rayo pálido de la melancolía o que se vean velados por el crespon de la tristeza; ojos en fin que reflejen bellamente todos los estados del alma, todas las peculiaridades del carácter i aun las notas especiales de la intelijencia, de esos ojos se han pintado ya y ninguna de sus expresiones seria nueva en el arte: hai *dolorosas* que han agotado la expresion triste, como hai vírjenes que han agotado la expresion castísima de la pureza, como hai Concepciones que han agotado la espresion del éxtasis sublime de la felicidad, como hai Fornarinas que han agotado en sus ojos todos los fuegos de la pasion humana; empero, toda esas expresiones han sido creadas i ejecutadas separadamente; en cada una de esas miradas no hai sino una sola idea, un solo sentimiento: en los ojos de la Mag-

dalena de Renni nada hai que recuerde los ojos de la Concepcion de Murillo.

Pues bien,—¡loco de mí—¡Yo quiero unos ojos en que todo se vea al mismo tiempo, unos ojos que confundan en el rayo de una sola mirada todos los sentimientos del alma humana, todas las notas del carácter femenino i en fin todas las bellezas que reflejarse pueden en el espejo divino de los ojos hermosos de una mujer. Unos ojos en que luzca el rayo ardiente de la pasion envuelto entre la gasa tímida de la virjinal inocencia, en que se vea la luz soñadora i pálida—como un rayo del crepúsculo, de la melancolía, destellando su manso fulgor en medio del cielo puro de la felicidad del alma, ojos en que se vean amor e indiferencia, fuego i hielo, dulzura i fuerza, suavidad i brío, pasion i sentimiento, dolor i alegría, lágrimas i sonrisas!...

V

Edgardo trabajó en su arte tan incansablemente, que pronto llegaron sus obras hasta ser de moda en la sociedad. No poca parte de tal éxito debiólo sin duda a la proteccion decidida que le prestara siempre el intelijente comprador de las dos cabezas de estudio. Con el dinero que sus cuadros le iban dando, adquirió pronto Edgardo mas de lo necesario para vivir modestamente i tener a su disposicion todos los elementos necesarios a un relativo complemento de su carrera artística. Por los periódicos que recibia, estaba al corriente del movimiento artístico de todo el mundo, i en su biblioteca de pintor, que poco a

poco encargara a Europa, se rejistraban las mejores obras producidas en la materia.

En suma, a los cinco años de su permanencia en Santiago, era nuestro jóven un pintor de reputacion, ilustrado en su arte, laborioso e infatigable en el trabajo, i hasta mui conocido, al ménos de nombre, en la sociedad. Su protector i amigo, el jóven millonario Víctor Llanos, no habia conseguido todavía vencer su timidez i su retraimiento para que en la sociedad le conocieran personalmente.

—Edgardo—le decia Víctor con frecuencia—vente conmigo, yo te llevaré a todas partes. Yo te presentaré en las mejores casas de Santiago... Nadie te mirará mal ni te señalará con el dedo... Tus maneras acusan a un digno hijo de tu malogrado padre que tan conocido i apreciado fué entre nosotros... Preciso es que conozcas mundo, que salgas a todas partes. Trabajas demasiado. Yo no sé francamente qué proyectos abrigas...

—No, mi buen amigo, dejemos eso para mas tarde. Me prevaldré de la buena amistad que me ofreces cuando vuelva de... aguarda... cuánto tiempo necesito... para llegar a donde debo... Necesito, sí, tres años... tres años largos todavía.

—¿Qué piensas hacer? ¿Qué proyectos son esos?

—No es mas que un solo proyecto: el único de toda mi vida... Proyecto que quién sabe si no es una locura, pero que yo necesito realizar, porque es hijo de una idea concebida por mi fantasía seis años há i con la cual me encuentro talmente encariñado, que a ella dedico todos mis pensamientos, que por ella me esmero tanto en poder algun dia pintar correcta e inspiradamente; idea que me ha costado muchos i mui incruentos sacrificios,

muchas abnegaciones, mucha constancia i hasta muchos dolores de cabeza!...

—Amignito! O yo no sé lo que me pasa o anda en ello una mujer. Tú estás enamorado!... Verdad?

—Sí Víctor, estoi loco, loco de amor!...

—¿I na la me habías dicho! Habrá platonismo... Estos artistas toman las cosas de un modo... Pues vamos allá, i desde cuándo comenzaste en esto?

—Desde seis años atras.

—¿La conozco yo a «ella?»

—¡Nó, Víctor!

—¿No es de aquí?

—Nó, Víctor.

—¿Es de allá de la Serena?

—Nó, Victor.

—Pues acaba, demonio, i dime de dónde es entónces.

—Del cielo!

—Déjate de bromas i larga la verdad sériamente ¿Cómo se llama?

—No lo sé todavia!

—Qué! ¿estás loco?

—Nó, pero estoi enamorado.

—Sí, que es la misma cosa que loco.

—Bien, entónces estaré loco.

—¡Enamorado desde seis años! i no sabes el nombre de tu amada! Cosa mas particular... Con que, no sabes...

—No lo sé...

—Hombre!...Ya esto pasa de..... Mira i ¿por qué no lo sabes?

—Porque no la conozco!

—¡Otra!... y ¿por qué no la conoces, grandísimo niño?

—Por una razon mui sencilla: porque no ha nacido todavia!

—Pues, chico, no te falta orijinalidad. Así la tengas en tus concepciones artísticas i te bendiga Dios como yo te bendigo, sin que nadie se ria de esos caprichos, i verás...

—Mira, es verdad que no ha nacido todavía; pero nacerá, yo te lo juro!

—¡Sopla!... Pues yo te juro que no entiendo ni jota...

—¡Está concebida ya!...

—Aaah!...

—I la daré yo a luz! ¿comprendes?

—Acabáramos!...

—I por ahora es solo un ideal concebido ¿estás?

—Pues claro, ya estoi i ya entiendo tu perseverancia i tu tenacidad. Te has enamorado de una idea artística i quieres estudiar hasta poderla realizar correctamente...

—Exacto.

—Como hacen los grandes escritores cuando conciben un carácter... estudian mucho, mucho: primero el idioma, luego el mundo, sus rarezas i sus leyes; en seguida el corazon humano, sus grandezas i sus miserias... I cuando han vivido i estudiado bastante, entónces, vamos escribiendo...

—Exacto, repito.

—Pues, dame un abrazo. Te felicito con toda el alma. Celebro que un muchacho de tus disposiciones no malogre como otros sus facultades en los ramos frívolos del arte, sino que, dejando a un lado las embriagueces de los primeros triunfos, trabaje con esfuerzo i constancia en un ideal serio, que le asegure verdadera i universal nombradía i que dé gloria a la patria... No te preguntaré qué ideal es ése, porque tengo la dicha de comprender a los artistas lo bastante para saber que

la mejor atmósfera en que un ideal se desenvuelve, es siempre el secreto mas absoluto... Conserva tu ideal en tí mismo... que espero me será dado contemplarlo realizado despues...

—Ojalá, Victor! Pero tengo mucho que estudiar... Aun no me creo capaz... La mia es empresa que pretende de orijinal i no conozco aun bastante la pintura para saber hasta qué punto podrá ser mi trabajo realmente orijinal... I tú sabes que aquí es difícil estudiar toda la pintura...

—A propósito, ya que me has dado una confianza, a mi vez me tomaré otra contigo... No se me escapa que, para que un artista de tu vocacion dé cuanto bueno puede alcanzar, es indispensable enviarle siquiera por un par de años, a las grandes escuelas europeas, a Paris i a Roma, a Florencia i a Madrid, para que—despues de estudiar allí ahincadamente—regrese a su patria con la soltura i seguridad que a todo pincel inspirado comunican el conocimiento i observacion de los grandes maestros antiguos i las lecciones de los grandes profesores modernos... Sabes que soi amigo personal del Ministro de Instruccion Pública i aunque siempre he huido de pedir algo a estos caballeros de arriba, como en el presente caso no se trata de un servicio para mí, sino de una concesion, justa i merecida que seria en último término un servicio prestado al arte nacional, eché escrúpulos aparte, i hablé de tí con el referido Ministro. Díjome que a fines de este año vacaria casualmente uno de los pensionados establecidos por el Estado para enviar a Europa alumnos distinguidos de la Academia de Pintura i que si en realidad eras tú poseedor de las disposiciones i los antecedentes de que yo le hablé, no habria inconveniente para que el Gobierno te

enviara a Europa a estudiar a las grandes escuelas europeas por unos tres años...

—Víctor!...

—Calla, calla... De suerte que lo que ahora has menester no es sino sacarte este año—como en los anteriores—los premios de los concursos de la Academia de Pintura i cojer así la vacante; que lo que es voluntad para tu nombramiento, eso no faltará, yo te lo fio...

—¡Oh, Víctor, siempre serás tú el ánjel bueno de mi carrera. Merced a tu cariño voi a realizar el deseo mas ardiente que en la última época he abrigado. Porque sabrás que si he huido siempre hasta de la sociedad, me ha movido a ello el pensamiento de tener mas facilidad de abandonar esta tierra, llegado el remoto caso de lograr mi aspiracion de estudiar algun dia en Europa... Lo sola idea de que, conociendo mujeres aquí, podia, a lo ménos pensado, enamorarme de cualquiera de ellas, me hacia temblar, reflexionando que una vez enamorado, yo no sabria alejarme de aquí por nada, pues conozco bien que soi mui ardiente, mui apasionado... Juzga, Víctor, el gozo que ahora me das... Nunca podré agradecértelo bastante. En cambio mi buena madre te amará desde el cielo como si fueras tambien su hijo!.....

I a fines de ese año Edgardo partió hácia Europa, enviado por el Gobierno a concluir sus estudio de pintura.

VI

Tres años despues tornaba Edgardo a Santiago lleno de brillantes informes de los mejores maes-

tros europeos, con tres medallas del *Salon* de París i con un equipaje, de venticinco hermosos cuadros, frutos por sí solos, mas que bastantes de tres años de ímprobo trabajo hermanado con briosa e infatigable inspiracion. Traia entre ellos cuatro bien sentidos paisajes, un estudio escrupulosísimo de una naturaleza muerta, dos orijinales cuadros de jénero, un capricho, una marina, dos acuarelas i numeroso acopio de estudios del natural—que eran indisputablemente los mejores trabajos de la coleccion.

—I ¿cuál de estos es tu ideal, tu grande obra? preguntó Víctor asombrado en presencia de tan lujoso bagaje artístico.

—Todavía está aquí, dijo Edgardo sonriendo i señalando su ancha frente.

—¡Cómo! ¿No te contentas con este soberbio estudio para corona de tu gloria? Y Víctor señalaba una tela en que acariciaba una niña al primer hijo de su hermana, cuadro lleno de sentimiento, mui bien concluido i en el cual se veian al novio de la niña i a ésta que—a presencia del chico—cambian dos miradas de amor que van a besarse sobre los rubios cabellos del niño i que parecen significar inconscientemente:—«Oh, si éste fuera nuestro!...»

—Esto... esto me gusta,—explicó Edgardo,—pero aunque la idea del cuadro me pertenece exclusivamente i es nueva, estoi cierto de que las figuras, i singularmente la figura de la niña no es orijinal... Tiene algo del tipo comun de la belleza clásica... y mi ideal es completamente nuevo, es del todo orijinal...

—Pues entónces, no vendrás contento: si no has aprovechado tu tiempo en aquello...

—Abraza, abrázame no mas, mi buen amigo, que lo que es el tiempo, abrigo la dulce satisfaccion

de no haberle perdido ni un segundo. Cierto que no traigo pintada mi obra, pero en desquite, tráigola ya concluida aquí en la cabeza, cosa que me ha costado tales trabajos i estudios, preocupaciones i desvelos tales, que la tarea de ejecucion que ahora me queda, habré de hallarla lijera i levísima si con aquella otra la comparo... Hoi por hoi, todo se reduce a que descanse yo un par de meses, a fin de refrescarme la cabeza, de vigorizar mi cuerpo, distraerme un poco, solo un poco, i aguardar en seguida un buen momento de inspiracion que, en esas condiciones, no tardará en llegar... I el dia que empiece la ejecucion de mi grande obra, no me salgo de mi taller hasta que la ponga el toque postrero, aun cuando haya de morir ahogado o de hambre. Tampoco recibiré a nadie miéntras trabaje. Sabes que la mas leve interrupcion puede matar el calor del arte...

—De suerte que, dentro de poco tiempo, serás un grande hombre.

—O me habré vuelto loco. No cabe ya medio: o me salgo con la mia, segun vulgarmente se dice, o mi cerebro revienta i no sé... no sé...

—¡Magnífico! pues entónces ya te civilizarás un poco, i dado que deseas distraerte, no te caerá mal que te invite mañana a tomar té a casa de mi tia Rosa... Ella i su marido Juan Antonio, son la mejor jente de la tierra, reciben mui bien i tendrán verdadero gusto en conocerte, porque les he hablado tantas veces i en tales términos de tí, que... vamos! serias hasta impolítico si no me acompañaras a aquella casa una de estas noches... Demas que a esos salones concurren las muchachas mejores i mas bonitas de que Santiago se enorgullese... I ya te estaria bien conocer algo el sexo femenino porque tú has de casarte; no eres de la

perversa pasta mia... Te gusta el hogar, la tranquilidad... Pues, hijo, te aseguro que allí has de conocer niñas que si no te deschabetan, yo no te saludo ni me llamo Victor... Sobre todas, una: la Esperanza, la hija de Luis, es preciosa, intelijentísima, con los ojos mas lindos que en la vida he visto, i de un tipo de esos que enamoran a los artistas... I luego, tiene una suavidad de carácter i de modales... Créeme, que mas de una vez he pensado haría excelente pareja contigo... Los muchachos que la dedican versos la han llamado mil veces Dios, diosa, ánjel, ninfa, Vénus, hija de Fidias, obra de Murillo i qué se yo... Ello es que inspira a los artistas mui de veras... I no creas que es vanidosa... Han tenido sus padres tan buen tino para educarla, que ella realiza el portentoso milagro de que una chica buena, perfecta, sea modesta e injenua de carácter.....

—Pues, Victor, me guardaré mui bien de acercarme por allá...

—¿Por qué?

—Por lo mismo que me has dicho. porque yo me conozco i corro el peligro de enamorarme de ésta o de aquélla, de Esperanza... o de alguna otra... I yo, enamorado, cobraria miedo de mí propio... I sobre todo,—esto es lo mas importante, del caso—si me enamoro, ya veo que no habrá belleza en el mundo real ni en el mundo fantástico a la de «Ella» comparable... I será entónces Ella mi ideal, mi inspiracion, el sello de todas mis obras... I en una palabra, como artista no seré ya orijinal, sino copiador humilde de aquella extraordinaria hermosura. No, yo prefiero mantener intacto i puro mi ideal hasta que pueda realizarle acabadamente; que entónces i estampado ya para siempre en un lienzo el sello de una creacion exclusivamen-

te mia, no temeré enamorarme ni conocer nuevas bellezas, porque fueren estas las que fueren. no podrian ya modificar un punto mi grande ideal, realizado... Si me enamorara antes, Victor, todos mis sueños se derrumbarian, mi porvenir se entenebreceria, i yo no alcanzaria a llegar a donde quiero audazmente llegar: a la verdadera gloria!...

—He aqui cómo la mujer, que ayuda e inspira con su belleza, al vulgo de los artistas, perjudica i enfria a un amigo mio... Hombre, si no conociera ya la fuerza de tu talento, este solo hecho bastara a convencerme de que posees de verdad la fuerza suficiente para tocar en la verdadera orijinalidad.

—¿Te has convencido?...

—Sea como tu quieras... Te dejaré en libertad; pero solo a condicion de que trates de ejecutar pronto tu ideal... No se te escape el momento por falta de prisa... Mira que la grande inspiracion no viene mas de una vez...

—Pierde cuidado... O mucho me engaño, o siento aquí dentro que la llama acude ya...

VII

La sombra de la tarde invadia ya la estancia i Edgardo, sentado delante de su caballete, pintaba, pintaba con tal ardor i contraccion tal, que no habia reparado en que la luz huia rápidamente del aposento.

Aquel dia le pasó desde el alba en el trabajo i no habia interrumpido su tarea ni para almorzar ni comer. Lo sque, conprendiendo i amando el arte,

hayan alguna vez pintado bien o mal, pero con estusiasmo, un cuadro, no extrañarán el afan exajerado con que Rafael trabajaba, porque ellos saben que el pintor con el pincel en la mano, semejante al escritor con su pluma entre los dedos, pierde la nocion de tiempo i trabaja, como éste escribe, horas enteras sin sentir el rápido volar del tiempo, que no le anuncia su carrera ni con el cansancio material de las facultades: es uno de los mas inportante privilejio de la inspiracion: no cansar nunca al artista antes que la obra esté concluída. I no se comprenderia de otra suerte cómo artistas desidiosísimos, de natural perezoso, haragan e indolente, han ejecutado a veces obras acabadas que son verdaderos monumentos de labor. I es que la inspiracion les sostenia i sin darse ellos cuenta de nada, trabajaban hasta que sintiéndose cansados, miraban el reloj, i veian que el dia había concluído; i miraban a la obra, pero veian que tambien estaba concluida!

¡Prodijio sublime de la inspiracion artística!

Algo de esto acontecia a Edgardo. Cuando su taller quedó invadido totalmente por la oscuridad, llevóse de pronto la mano a los ojos.

Acababa de dar esa última pestañada que nos revela repentinamente el lento cambio de medio que sin cerrar los ojos fuera imposible notar. Aunque la sombra habria impedido a cualquiera que de lo exterior entrara, el divisar siquiera los objetos del taller, Edgardo que por la contraccion con que había trabajado, conservaba el cuadro grabado con fuerza en la retina, seguía viéndole i trabajando en él: Por eso, su sorpresa fué grande al notar subitáneamente que no veia nada

—¿Estará mi vista cansada? murmuró... Pero

no... si tampoco hai luz en la ventana... ¿A ver? Abramos...

Abrió la ventana i vió a lo léjos los faroles de las calles de Santiago que invisible mano iba encendiendo poco a poco... El rumor de la ciudad habia cesado... Aquel silencio, aquel resplandor confuso del último rayo crepuscular que al morir se confunde con el primer rayo de las luces artificiales de la noche, eran signos de que ese dia acababa de despedirse para siempre... Ya no volveria mas... I él, Edgardo, habria querido decirle algo, porque ese dia era grande para su alma, bien que, para sus sentidos, breve, casi instantáneo—como el momento en que se mira a la mujer amada, que aunque sea de una hora, de dos, o de tres, nunca pasa de un segundo para el célebre reloj del deseo humano...

Luego sintió frio Edgardo. Habia estado inmóvil en su asiento todo el dia, desde las 6½ A. M. I en seguida notó una extraña sensacion... una sensasion que jamas sintiera, i que los que por primera vez la padecen, no saben nunca de dónde viene ni qué significa, sobre todo, si éstos son artistas, si tienen alma soñadora —de esas que sueñan i desean ser indiferentes a las mordeduras de los deseos materiales.

Esa sensasion extraña que interrumpia en forma de cansancio i de jeneral malestar los encantadores ensueños que a la contemplacion de la tarde moribunda nacian en la mente de Edgardo, esa sensacion vaga que experimentaba por primera vez en su vida, era... «de hambre»!

Nunca la habia sentido todavia, apesar de que contaba ya 25 años... A cuántos les ha acontecido no sentir hambre sino en las horas de la tarde del dia de la vida!... Ciertamente que, si de niños todos los ricos hubieran sentido hambre, una vez,

una vez sola, ménos fueran los pobres padecedores de hambres i mas las manos practicadoras de la caridad! (Esta sermonária reflexion no viene a cuento: lo sé mui bien; pero ello no quita un ápice de su verdad).

Edgardo tomó su sombrero i salió, casi diríamos avergonzado de sí propio, al tener que pensar en comer cuando le absorbia tan tenazmente la realizacion de un grande ideal.

Enderezó sus pasos a una hostería. Comió solo, apresurado i no quiso ver ni hablar a nadie. Temia que cualquiera otra persona le sujiriera alguna nueva idea para su creacion artística i desvirtuara así la pasmosa orijinalidad con que iba pronto a asombrar al mundo...

En seguida regresó apuradamente a su casa.

Llegado al frente de ella, miróla un rato i pensó:—Nada ha pasado aquí... Subió a su cuarto. Vió su cuadro, i dijo entónces:

—Será ridícula exajeracion; pero tengo miedo de que me roben este lienzo querido, de que peguen fuego a esta casa i de que perezca esta obra—que seguramente no seria capaz de volver a empezar.

Edgardo era como todos los grandes artistas. Temia perder su no concluida obra, porque no ignoraba que, perdiéndola, no habria tenido fuerzas para principiarla dos veces.

Si cuando en las costas africanas naufragó Camoens, le hubieran arrebatado las olas el manuscrito de su gran poema que a nado salvó, quizá la literatura universal no se honraria hoi con los Lusiadas, como no se enorgulleceria talvez del Quijote, si el manuscrito de Cervantes se hubiera perdido malhadada y casualmente en las cárceles de Argamasilla: que ni Cervantes ni Camoens habrian po-

dido escribir dos veces las Lusiadas ni el Quijote, pues Dios no concede al hombre de jénio rayos verdaderamente divinos de inspiracion, sino una vez en la vida,—cuando les concede!

Por eso, el artista estima como robo al arte cualquier descuido que, llegado aquel momento supremo pueda perder o retardar siquiera la obra divina i por eso tambien, Edgardo se estuvo paseando mas de una hora sin perder de vista un segundo a su empezada obra.

Parecia el enamorado galan de la romántica leyenda, que ronda la casa de su amada las horas enteras de la noche.

I a fé que Rafael estaba enamorado, porque amaba su obra i la vijilaba con grande afan, celoso de que el menor accidente pudiera arrebatársela para siempre sin que él lo supiera. Al cabo de largo rato i cansado ya de andar, encendió luz, acercó su caballete al velador de noche, en donde estaba la lámpara, metióse rápidamente en la cama i, ántes de dormirse, quedóse contemplando su obra del dia... Acariciábala dulcemente con los ojos, i murmuraba:—Saldrá, sí, sí, saldrá!... Yo sé como debo de pintar esos ojos. Respecto de su expresion, todo se reduce a acertar inspirada i exactamente con el punto de las pupilas en que debo colocar la chispa de la luz vital de la mirada... I en cuanto a la sonrisa, he estudiado ya matemáticamente el rinconcillo de los labios en que he de colocar la agraciada contraccion de que partirá toda la belleza expresiva del rostro de mi *Gloria*.....

I en verdad que a Edgardo le sobraba razon para estar contento de su obra. Representaba ésta una concepcion de la Gloria Artística, en cuyos ojos quería poner Edgardo toda la sublime e irresistible fascinacion que arrastra al trabajo a los

grandes talentos, impulsándoles con el deseo ardiente de recibir una caricia siquiera de aquella hermosa e idealísima virjen. Era la concepcion sin duda mui atrevida i el tema no poco orijinal. Pintar con éxito aquella idea, que todos los artistas comprederian mui bien, por cuanto reflejaba exactamente lo que todos soñaban, era empresa árdua. Empero, Edgardo había trabajado tanto en su ideal antes de comenzarle a realizar, que todos los detalles tenfales ya concebidos, por manera que la ejecucion seria forzosamente poco difícil a pincel que—como el suyo—habia adquirido ya con los estudios, toda la soltura, destreza i seguridad de un verdadero maestro.

Aquel dia trazó Edgardo con maravillosa rapidez, todo el dibujo de su obra. Veíase ya con claridad y desde las primeras líneas, la independencia audaz del talento de Edgardo. En ese gran cuadro se adivinaba desde luego verdadero lujo de orijinalidad.

El rostro de la mujer que representaba a la Gloria no se veia todavia, pero sus divinas i hechiceras facciones estaban ya lijeramente esbozadas.

Cuanto al tema del cuadro, con harta claridad se adivinaria una vez concluido.

Una mujer sobrehumanamente hermosa, que concentra en sus ojos la belleza de todas las expresiones, la fascinacion de todos los sentimientos i que se cierne solitaria i radiosa sobre un océano de purísima luz i de vaporosas nubes que la hacen inaccequible al hombre, ¿quién puede ser, sino la imájen de la Gloria, hermosa i fascinadora para todos los artistas, inalcanzable, vaporosa para el hombre que la persigue i—como mujer que es i caprichosa—cariñosa a veces con quien ni siquiera la busca?

VIII

Con el propio tezon i ardor incansables del primer dia, trabajó Edgardo semanas enteras, durante las cuales ni vió a nadie, ni salió a parte alguna, i ni habló siquiera con Víctor. Extrañábase, sin embargo, de que en tantos dias no le hubiera ocurrido a su amigo la importuna idea de venir a verle a objeto de inquirir la causa de tan absoluto eclipse personal del artista. Con todo, alegrábase Edgardo de que su buen amigo no viniese al taller, puesto que a sus solas él trabajaba indeciblemente mejor.

Llegó así el dia trijésimo de trabajo. Edgardo estaba loco de contento i—¿por qué no decirlo?—orgulloso, lejítimamente orgulloso de satisfaccion... Aquel dia iba a concluir su grande obra, iba a ver realizado su ideal... Lo que juzgara el mundo de su creacion, no le importaba ya mucho. Tenia conciencia de que su obra era orijinal i de que, por tanto, viéndosela bien ejecutada, seria innegable i patente el mérito de su autor.

Se habia levantado ántes que albeara el dia. Encendió luz i se puso a contemplar su cuadro con el entusiasmo del enamorado que se absorbe entero en los ojos para él siempre hermosos de su amada. I en verdad que Edgardo se salia con su capricho, realizado su grande ideal, porque en esa pintura resplandecian sin duda, fuerza, vigor, inspiracion inmensa, estudio atentísimo, profundo, i sobre todo, orijinalidad i atrevimiento! ¡Qué rostro aquel tan peculiarmente bello! De tipo idealísimo a par que verdadero, nada—fuera de la belleza intrínseca, absoluta—podia recordar en él ni al tipo clásico del

ideal griego, ni al ideal ménos severo del renacimiento, ni tampoco al ideal ténue, pálido, perfilado i romántico, hijo lejítimo de la raza latina, i de nuestro siglo e inspiracion de tantos artistas modernos.

Por lo mismo era aquel rostro indescriptible. I se comprenderá con esto que, si apénas un gran talento podia pintarle, el probar a describirle con la pluma fuera pretension vana e imposible.

Aquel dia pintó Edgardo con entusiasmo extremado.

Sin embargo, de primera vista, el cuadro estaba perfectamente concluido. Veíase en toda su firmeza i en toda su prolijidad, la extremada finura del dibujo, en todo su atrevimiento i valentia la fuerza del colorido; en toda su amplitud i soltura los contornos, en todo su movimiento i gracia los rasgos humanos i en toda su diafanidad i transparencia la limpieza jeneral de la ejecucion. No se notaba pincelada perdida ni parecia hacer falta ninguna. No obstante, en todo aquel dia, Edgardo trabajó con mas tenacidad que nunca. No parecia sino que comenzaba la obra i que aun le quedaban por pintar lo mas i lo mejor de ella. I tal creia él mismo, puesto que estaban solo en su pincel todavía esospequeños e ínfimos toques que, como pintura son apénas un punto, una naderia; pero que, como estudio i como efecto, constituyen siempre lo esencial de las obras maestras: faltábale principalmente el toque de jenio, que era para él, la chispa de luz de los ojos... Bien sabia en donde iba a ponerla, mas o ménos; pero el punto preciso, exacto, matemático, no le habia atinado aun i, en vano miraba i remiraba su cuadro acercándose i alejándose alternativamente para calcular el efecto.....

Edgardo estabá ya afiebrado. En sus ojos hun-

didos, en la palidez de su rostro que no traicionaba la presencia de una sola gota de sangre en las venas i en su cuerpo naturalmente encorvado por efecto de la continuidad abrumadora de pintar, veíase que la fuerza corporal se habia agotado ya i que no le sostenia sino el vigor artificial i arruinador de una voraz inspiracion.....

De pronto en sus ojos brilla un relámpago de alegria a tiempo que de sus labios se escapa esta frase llena de contento:

—¡Encontré el toque! Viva mi ideal!

I corrió hácia el enorme lienzo, acercóle mas a la ventana, i untando levísimamente el mas fino de los pinceles en una combinacion de colores blancos, tocó con la extremidad de él las pupilas oscurísimas del rostro de la Gloria...

I en aquel rostro brilló al punto la luz i en aquellos ojos ántes oscuros e inexpresivos, fulguró una expresion bellísima i llena de vida, de calor, de luz, de... de todo, en fin.

La obra de Edgardo hablaba, llamaba, besaba con los ojos. Eran unos ojos extraordinarios, una concepcion de verdadero jenio... I su autor se sentia al contemplarla acariciado dulcemente por su querida hija predilecta.

Mirábala con infinita complacencia murmurando desfallecidamente:

—¡Ahora, ya puedo morir!... Ya puedo descansar!...

I se arrojó sobre el sofá, que frente a su caballete estaba...

El pincel con que habia ejecutado el toque postrero i majistral que infundiera vida a su bella creacion, jugueteaba entre sus dedos.

Sus ojos acariciaban con amor los ojos de la gloria.

Era el idilio sublime de un padre con una hija...

Edgardo se hubiera levantado, hubiera abrazado, hubiera besado mil veces el rostro hermosísimo a que acababa de dar vida. Empero, sabia que el mas leve roce con ese lienzo bastaria para desvanecer la obra de tan crudo afán.

Por eso la contemplaba con relijioso entusiasmo sin osar aproximarse a ella...—Edgardo, Edgardo!

—¿Quién, quién?...

—¡Abre, abre!

—Aguarda!... Ola, Víctor tú por aquí!... Voi, voi, ya puedo ver jente...

Abrióse la puerta del taller, los dos amigos se abrazaron efusivamente i antes que dijera Víctor palabra alguna, Edgardo le gritó al oido:

—Soi feliz, chico, soi feliz... Dispensa, no mas de que en tanto tiempo no te haya ido a ver; pero si supiéras...

—Nada hombre! Si acabo de llegar! Si hace mas de un mes partí al campo con la familia de Esperanza por cuatro o cinco dias, sin avisar a nadie... I hombre, es jente aquella tan insinuante i Esperanza es tan hermosa, que dia a dia iba—sin quererlo—retardando mi vuelta para el siguiente... Así se me ha deslizado todo el mes i solo esta mañana llegué porque... al fin i al cabo,... ellas tambien regresaban hoi..... Pero... hombre... ¿A ver?... Déjame acercarme!... No habia mirado todavia el caballete... Un solo cuadro en el taller... ¡Oh! Eso prueba una contraccion extraordinaria. ¿Has trabajado en eso solamente?... Hombre, hombre!.....

I Víctor enmudeció al contemplar detenidamente la obra de su amigo...

Leíase en sus ojos que la admiracion mas espontánea le sobrecojia el ánimo i le impedia hablar...

Edgardo miraba el rostro de su amigo con curiosidad mezclada de satisfaccion...

¿Cuánto tiempo discurrió de esta suerte? Pudo ser un minuto como pudo ser una hora. Ambos amaban i comprendian el arte i cuantos son artistas saben que los éxtasis producidos en el alma por la contemplacion de lo bello, están fuera del reloj del tiempo i no se miden por su duracion ,que no la tienen sino por su intensidad, que es lo único que hiere el entendimiento en las impresiones del alma... Por fin tendió Victor los brazos a Edgardo i le estrechó en ellos felicitándole de todo corazon i diciéndole mui jovial i naturalmente:

—¡Qué memorion el tuyo. I qué reserva! Pues yo ignoraba que conocieras tan bien a Esperanza...

—¡Cómo!... Cómo?... tartamudeó Edgardo, poniéndose lívido... ¿Qué quieres decir?...

—Quiero decir... que has ejecutado una grande obra; porque has hecho de memoria un retrato majistral de Esperanzita... I que me admira tu memoria, la fuerza jenial de tu retentiva... créeme, esos ojos están exactos a los de ella... Esa mirada especialísima no pertenece sino a Esperanza... La sonrisa solo en ella la he visto i hasta la perfeccion hechicera de ese cuerpo... Chico, si está hablando! I no me habias dicho que la conocias!

Edgardo no oia ya una palabra... Parecia atontado por una impresion horrible, repentina i mortal. Pero mucho rato despues que Víctor enmudeciera, arrojó de súbito su pincel i gritó ahogadamente:

—La Esperanza i la Gloria... Siempre enemigas!... Ah!...

Despues cayó desvanecido en el sofá.

Entretanto el pincel que arrojara Edgardo habia herido con fuerza a la paleta mas cercana del

cuadro i manchas de pintura fresca i oscura salpicaron con el violento choque cuanto se encontraba allí hasta en dos metros a la redonda.....

I una de esas manchas encontró en su camino el rostro de «La Gloria» i le tocó débil i delicadamente en la mejilla derecha junto al labio superior.

—Es extraño—murmuró Víctor, aproximándose al cuadro i mirando atentamente la reciente mancha:—Es estraño! No ha olvidado Edgardo ni ese precioso lunarcillo que tanto le hemes celebrado siempre a Esperanza!...

IX

Edgardo no volvió a cojer jamas los pinceles i cubrió su cuadro desde entónces i para siempre con un lienzo oscuro... Invencible tristeza le agobiaba en todas ocasiones e inútilmente Víctor le decia mucho tiempo despues:

—¿Por qué no exhibes tu cuadro? Créeme que es soberbio...

—Sé que no es malo, pero dirian que he copiado un rostro humano, que he plajiado una creacion de Dios... Aunque mas creo que Dios me ha plajiado una a mí, porque en fin, y que El perdone mi blasfemia, yo sé que no he copiado rostro alguno de mujer ni mucho ménos ése que tú dices... Mira, puedo jurarte por la memoria de mi madre, que no he visto en mi vida a esa niña, ni quiero verla, ni la veré, porque si la conociera la aborreceria, la maldeciria, i no quiero aborrecer ni maldecir nunca a una mujer! I, luego, ¿con qué derecho exhibiria yo el rostro de esa niña sin su permiso?...—No, allí

dormirá mi desdichada Gloria, sin que nunca la profanen ni los rayos de la luz...

—¿I qué piensas hacer?

—No pintar mas... I cualquier dia de estos, morirme de hambre... o volverme loco, porque esa coincidencia terrible me desespera mas miéntras mas la considero, i acabará por reventarme el cráneo, o por trastornarme para siempre los sentidos...

I los sentidos se le iban trastornando de verdad, como lo comprenderá el lector al saber que el extravagante personaje que le he presentado en los comienzos de esta historia, era el mismísimo desdichado Edgardo en persona. Gran talento perdido, jenio malogrado, hombre de enérjica voluntad, una mujer que ni siquiera conocia, se interpuso inocentemente en su camino, i ahogó el ideal de su vida, mató sus esperanzas todas—apesar de tener ella el hermoso nombre de la segunda virtud teologal—i robó por fin una Gloria al arte i un miembro a la sociedad.

—¡Una mujer!... Es la eterna historia—solia pensar Víctor, cuando contemplaba cómo se iba apagando tristemente la lámpara de la vida de su pobre amigo.—Una mujer!... ¡Todo se ha perdido por ella..., desde Adan que perdió a la humanidad entera por Eva—una mujer, hasta Napoleon que perdió su patria por la ambicion de Gloria—que es tambien una mujer!...

POST-FACIO

(QUE SE DEBE DE LEER MUCHO RATO DESPUES DE TERMINADO EL ÚLTIMO CAPÍTULO)

Mui bien podria escribirse una segunda parte de

esta historia, en la cual se narrarán ciertos amores que debian de tener Edgardo i Esperanza.—Desde luego, a los lectores que no les haya cansado mi cuento, les prometo escribirlaen cuanto esté ménos atareado i a los que les haya fastidiado la historia, les amenazo con dispararles ántes de mucho la referida segunda parte, para que no se figuren que se me escapa que en esta novelilla falta el amor humano a las criaturas humanas, cosa inverosímil en la verdadera novela i desmayadora casi siempre del interés artístico en las obras de amena literatura.

FIN

... ENAMORADOS!

I

Jerman es casado i apesar de esto... ama a su mujer! I para colmo de rarezas, su mujer ama tambien a su marido!

—¡Cómo!—dirán Uds.—Eso es imposible, eso es mentira!

Confieso que es difícil, pero no tanto como jeneralmente lo imajinan todos. Si lo singular del caso les excita la atencion i desean Uds. conocer el oríjen de tan estupendo fenómeno, tengan la amabilidad de imponerse de la historieta que paso a referir i se convencerán conmigo de que Jerman i su mujer, se quieren todavía con verdadera ternura, a causa talvez de la singular historia de sus amores pre-matrimoniales. Forman éstos una verdadera novelita que podrán tachar Uds. de inverosímil, pero que nadie se atreverá a til-

dar de imposible, pues al primero que tal hiciera, me encargaria yo de desmentirle solemnemente, demostrándole con pruebas documentadas i palmarias la verdad escrupulosísima de los siguientes hechos:

II

El diálogo tiene lugar en un palco del Teatro Municipal de Santiago, en noche de teatro lleno i durante un entreacto.

—Anita—decia detras de su abanico una niña a su vecina,—Anita, te están mirando; no seas distraida, observa a Jerman. I, ¡qué atrevido es! si parece fuera colejial todavía! i aun no te despinta los jemelos... Ah! ya le habias visto!

—Pues, mírale tú si quieres.

—¿Yo?... Si nada tengo con él!

—Pues, yo ménos.

—¡Que siempre hayas de ser la misma, Anita!

—¿I qué mal hai en ello?

—Sí, le hai, porque cuando un error se padece, que mas cuenta trae enmendar, bueno es hacer lo posible por correjirse de él.

—Pero, prima mia, si aquí no hai yerro ni cosa que lo valga. Si no hai mas que a mí no me gusta eso que llaman coquetear i a tí te gusta; que yo no me divierto una pizca con semejante cosa i que, en desquite, tú gozas con ella infinitamente.

—Es que nunca has probado a ser un poquito coquetona i no sabes lo que es tener con el alma siempre pendiente de nuestras sonrisas i de nuestras miradas, a tres o cuatro amartelados i simpáticos adoradores.

—Verdad es que no he probado tales goces, pero te advierto que tampoco pienso probarles jamás.

—¿Sabes que te encuentro mui terca, prima?

—No sé por qué lo digas, hijita.

—¿Por qué? Porque eres mui sin caridad, mui dura. Ver a ese pobre Jerman, que tan bueno es i que desde tanto tiempo te ama con locura; verle siempre tan rendido, tan constante, i no mirarle una vez, siquiera una vez sola!...

—Prefiero mirar a *La Aurora* del telon o las luces del gas.

—¡Qué poco favor haces a mi amigo!

—Si no lo digo por desfavorecerle, sino porque las figuras del telon i las luces del gas no contarán a nadie que las he mirado; al paso que si miro a un jóven, aunque lo haga solo por emplear en algo mis ojos, que al fin i al cabo, son para mirar i ver ántes que para hablar ni coquetear, me expongo a que el jóven publique el hecho en los diarios del siguiente dia, i no tal como fué, sino con aumentos i exajeraciones que son bien poco de mi agrado. I esto, primita querida, me disgusta mucho, aunque no me halles razon.

—Exajeras, Anita, i hablas sin conocer a Jerman. Imajinas que todos los hombres son como aquel desgarbado pisaverde que era tu sombra i tu martirio cuando íbamos juntas al colejio: i estás equivocada, porque te aseguro que Jerman no es como aquél...

—En fin, hijita, en este punto cada cual con sus ideas. Tú tienes unas; quédate con ellas i que gran provecho te den. Yo tambien tengo las mias i me las guardo.

—A ver, Anita, cuéntame de tus ideas. Puede

que me conviertas a ellas. Sabes que no soi mui porfiada...

—Pues aunque me lo pidas de burlas, te complaceré, en dos palabras. Creo que Dios nos ha dado el corazon para amar i sentir de veras, no para juzgar a los amores i a los sentimientos. Porque el amor es fuego, i jugar con fuego... no es conveniente, por mucho que sostengas lo contrario. Pienso que el corazon debe de permanecer quietamente adormecido hasta que el amor no le despierte golpeando a las puertas del alma. Lo que se cree sentir ántes de ese despertar, son rumores sin armonías, notas inmelódicas que no llegan nunca hasta el corazon. Ahora bien, yo no he sentido todavía la chispa divina del sentimiento verdadero i te aseguro que no será tu amigo Jerman quien haya de encendérmela.

—¡Cuidado, Anita! No castigue Dios tu osadía profética. Mira que Jerman es hombre constante en sus sentimientos i firme en sus empresas. Recuerda que la constancia, segun tú misma has dicho varias veces, es el arma mas poderosa con que el hombre puede triunfar de la mujer.

—Pero, niña, si la constancia de tu amigo no me intimida!

—¡Vaya! Pues ahora mas que nunca creo que algun dia vencerá Jerman tu inmotivado desvío.

—¿Sí? Pues te prometo que no lo vencerá jamás.

—¡Quién sabe, prima, quién sabe! Acuérdate que nunca se puede decir: «de esta agua no beberé!»

—Allá veremos

—Allá veremos.

En esto se alzó el telon i Anita suspendió el

diálogo para atender a la pieza que se representaba

III.

Clara era una niña como hai muchas. Simpática i buena, viváz i pizpereta, se conquistaba pronto los afectos de cuantos la conocian. Mas, como siempre era jovial i lijera, los sentimientos que inspiraba, i tambien sus propios sentimientos, no tenian arraigo ni firmeza i se apagaban con la propia facilidad con que fueran encendidos. Considerábanle en los mas aristocráticos círculos sociales como una de esas niñas de reputacion que nunca deben de faltar en los bailes, toda vez que arrastran consigo numeroso grupo de cortejantes decididos; pero provenia su fama mas de la rápida vivacidad de sus claros ojos i de sus manerás, que no de su mucha hermosura o discrecion. Faltábala talento para ser realmente discreta i la faltaba verdadera sensibilidad para tener un alma que de los comunes términos saliera. Semejaba poseer alma privilejiada con excepcionales dotes de sensibilidad, i lo que en verdad tenia, era alma jóven i vivaz, eso sí, pero algo frívola e insustancial para pensar i aun para sentir. Era, por lo demas, suave de carácter i blanda de corazon. Cuanto a conocimientos i a ilustracion, no poseía mas, ni mas ambicionaba, que los indispensables que en sociedad se requieren; esto es, no tenia ningunos, como no fueran los que se han menester para hablar de los trapos i de las modas, del tenor o de la diva, del tiempo i del paseo o baile último, i cuando mas, de la aficion a la buena

lectura i a la música clásica (entendiéndose por aquélla, el amor a las novelitas francesas, i por ésta, el gusto por toda la música que es rara i nueva, aunque no sea clásica ni intelijible.)

Clara era prima hermana de Anita, i a mas de esto, vecina suya; por manera que las dos salian siempre juntas, se veian mui a menudo, i se llevaban con amigable cariño, por mas que entre el valer de entrambas mediasen nada cortas distancias bajo cualquiera faz que se les considerase.

Era Anita de opuesto tipo al de su prima. Sus ojos bellos i de un color verde sombrío, aunque no mui grandes, solian destellar hermosos fulgores a cuyo trasluz se divisaba un alma nada comun. Tenian todas sus facciones suma gracia antes que acabada correccion, i nada era comparable a la simpatía de su sonreir ni a la belleza de sus dientes. Por eso, i por lo facil que es imajinarse el tipo de una mujer llena de soñados atractivos, omitiré la descripcion de su físico.

Era ademas, de cierto talento en el trato, hablaba divinamente, i en todas sus ideas como en todas sus acciones, revelaba su alma ser soñadora como las almas de los poetas. I en efecto, Anita era soñadora; porque allá en los adentros de su corazon guardaba un altar de donde, envuelta en los blancos cendales de la inocencia, destacábase una imájen que apenas si ella se atrevia a llamar de hombre i que era el encanto perenne de sus castos sueños i el objetivo purísimo de sus vagas ilusiones.

Cuando la hemos conocido frisaría su edad con los 21 años, i sin embargo, aun no habia amado a ningun hombre, bien que mas de tres i de cuatro habian ya enloquecido de amor por ella. Esto, que muchos pudieran tomar por falta

de alma, no era sino sobra de ella; porque si Anita, no habia amado nunca a un hombre que no fuera su padre, en cambio, desde que supo que el destino de la mujer en el mundo es amar mucho i amar siempre, adoró en místico i silencioso culto a esa imájen soñada que no encontraba todavia en el camino de su vida.

IV.

Las once de la noche serian cuando Anita, trabada del brazo con su prima, i acompañada por su padre, salió del teatro en direccion a su casa.

La noche era hermosísima, como que presidía la numerosa cohorte de estrellas, la pálida reina de los astros. El silencio,—voz elocuente del misterio—reinaba absolutamente en la calle, i una de las veredas de ésta, recibia toda la luz de la luna mientras la acera de enfrente quedaba sumerjida en las profundidades de la sombra.

A poco se abrió un balcon del piso alto en casa de Anita i los rayos de la luz artificial de una lámpara que en el interior de la estancia alumbraba, salieron al espacio a besarse i confundirse con los rayos apacibles de los astros. Seguidamente se pareció en el balcon una figura humana que se apoyó un instante en el barandal i que despues alzó al cielo la cabeza cual si quisiera contar las estrellas del firmamento i cual si intentara hallar entre sus luces un algo perdido, o—como hubiera dicho Camprodon,—un algo aun no hallado. Era Anita.

Pasado algun rato, exhaló un suspiro que fué

a confundirse con las auras nocturnas, suspiros de la naturaleza. Era aquel suspiro, casto envio de amor que Anita mandaba a ese desconocido objeto de sus ilusiones que no vivia entónces sino en su mente pura. Cerróse mas tarde el balcon a tiempo que por la esquina de la calle asomaba la embozada figura de un hombre que se detuvo a contemplar los altos de aquella casa. Dijérase que su alma se le habia escapado del pecho i que la buscaba con ánsia tras de aquellos vidrios. Largo espacio quedóse mirando a la ventana hasta qne la luz de la alcoba se apagó.

Momentos mas tarde se acercaba al pié del balcon i despues de ver la hora en su reloj, tosió lijeramente, interrumpiendo en seguida el silencio de la tibia noche con un ardiente i misterioso «*te adoro!*,» dicho con tal vehemente expresion de sinceridad, que no obstante fué pronunciado en voz ténue i como de secreto, esparcióse su eco por grande espacio de la silenciosa calle hasta llegar a apagarse con la sonora vibracion del reloj que en la alcoba de Anita daba la una de la noche.

V.

Al siguiente dia Clara se pareció mui temprano por casa de Anita. Como ambas vivian vecinas, Clara entraba i salia a cada momento de las habitaciones de su prima.

Despues de los besos i abrazos de ordenanza, sentáronse las dos niñas:

—Te contaré, Anita.....

—Bien, ya te oigo, cuenta, cuenta.

—Pues, es el caso que anoche..... Pero no me vas a creer.....

—Te creeré: lo prometo formalmente.

—Pues bien, anoche; pero no rías, anoche, como a eso de la una, cuando acababa de acostarme i despues de haber arreglado mis vestidos, oi la voz de..... Aquí está lo grave del punto: habló de tal modo la voz, que aun no atino a saber de quién era.

—I bien, Clara, continúa.

—Era una voz de hombre.....

—Sí, de jóven—interrumpió Anita impremeditadamente.

—¡Ah! ¿tambien la oiste?

—Nó, niña!...

—Pero, ¿cómo sabes?.....

—Yo supongo..... me parece..... porque tuve un sueño..... en fin, habla tú no mas.

—Pero, a ver, ¿qué sueño es ese? No fuera sueño tambien lo que estaba yo diciéndote... Has de contarme primero el tuyo. De lo contrario, no te digo nada.

—Me obligas a que te confiese con franqueza que soñé cosas mui bellas. Soñé con los ánjeles del cielo i hasta soñé que uno de ellos habia bajado a la tierra para decirme: *te adoro!*...

—¡Anita! si eso no es sueño! Ya veo claro en todo esto. Ni tú has soñado ni yo soñé tampoco, sino que las dos oimos ese *ee adoro!* que debió de ser dicho a tu ventana para que aun en sueños hayas podido oirle.

—Entónces esa voz...

—Esa voz dijo verdaderamente: *Te adoro*

Quedóse Anita algo pensativa i despues agregó como hablando consigo misma:

—Es extraño!... Pues yo habria jurado que todo era un sueño!

VI

En la noche de ese mismo dia, cuando reposaba todo en el silencio, oyóse nuevamente debajo del balcon de Anita un *te adoro!* pronunciado còn idéntico sentido acento al de la noche anterior i que, lo mismo que él, apagó su último eco en la primera vibracion del reloj que daba la una de la madrugada.

Como el sueño de Anita era lijero—a la manera de las aves—despertóla al punto la voz que de la calle venia. Abrió con pavor sus verdes ojos i no viendo nada en la oscuridad de su alcoba, tornó a cerrarles, miéntras aquellas dos elocuentes sílabas *te adoro!* repercutian en sus oidos como repercuten los acordes del órgano en las majestuosas arcadas de untemplo.

Luego pensaba: Es verdad que he escuchado esa voz i es verdad que ha sonado grata i dulce a mis oidos; pero, ¿de quién será? Debe de ser, debe de ser, de... y pensaba en aquella dulce imájen que en su corazon dormia, en aquel hombre soñado, oculto hasta ahora a sus ojos i al cual ansiaba ya conocer.

—Esa es su voz, decíase Anita, así la he soñado muchas veces. Pero él,... él... ¡Dios mio! qué diera por verle!

Aquel *te adoro!* repetido dos noches consecutivas al pié de su balcon sin mas acompañamiento que el del profundo i alcargado silencio de las altas horas de la noche; aquel *te adoro!* que la

vez primera creyó hijo de un cálido ensueño de su mente i que la segunda vez la despertaba con sobresalto i sin embargo con gozo; aquel *¡te adoro!* pronunciado por un hombre en cuya existencia deseaba vivamente creer, se grabó en su corazon como se graban en nuestros oidos esas melodías ya presentidas, que responden a lo que, sin saber expresar, sentamos aun ántes de oirlas.

En una palabra, Anita comenzaba a prohijar en su ánimo la idea de que era amada tal i como ella soñaba i deseaba que la amaran.

Ni por un instante pensaba que aquel hombre pudiera ser distinto del que ella creia. De poco en poco, iba ya convenciéndose firmemente de que tal persona era sin duda el propio sér extraordinario que el cielo habia destinado ser árbitro i dios de su existencia, alma de su vida i vida de su alma.

En la siguiente noche, cuando entró a su pieza, así como por instinto i sin premeditacion alguna, se dirijió apresuradamente al balcon i abriendo entrambas hojas de la ventana, sacó afuera su preciosa cabeza inundada por su ya suelta cabellera i quedóse mirando largo espacio a la desierta calle. Quien la hubiera visto de tal suerte, pensara que aguardaba en amorosa cita la llegada del tardío amante. No habia transcurrido media hora, cuando en la esquina apareció la embozada figura de un hombre que dirijia sus lentos pasos hácia el pié del balcon. Verle Anita i cerrar aprisa la ventana como rehuyendo implícitamente una entrevista a solas con un hombre, cosa fué de un segundo. Preguntóse entónces por qué habia salido en tales horas al balcon i al confesarse ruborosa que era un hombre la causa de todo, pensó con fria tranquilidad:

—¿Qué tengo yo que ver con ese hombre? ¿Por qué le he buscado en la oscuridad de la noche?

—¡*Te adoro!*—dijo con entonacion baja i suave, una voz que desde afuera parecia responder a su pregunta.

I el son vibrador del reloj que daba la una de la mañana, apagó nuevamente el eco de aquella voz.

Anita tembló un instante e ignorando si provenia su turbacion de pavor o de alegría, dirijióse callada a la ventana reprimiendo hasta su blando i presuroso aliento.

Entreabrió temerosa un postigo i llena de ansiedad, recorrió toda la calle con una sola mirada.

La calle estaba completamente solitaria.

VII

Si a vuelta de tan pocas noches se habia intrigado tanto Anita, no se extrañará nadie de que a vueltas de un mes entero como discurrió, oyendo ella la consabida voz todas las noches, diera en el extremo de no pensar en otra cosa ni tener otro deseo que el de conocer el desenlace de tan reiterado misterio. Porque Anita estaba convencida de que la voz que la decia *te adoro!* no deseaba, de cierto, permanecer anónima para siempre.

Así su espíritu, llegó un dia en que se daba gran baile en casa de Clara. Celebrábanse los dias de ésta, que eran los mismos de su madre, i dábase con tal motivo, suntuosísimo sarao a

que Anita hubo naturalmente de concurrir, como amiga, parienta i vecina que era de las festejadas. Anita iba contenta a la fiesta, cosa nada comun en ella que, a fuer de niña séria i ya formada, no sentia ninguna aficion a los bailes, pues con lo poco que a sus años les habia frecuentado, sentíase ya hastiada de ellos.

Empero, aquella vez depuso todos sus gustos porque de antemano tenia la idea, o mejor diremos, para hablar como los novelistas, llevaba el presentimiento de que en la noche del baile habia de ocurrir algo de extraordinario en lo concerniente al singular misterio que tan preocupada la traía.

Fundábase, para esto, en que esa noche iba a ser la primera desde un mas atras, en que daria la una de la mañana sin que ella pudiera oir lo que ya por costumbre necesitaba escuchar.

—¿Qué sucederá esta noche?—se interrogaba Anita impaciente a un tiempo i preocupada con la idea de que a la una de la mañana ella iba a estar en el baile todavia. I la imajen fantástica de su adorador, acariciaba de nuevo su imajinacion.

VIII

Los salones de la casa de Clara lucen esplendentes i llenan su extencion, elegantes parejas que, a compás de valses incitadores, jiran acordadamente, envueltas en impalpable nube de esencias i de aromas. (Estilo de algunos cronistas de diario). Vénse allí mil hermosas mujeres i de ellas cual coquetea con mucha inocencia i vivacidad;

cual examina i estudia los trajes, tocados i movimientos, de las demás; esta conversa, ríe i, delante de todos, acaricia i aun besa a una amiga; aquella baila en lánguida apostura con los bellos ojos adormilados i los sonreidores labios entreabiertos; tal hai (la que axiste por vez primera a un baile) que cree estar en el cielo i que imajina verdades las mil flores i las dos mil mentiras con que sus adocenados galanes la regalan; otra, que embroma al compañero con la fulanita i a la fulanita con zutano o mengano i todas, en fin, aposesionadas cada cual de un jóven mas o menos intelijente, mas o menos tonto,—que todo ello es igual en un baile,—tratan de lucir i de amabilizar la reunion, de divertir i de divertirse, sin que falten entre ellas quienes aburran i se aburran, quienes sueñen o bostecen i quienes esten allí solo aguardando o la hora de la mesa o la hora de la retirada.

Hai tambien incontable número de conocidos jóvenes asistidores al baile. Uno de los mas buenos mozos, gran petimetre i meloso personaje, da el brazo a una preciosa morena diciéndola con mucho afán e interés, cómo ha sido de grande el calor sofocante que hizo en el dia i, cómo todo ello es presajio cierto de que el futuro invierno será mui espantoso de frio, i tal, que jamás ha habido en Chile alguno semejante. Ella le replica con notable efusion i con mucha sinceridad, que en efecto, ha sentido calor, a pesar de que por la mañana sopló fresco i de que nada la disgustan tanto como estas variabilidades del tiempo que desazonan i enferman siempre a su constipadiza mamá. El jóven tose lijeramente i dice a su compañera que la encuentra razon en todo, i mas en eso del tiempo, porque este señor es tan incon-

siderado, que resfría i enferma hasta a los hombres que, como él, son punto menos que invulnerables a todas las enfermedades. No le toma pués, de nuevo, aunque sí lo deplora, el que sufra con las impertinencias de la atmósfera tan distinguida señora como es la mamá de la señorita.

Esta última sonríe a tan graciosos razonamientos i la conversacion continúa rodando—animadísima i con lijeras variaciones, sobre los mismos importantes motivos.

Un feo, lampiño, pero adinerado mancebo, hijo de aristocrática familia i descendiente—segun él—de añejos abolengos, pregunta a otra niña: si en la noche última pasada estuvo o nó en el teatro; a lo que ella responde que sí estuvo, agregando que habia poca jente en platea, apesar de que no escaseaban niñas en palcos i apesar de que cantaban Hugonotes, que es partitura predilecta del público santiagueño. Replica el mancebo que él tambien se extraña de esta circunstancia. Por este estilo, procuran ambos dialogantes ponerse de acuerdo respecto de que en la citada noche no ocurrió mucha jente al teatro, cosa que, segun todos los indicios, fué debida a la intempestiva lluvia que comenzara a caer en aquella tarde.

Un gomoso pollo, empaquetado i relamido algo mas de lo que basta y que peinaba dos ensortijadas e iguales cortinas caídas sobre la frente—como para ocultar el talento... o la falta de él—decia a su compañera:

—No me lo niegue Ud., Mariquita. Lo sé de buena tinta... Me lo ha dicho él mismo...

—Pero, ¡si ni siquera le conozco!,—contesta sonriendo la niña!...

El pollo clava en los ojos de ésta una mirada

llena de penetracion i de malicia i responde con mucha donosura i picardía:

—Puede que no le conozca Ud.; pero sabe Ud. mui bien a quien me refiero. ¿No le gustan los de ojos negros, altos i delgados de cuerpo, de apostura arrogante i distinguida?

—¡Vaya que es Ud. bromista!—Concluye la señorita, abanicándose con mucho ahinco, aunque no tenia maldito el calor...

En medio de estas jentes, veíase tambien a Anita que, enamoradora de gracia i de sencilla elegancia, paseaba sus inquietos ojos verdes en todas direcciones revistando el salon con tan inusitado interés, que no parecia sino que buscaba con urjencia a alguna persona obstinada en no presentarse.

IX

De pronto pasó junto a ella Clara, cojida del brazo de un jóven, el cual era, al parecer, su amigo de confianza, pues la trataba de mui llana, aunque tambien mui afable manera. Era este elevado de estatura, delgado sin ser flaco, de porte airoso, con sumo desembarazo i mucha soltura en los mas mínimos movimientos, de facciones no tan correctas i regulares como varoniles i expresivas, con ojos oscuros de mirada limpia i penetrante, con boca ni pequeña ni grande i sí de buen sonreir, de nariz enérjicamente perfilada que prestaba a su fisonomía simpática expresion de altivez i nobleza; mui blanco de color, tenia negros los cabellos i negros tambien el bigote i la barba. Era, en fin, no un hombre hermoso i

perfecto, mas si un hombre interesante i distinguido. Agréguese a esto que al través de su seriedad se divisaban lijeras tintas de vaga i disimulada melancolía i que aun en medio de su desenvuelta arrogancia se rastreaba la presencia de cierta recóndita timidez que en él parecia confundirse con las delicadezas de la modestia, i se tendrá idea, si no exactas, al menos aproximada, de lo que era en verdad la persona que a Clara acompañaba:

Al pasar delante de Anita soltó Clara el brazo de su compañero, detuvo repentinamente el paso i dirijiéndose a su prima, la dijo con mucha resolucion:

—Anita, te voi a presentar al jóven que tiene tantos i tan antiguos deseos de conocerte.

I señalando al que la acompañaba:

—Anita—continuó—don Jerman Rivas...

I volviéndose a Jerman, díjole:

—Jerman, le presento a mi prima i amiga... Ud. sabe demasiado su nombre.

En seguida se alejó con rapidez, miéntras los presentados, estrechándose, casi sin tocarlas, sus manos, confundian recíprocamente las fórmulas del caso:

—Señorita, a los piés de Ud...

—Tanto gusto de conocerle...

El el momento que Clara se habia acercado a su prima, esta se hallaba como distraída i con los ojos i el pensamiento bien lejanos de lo que Clara decia; por manera que al escuchar con tanta intempestividad un nombre que no le era simpático, aunque sí le era conocido, no supo disimular un jesto casi imperceptible de impaciencia que expresaba la mal disfrazada contrariedad que al solo nombre de Jerman sentia.

Hubo de reparar en ello Jerman i apesar de lo apercibido que estaba para aquel esperado momento, desconcertóle no poco el recibimiento, que él pensó ser estudiado, de Anita. Quedóse mudo durante algunos instantes e involuntariamente se puso a mirarla de una manera que decia elocuentemente:

—¡Ojalá nunca te hubiera conocido!

Pero Jerman era hombre recio i firme de carácter i cuando se proponia llevar a término algo que juzgaba de necesidad propia o ajena, allanaba con la entereza de su voluntad, cuantos obstáculos se le oponian. De allí que, pasada la breve lucha interior que hubo de librar para sobreponer su habituada calma a la penosa i dominadora impresion del primer momento, Jerman se recobró algo de su turbacion i pensó al punto:

—No puedo volver atrás, ni volveré! Primero he de saber por sus propios labios si es verdad que me odia i me desprecia.

Habia ya corrido un momento largo de silencio i ambos estaban solos, con la soledad que proporciona siempre la presencia de una muchedumbre de jente en que cada cual se preocupa de sí mismo mas que de los otros; esto es, nadie podia oirles, si bien todos podian verles. La situacion era, pues, insostenible i embarazosa hasta no mas. Era indispensable que álguien rompiera aquel silencio. Anita miró entonces, casi diríamos por urbanidad, a los ojos de Jerman i creyendo entreveer por ellos, algo de lo que en el interior del jóven pasaba, sintió como un vuelco en el corazon i tornó a mirarle dulcificando rápidamente el aire todavia contrariado de su faz.

Arrepintióse de haber sido dura con Jerman, el cual le parecia ahora mas simpático i mucho

mas insinuante que ántes le imajinaba. I decimos imajinaba, porque Anita no se habia tomado nunca el trabajo de mirar con atencion a Jerman, de suerte que la especie de repulsa i antipatia que ántes le profesaba, era pura sinrazon basada solo en imajinativos fantaseos. Iba ella a romper ya el silencio con una frase cualquiera, a fin de conceptuarse de amable a los ojos de su compañero, cuando éste, esforzándose por semejar despreocupado e inimpresionable i ofreciéndola su brazo, la preguntó con acentos de fria e indiferente amabilidad:

—Señorita, ¿me haria Ud. el honor de permitirme siquiera un paseo con Ud?

—Con mucho gusto, replicó Anita algo turbada.

I pasado ya el temido puente de la primera frase, comenzaron los dos, trabados del brazo, a dar vueltas por el vasto salon, conversando de esta manera:

—¿Baila Ud. señorita?

—¿Yo? Si. El vals me encanta sobre manera. I a Ud. ¿le gusta el baile?

—El baile en jeneral, nó; pero el vals me gusta a veces muchísimo.

—¿A veces no más?

—A veces no mas, señorita.

—¿Quizás es Ud. desigual i variable en sus gustos?

—Todo lo contrario i aseguro a Ud., que solo por efecto de la constancia e invariabilidad de mis gustos, no me gusta a veces valsar.

—Pues no comprendo.....

I sin embargo, ello es mui claro, porque todo se reduce a que no me gusta valsar con personas por quienes no siento particular interés o simpa-

tías i, por el contrario, me enamora bailar con personas que me inspiran vivas simpatías. Ahora bien, como solo a veces, mui a veces, se me presenta esta última oportunidad, no es raro que, por la misma invariable fijeza de mis gustos, no desee siempre valsar.

—De modo que, para Ud., el todo es la compañera?

—Sí, señorita; i con una compañera de mi gusto valsaría hasta caer muerto a sus piés o al menos hasta desvanecerme, hasta perder el sentido, hasta salir de la realidad.

—Pero eso es imposible, ¿qué hombre se cae muerto mientras valsa, ni quién desea morir al compás de un baile? Perdóneme Ud. si no creo que existan jentes tan por extremo arrebatadas.

—¿Qué hombre dice Ud? Voi a contestarla: cualquiera de esos que tienen mucho corazon, que aman mucho i que manejan sus pensamientos algo lejos del mundo i algo cerca del cielo, exponiéndose a ser la risa de los demás... Cualquiera de esos hombres, si no puede morir en los jiros arrebatadores del valse, al menos, créalo Ud. deseará morir en ellos.

—Pues no parece sino que existieran tales jóvenes, segun es el calor con que Ud. les retrata.

—Ud. no cree que existan o que puedan existir sea solo por escepcion?...Triste idea tiene Ud. de los hombres; pero eso no obsta a que tal idea sea demasiadamente severa i mas estricta que ellos merecen. Con ejemplos prácticos i hasta con nombres propios, me atreveria a probar a Ud. cuán cierto es lo que digo, si el temor a la importunidad no me moviera a callar.

—Haria Ud. mal en callar i en no convencerme si se cree poseedor de la verdad. Ademas,

porque no tema Ud. ser importuno, le advierto que no solo no me enfadará el que cite Ud. cuantos ejemplos guste, sino que hasta me contentará con ellos muchísimo.

—Pues, en tal caso, señorita, aunque hable Ud. en son de broma, me aprovecharé de la amabilidad de sus palabras para señalarla hasta personas determinadas que hacen cosas, no digo como la desear morir entre los jiros del baile—esta es de muchos,—sino algo mas grandes.

—¿Sí?, como cuáles?

—¿Quiere Ud. oir un ejemplo de reciente ocurrencia?

—Con muchísimo gusto.

—Entónces escuche Ud. i créame. En este momente Jerman saca su reloj, vé la hora, i le guarda.

—Un amigo mio, —continúa - íntimo amigo mio...

—¿Le conozco yo?

—Sí, señorita.

—Hágame el favor de decir quién es, porque aunque no soi mui curiosa, si no me argumenta Ud. con nombres propios, me tomaré la libertad de no darme por vencida ante sus razones.

—Si antes no lo adivina, dentro de un instante diré a Ud. ese nombre.

—Bien. Me lo dirá Ud.?... prosiga entonces.

—Decia, que un íntimo amigo mio se enamoró (esto es lo mas natural) hace mucho tiempo, de una de las niñas de mas mérito i hermosura de Santiago.

Las mil cualidades i perfecciones asi morales como físicas e intelectuales, que adornaban a su adorada, aumentaron el cariño de mi amigo hasta tal punto que su noble sentimiento llegó a ser

en breve la única esencia de su alma, el solo móvil de su actos i el exclusivo encanto de su vida.

El alma de mi amigo era grande i el alma de su amada era del propio temple que la suya, de forma que pronto la razon arraigó para siempre aquel amor en el alma de mi pobre amigo.

—¿El conocia a su amada?

—No la conocia personalmente, pero sus bondades le constaban de un modo positivo. Por eso se enamoró de ella mucho antes de serle siquera presentado oficialmente.

—I esa niña...

—Era bellísima. soberanamente bella : de ojos verdes tan magníficos, como algnnos que alumbran ahora este salon, de nombre, como ella hermoso, de aire mas que agraciado i distinguido, de.....

La voz de Jerman se animaba con tal exaltacion que, Anita, algo atemorizada i como por instinto, se decidió a suspender aquella apolojía que no queria oir, apesar de que su alma no sufría jamas con los elojios tributados a otras personas.

—¿La conozco yo?—interrumpió entónces vivazmente.

—Sí, señorita, repuso Jerman tornando de súbito a su amable frialdad.

—I ¿es amiga mia?

—Creo que mucho.

—¿Quién será?...Clara?...Nó. Ella me lo hubiera dicho... I ademas, tiene los ojos claros... ¿Quién será?...Por qué no me lo dice Ud?

En ese instante enfrentaba Anita con un espejo i al ver reflejados en él sus ojos tan verdes i magníficos, empalideció un momento, cerrándoles al punto con vivacidad, como impulsada por el deslumbre de una idea imprevista.

—Si no le adivina, tambien se lo diré a Ud. mui pronto.

—Entónces, continúe Ud.

—Continúo. La fria serenidad que mi amigo observaba en su amada para con él, no fué parte a disminuir su amor; antes al contrario, acrecentóse con esto, porque su amor era verdadero, profundo i eterno. Como temia, i talvez con mucha razon, el no ser correspondido, determinóse despues de pasado mucho tiempo, a romper su temido silencio para salir por fin de incertidumbres i ordenar su porvenir en orden al recibimiento que de ella mereciera. Así, pues, cuando se convenció de que su amor habia arraigado para siempre en su alma; cuando sintió que el oleaje de sus sentimientos necesitaba romper las playas de su silencio, no pudo refrenar por mas tiempo sus naturales ímpetus, i una noche, noche no lejana de ésta,—porque la historia es fresca todavia,—noche apacible i clara, como las mas bellas del estío; a *una* hora alta i avanzada en que ya era todo reposo i quietud en casa de su desdeñosa amada, apostóse solitario a los balcones de ella i rompiendo el silencio de la noche, sin ser quizas de nadie oído, dijo desde la calle, con los labios i con el alma, un sincero i misterioso: *Te adoro!*

Jerman hizo una pausa i miró al reloj, de bronce del salon, el cual daba precisamente en aquel instante la una de la noche. Miró en seguida a Anita con ojos serenos i penetrantes i una lijera sonrisa de triunfo se dibujó en sus severos labios. Anita temblaba materialmente i sus mejillas se enrojecian cual si la hubieran sorprendido en público sus secretos mas escondidos de mujer. Su turbacion llegó a tal punto cuando oyó en pleno

salon el eco del reloj que apagó el mismo *te adoro!* que estaba acostumbrada a oir a solas en su estancia, que sin poderlo remediar, hubo de apoyarse con fuerza en el brazo de Jerman, a fin de disimular su azoramiento.

Este, preparado sin duda para aquella escena, i dueño aun de sí propio, consiguió hasta disfrazar con leve sonrisa la emocion intensa i profunda que en un solo instante le resarcia de todas sus penas e incertidumbres pasadas. Su aparentada tranquilidad alcanzó a tal extremo, que mui pronto siguió hablando de esta manera:

—Quizá parezca estraño, demasiado orijinal o algo inverosímil ,lo de decir *te adoro!* durante el silencio de la noche i mientras la persona a quien iba dirijido dormia inocente i talvez sin escuchar mas ruido que el del aleteo misterioso del ánjel de sus ensueños. Empero, mi amigo era de carácter algo extraño i de sentimientos que son inverosímiles para muchos incapaces de comprenderles, de manera que cuando se proponia llevar a término un proyecto que consonaba con sus sentimientos i con su carácter, su ejecucion era de todo punto irremediable. Pensó decir *te adoro*! aun cuando las primerasv eces no le escucharan que las brisas de la mas noche; i para que al fin le oyera su amada...

—¿Qué hizo?—interrumpió Anita como a intento de aparentar una serenidad de ánimo que distaba mucho de tener.

—¿Qué hizo? Desde esa noche para en adelante, i siempre a la misma hora, iba todos los dias a decir *te adoro!* a los piés de la ventana de su amada, pensando que al fin i al fin, le habian de oir alguna vez.

—Entre tanto, Anita miraba a Jerman con tan

indisimulable interés, que éste, distraido por un momento de su narracion, quedóse contemplando con inconsciente afan los hermosísimos ojos verdes de su amada.

—Prosiga, Jermán, dijo entónces ésta con una dulzura de entonacion que no alcanzaba a ocultar del todo el candoroso pero vehemente interés que aquella historia la producia.

—Creí que se cansaba Ud.—repuso con finjida tranquilidad Jerman.

—Nó nó,—aseveró al punto Anita, confundida i como electrizada por la calma de su interlocutor;—prosiga Ud. no mas...

—Pasado un mes, durante el cual mi amigo no olvidó ninguna noche su evtraña declaracion, se resolvió a ser presentado a su ingrata adorada, resultara de ello lo que resultara. Tocóle eu suerte que se diera por entónces un baile en casa de una su amiga, prima de la mujer que amaba. Era, pues, lójico que concurrieran al tal baile: ella, como parienta de los dueños de casa i él, como amigo antiguo de éstos, i efectivamente, ambos fueron invitados con tal instancia, que los dos hubieron de asistir...Suntuosa fué la fiesta i a los comienzos de ella, mi amigo fué presentado a su amada que, radiante de belleza, le recibió con bastante frialdad en los primeros momentos. Pero él era hombre de carácter i supo ocultar su turbacion con tan amable a par que tan serena indiferencia, que merced a ella, vió suavizados en breve los desdenes de su compañera...

Detúvose nuevamente el narrador, i al mirar a su compañera, notó que los ojos de ésta se bajaban delante de los suyos sin atreverse como ántes, a sostener friamente sus miradas.

Entre tanto la música habia cesado i el salon

empezaba a quedar vacío, pues las parejas se dirijian todas al comedor...

Absorto Jerman en la contemplacion de su turbada compañera, retrasó su paso hasta quedar colocado en el término último de las personas que dejaban el salon; de forma que en el momento en que él se dirijia con Anita al comedor, nadie le veia i quedaba por un instante a solas con ella miéntras el confuso trámite de la reparticion de asientos impedia a los demas concurrentes reparar en su tardanza.

Entónces prosiguió con suma calma:

—Mi amigo miraba a su compañera i ésta, que con tan soberano desden soportaba ántes las impertinencias del enamorado galan, ahora que iba apoyada en su brazo, apénas si tenia fuerzas para bajar sus verdes ojos; con lo que se veia aun mas hermosa i con lo que crecia el amor de mi buen amigo i con lo que la turbacion de ella tambien crecia...

I Jerman miraba a Anita i con sus ojos parecia como que la magnetizaba, que la besaba i que la quemaba. Mas al sentir el peso de tales miradas i al notar que el salon estaba desierto, ella, anonadada i llena de turbacion por la actitud de su acompañante, no pudo reprimirse i con acento de vehemencia e interés extremados, dijo casi suplicante:

—Pero Jerman, Ud. me ha prometido argumentar con nombres propios. Ese jóven, esa niña...

—Pues bien, repuso Jerman con misterio, voi a mostrárselos a Ud!

Anita cerró un momento sus ojos como para coordinar ideas e impresiones contradictorias que luchaban en su cerebro i Jerman, haciendo que se dirijia con ella al comedor i deteniéndose

en la puerta misma del salon frente a la cual lucia un gran espejo su ancha i magnífica luna, dijo señalando hácia el frente:

—Míreles Ud! ¿Les vé? Allí están los dos!...

Abrió Anita los ojos i poniéndoles en el espejo, vió tras el limpio cristal, destacadas vivientes su propia imájen i la de Jerman que sonriendo la decia al oído: *Te adoro!*

Al escuchar Anita aquel mismo acento que sin saber de quién provenia, amaba desde hacia tiempo; al ver que eran labios humanos los que pronunciaban la misteriosa declaracion, al mirar por fin al sér que reinaba en su alma i en sus pensamientos, lució en sus divinos ojos la chispa elocuente de la felicidad i al intentar dar sueltas a su alegría con palabras, hallóse con que su lengua se entorpecia negándose a espresar los sentimientos de su alma.

—¡*Te adoro!* – repitió entónces Jerman.

I ella, recordando que estaban solos, contestó en voz mui baja i llevando el abanico a sus labios —como para poner punto a tan insostenible escena:

—¡Chist! ya lo sabia!...

En seguida pasaron entrambos al comedor.

IX

Jerman era feliz. I a fé que merecia serlo, porque poseia realmente un corazon privilejiado. Durante algun tiempo visitó con notoria asiduidad en casa de Anita i un año despues del baile referido, la noticia principal que se comentaba en los salones de la mas alta sociedad santiague-

ña, era la del próximo i ya participado enlace, de Anita con Jerman.

—¡Quién como ella!, pensaban para sí cuantos conocian el corazon de Jerman.

—¡Quién como él!,—decian algunos que conocian el alma de Anita.

—¡Quién como ellos!,—exclamaban todos.

—¿No te decia yo que esto habia de suceder?,—murmuraba Clara al oido de su prima.

I, en efecto, nada mas natural: Anita era mujer de mucha alma, como dicen, i su amor habia nacido aun ántes de conocer al hombre en quien habia de ponerlo. Por esta razon se entenderá fácilmente que, al comprender al enamorado i tierno Jerman, reconociera en él al mismo sér que ella amaba i del cual soñaba ser querida, no con el amor violento i apasionado que brota del choque súbito de dos miradas o del latir caprichoso de dos corazones i que se vá con la propia rapidez que llega; no con el amor que es mera oleada sanguínea con que el mar de la juventud bate el alma de los hombres; no con el amor que nace con la fuerza ponderosa del trueno i que como él ha apagado ya sus ecos cuando la luz del relámpago hiere la pupila; no con el amor de colejial que espira ántes que el enamorado éntre de lleno en el mar de la vida,—como espiran esos riachuelos que mueren en los abrasadores arenales del desierto ántes de desembocar en los inmensos mares de la tierra: sino con el amor que, nacido poco a poco, arraiga profunda, firmísimamente en lo mas hondo del alma i resiste, primero a los hielos de la indiferencia i despues a las tibiezas de la simple amabilidad, hasta que al fin consigue en premio aspirar para siempre el ambiente cálido del verdadero cariño.

Un amor de éstos soñaba Anita; amor firme como la conviccion que se levanta sobre las ruinas de una duda; amor eterno, inextinguible, que como las linfas de los grandes rios, que corren, corren siempre hasta dar con el océano, viviera, viviera siempre hasta dar con la muerte.

El amor de Jerman era uno de estos soñados amores i Anita tuvo la dicha de convencerse pronto de ello. Así, pues, algun tiempo mas tarde de lo que malamente he narrado, casaban Anita i Jerman, en paz i amor de todos, sin accidentes ni peripecias románticas i sin que el cielo, el destino, ni ningun otro envidioso, les arrebatara su anhelada dicha entrometiéndose en el asunto con las oposiciones, llantos, pobrezas, chismes, celos i demas armas vulgares que para desbaratar amores inocentes se usan siempre en las novelas... i en la vida tambien!

Si algun lector (o lectora,—dado caso que esta pobre novelilla hiciera la chiripa de caer en una mano femenina,)--no creyere en lo dicho, véngase conmigo a presenciar el siguiente brevísimo espectáculo i no solo se convencerá de lo ya apuntado, sino que, ademas, acabará de creer en la singular paradoja que al principio de esta inverosimil pero posible historia sostuve, a saber: que Anita i Jerman están todavía... *enamorados*!

ACTO UNICO

Personajes.

ANITA
JERMAN
UN CHIQUILLO, (hombrecito de cuatro a cinco años)

UNA LINDA GUAGUA
UNA SIRVIENTA.

La escena tiene lugar en casa de Jerman, en una lluviosísima noche de julio i comienza a la hora de la sobre mesa, en el comedor, como a las 3 de la noche i cuando el agua cae del cielo con tanta fuerza que parece romper los cristales del tragaluz que se ve en el techo del aposento.—Chisporrotea la reseca leña al sentir los besos que las llamas de la chimenea la dan con sus inquietas lenguas de fuego.—Anita, mujer interesante, si las hai, traida con la hechicera sencillez de una esposa que no desea mas que lucir en su dichoso hogar i solo para su marido, está sentada mui próxima al fuego i acaricia en el materno regazo a una preciosa criatura de seis o siete meses, vivo retrato de ella, que tiene sus mismos ojos verdes i su mismísima boca agraciada.—Anita se embelesa estática contemplando cómo se reflejan las rojizas llamas de la chimenea en los ojos inquietos i alegres del sér que entre sus brazos acaricia. De vez en cuando mira a Jerman i luego sonríe al verle que, sentado frente por frente de ella, está divertidísimo balanceando con fuerza i rapidez, su pierna derecha, sobre la cual se ve montado a horcajadas o, como quien dice, a caballo, un rubio chico de 4 o 5 años de edad. Reina el silencio en la estancia i solo le interrumpen el rumor incesante (i en tales casos agradable) de la lluvia, el chasquido seco de la leña de la chimenea i tal cual grito de gozo lanzado por el alegre jinete que cabalga en la pierna de su padre. Pasado algun rato, entra la sirvienta.

ESCENA I.

LA SIRVIENTA.—Vamos, niñitos, a acostarse, que ya son mas de las ocho!...

EL CHICO.- (*Sollozando*).—Pero, *máma*... otro ratito!...

JERMAN.—Anda a acostarte, Jermancito. Si te duermes pronto, te traeré mañana un buen paquete de dulces.

EL CHICO.—(*Mui conformado*).—Vamos, máma; ya tengo mucho sueño. Buenas noches, papá mio.

ANITA.—Jermancito, ¿no me das un beso?

El chico.—(*Corriendo a ella*).—Sí, sí, Buenas noches, mamasita. (*Hablándola al oido*): Ud. tambien me trae dulces, ¿nó?

Anita besa a sus hijos, sonrie de felicidad, i la sirvienta sale, llevándose a Jermancito que salta de gozo i a la guagua que dormita anjelicalmente en sus brazos.

ESCENA II.

Anita i Jerman quedan mirando la sirvienta que desaparece con los dos chicos; i luego que se cierra tras de ella la puerta, dejándoles completamente solos, ambos vuelven los ojos como impulsados por una misma idea i se miran un instante mútuamente hasta que Jerman, a pretesto de atizar los ya carbonizados leños de la chimenea, se arrodilla junto a Anita, frente al hogar i cojiendo un fuelle, comienza a soplar el fuego...

Pronto se cansa de esta operacion i deja el fuelle:

Jerman.—Es imposible, se apaga....(*Se vuelve a Anita*). ¿Que hago, hijita?

Anita.—Mire, ¿sabe que Ud. es mui torpe, hijito?... ¡Que no atine ni a encender la chimenea!

Jerman.—I ¿qué culpa tengo yo?...

Ella ríe, i él se queda mirándola hasta que el último tizon extíngue su luz i se apaga el fuego por completo. Entónces resuena en la muda estancia un casto beso dado en los ojos de la tierna esposa i se oye una voz que en són apagado, conocido i misterioso, murmura ténuamente:

—Siempre *te adoro!* Anita mía!!

FIN

JUAN

NOVELA ORIJINAL

A mi amigo N. Tondreau

I

Juan era pobre, pobrísimo en verdad; mas su alma, rica en nobles ambiciones i elevados sentimientos, le ponía mui por cima de las jentes de su clase.

Aunque hijo de un sepulturero, no pudo jamás conformarse a ver siempre de cerca un lado tan triste i fúnebre de la muerte como el del entierro i dolíale mui hondamente que su padre ejeciera un oficio que pugnaba en abierta lucha con la sensibilidad privilejiada de su alma; pero dolíale mas que todo ver, que cuantas personas de su familia le rodeaban, eran incapaces de comprenderle, pues así en punto a valer intelectual como

en punto a delicadeza de sentimientos, rayaba a inmensa altura sobre las jentes de su casa.

Nunca he creido que los pobres son desgraciados, pues realmente no lo son cuando, como en jeneral acontece, nacen pobres i sin mas aspiraciones ni mas intelijencia que las necesarias para jirar sin entorpecimientos en la propia esfera de su clase. De otra suerte no podrian ser felices sino los ricos, lo cual es tan grande mentira que bastaria, contar los hogares dichosos del mundo i ver que sin duda son pobres en su mayoria, para convencerse de que no gusta siempre la verdadera felicidad de cobijarse bajo los techos suntuosos de los ricos. I la razon de esto es llana: los verdaderamente pobres nacen siempre con almas que no les colocan fuera de su clase. Por lo que son a menudo tan felices i por lo que, cuando por excepcion a la jeneral regla, nace un pobre que no tiene alma de tal, tócale el ser desgraciado por toda la vida, que era lo que a Juan acaecia. El hijo del sepulturero era, pues, una excepcion, i el corto drama de su existencia debia de ser por tanto escepcional.

El alma de Juan era en extremo soñadora, i como habia comprimido siempre sus imposibles delirios con fria reserva, al llegar a los 19 años no pudo resistir por mas tiempo a la ansiedad de amar que le aquejaba, i dando libre rienda a su apasionada fantasía, quiso sentir algo a toda costa, quiso hallar un ideal fijo para sus sueños; quiso, en fin, gozarse en las lágrimas del dolor ya que le vedaba su destino gozarse en las sonrisas de la felicidad.

Cuando, cerrada ya la noche, refuljian en los cielos las estrellas, Juan salia a pasear solitariamente por las triste avenidas del cercano cementerio. Sentábase luego en un desnudo banco de piedra, i al contemplar a la luz ténue e indecisa de la

noche los lujosos mausoleos de esas jentes ricas, que son vanidosas hasta despues de la muerte, solia decir con lágrimas en los ojos:

—¡Ai! Ellos, solo ellos, los dueños de estas sepulturas, pueden amar; porque solo ellos son ricos. Para ellos son las mujeres que sienten, para ellos el amor, la luz, el goce de la vida; para ellos se hizo la sonrisa... para mí solo el suspiro; para ellos el placer, para mí solo el deseo... I todo, porque ellos son ricos i yo soi pobre; porque no nací en alta cuna ni de familia rica; porque cuando muera no seré sepultado en tumba de mármol sino confundido con los gusanos i el polvo de la humilde tierra, porque no se dirán sentidos dicursos al enterrarme, ni habrá lágrimas derramadas a mi memoria, i por que en mi sepultura ni siquiera habrá una lápida que perpetúe entre los muertos mi nombre oscuro e ignorado...

I el pobre Juan callaba entristecido, hasta que el fuego juvenil de su alma se rebelaba contra su habitual resignacion para hacerle exclamar desesperadamente:

I ¿por qué, Dios mio, tan inmensa desigualdad? ¿Por qué mi padre, única persona a quien puedo amar, es solo un sepulturero que vive feliz sin aspirar a nada, sin que le turbe el delirio de la ambicion i sin pensar que tras de sus no sentidas miserias existen paraisos sublimes en donde penetran siempre mis fantasías? ¿Por qué no me es dado amar a una de esas mujeres encantadoras que suelo ver en el mundo ataviadas con galas de tanta hermosura i valía, que con su solo precio podria comer mi padre durante todo un año? ¿Por qué, Señor, no pueden amarme esas mujeres bellas que lloran cuando sienten i que sienten cuando lloran? ¿Por qué no he conocido ni siquie-

ra a mi madre? ¿Por qué he de morir sin haber recibido jamas un beso de nadie, de nadie?...

I Juan lloraba i maldecia de todo, hasta cuando el frio de la noche, penetrando por la delgada urdimbre de sus envejecidas ropas, le obligaba a guarecerse bajo la cobija escasa de su duro lecho.

II

Una mañana se levantó Juan mui temprano i comenzó a andar por las avenidas del cementerio. El cementerio de la ciudad de X es bellísimo pues, situado a mas que mediana altura sobre el nivel de la poblacion, permite al paseante gozar la magnífica hermosura de un paisaje sin igual.

Allí no alcanza el rumor incesante de los vivos i solo percibe el oido: el blando susurrar del viento entre las sombrías ramas de los cipreces o el manso i tímido aleteo de un ave que cruzando en silencio por la sosegada atmósfera del campo santo, va a posarse sobre alguna blanca lápida quebrada, sobre alguna desnuda cruz funeraria o sobre alguno de esos inmóviles ánjeles de mármol que guardan severos el reposo eterno de los muertos.

A poco de estar allí, parecióse en el límpido azul del cielo una nube blanca de verano de esas que vuelan de un lado a otro del horizonte, a la manera de las palomas que vuelan de un palomar a otro. Mirábala Juan con ojos soñadores, i cuando la vió llegar al cenit i recibir en medio del espacio el primer beso del sol naciente, figuróse que tras de los tules blancos de aquella nube se

ocultaba una misteriosa vision que algo le decia con su presencia. De pronto en su exaltada imajinacion nació el pensamiento de que solo el ánjel seductor de la esperanza podia vestir tan blancos cendales como los de aquella nube i, sin mas pensar, un rayo de alegría brilló en sus ojos. Púsose al punto de pié, i sin saber hácia dónde caminaba, enderezó sus pasos a la vecina ciudad--que en aquellos instantes se despertaba. Andando, andando, hubo al fin de llegar a la calle principal, i como se sintiera entónces algo cansado, detúvose un momento miéntras sus ojos, que buscaban con avidez algo hermoso en que ponerse, tropezaron al mirar a una ventana, con una preciosa mano de nieve que descorria blandamente las cortinillas de los vidrios para dar paso a los albores primeros del dia. Sonrió Juan al mirar aquella mano harto mas breve, fina i delicada, que cuantas manos de mujer habia estrechado en su vida.

Largo espacio quedóse mirando al balcon i cuando reparó que la mano habia desaparecido tras de los vidrios, ya algo preocupado pensó:

—¿De quién será?...

A la siguiente mañana volvió a pasar por aquel balcon i como viera que la misma mano abria todos los dias a idéntica hora las cortinillas blancas de la ventana, tomó la costumbre de ver diariamente la mano que tan preocupado le traia. Mui pronto su pensamiento llegó a concentrarse en esta reflexion que, con loca persistencia, no le abandonaba ni en las horas del sueño.

—Si su mano es tan hermosa,—pensaba,—¡cuánto mas hermosa no será ella!

Una mañana no se abieron las cortinillas del balcon, i el hijo del sepulturero hubo de tornar a su

casa mas pensativo i mas triste que solia. Volvió al otro dia i viendo que sucedia lo propio que en la mañana anterior, quedóse largo rato pasando i repasando por aquella casa hasta que al cabo reparó en que tampoco abrian la puerta de calle... Entónces se devolvio a su casa lleno el cerebro de melancólicas ideas i el corazon de tristes presentimientos.

Solo ya en su pieza, recostóse en el modesto lecho i comenzaba a meditar en sus acostumbradas locuras, cuando entró su padre i le dijo:

—Juan, está enfermo Antonio i no hai quien guie mañana el carro de los muertos.

—I ¿por qué no va el hermano de Antonio?—replicó Juan.

—Porque tiene mui malas trazas, i como el entierro es de mucha calidad i de primera clase... Ademas, aquel no ha manejado en su vida el carro de lujo, i es tan para nada, que no sabe ni enjaezar las mulas blancas. Anda tú, Juan, que algo te ganarás.

—Bien, padre, iré. ¿Para que horas han pedido el carro?

—Para las ocho i media de la mañana.

—I ¿en dónde vivia el muerto?

—No lo recuerdo, hijo; pero en este papel me dejaron apuntadas las señas de la casa i el nombre del difunto... tómale.

Juan leyó de una sola mirada el papel, i visiblemente impresionado, tartamudeó:

—Bien, padre; mañana a las ocho i media...

Fuése el viejo sin notar el efecto que en su hijo produjera tan sencilla lectura i quedó solo Juan, diciendo entre ahogados suspiros:

—Sí, mañana a las ocho i media...Esta señass son las de su casa; ya conozco su apellido. Ella el

Sandoval, de las familias mas distinguidas... ¡Dios mio! ¿por qué no tengo un nombre conocido?

Mientras estas cosas hablaba, entró nuevamente su padre con unas vestimentas que colgó de un enorme clavo en la desnuda i blanqueada pared, diciendo:

—Hijo, aquí tienes la librea que se pone Antonio. Has de ir con ella, a las ocho i media... no lo olvides.

Juan no pudo comprimir un quejido sordo que se le escapaba, i sin decir una sola palabra i con la mirada fija de la demencia, quedóse contemplando largo rato la librea negra del carro de los muertos.

III

En la estancia vecina a la alcoba en que yacia el cadáver de don Luis Sandoval, sollozaban sin consuelo dos mujeres. Era una, la triste viuda del difunto; i la otra, Teresa,—hija hermosísima i única de este matrimonio. Describir lo que pasaba entre madre e hija fuera, una imposibilidad a mas de una profanacion; que los ahogados transportes de dolor de una mujer buena que llora a un marido idolatrado i los tristes suspiros de una hija inocente a quien la muerte acaba de arrebatar el único hombre que hasta entonces amara, no son para descritos no digo por una pluma novel como la mia, pero ni aun por la pluma de mas brios i colores. Escenas tales, son demasiadamente tristes, i como pocos en el mundo se libran de presenciarlas, mejor es apartar la vista i el recuerdo de ellas

a fin de no añadir nuestras tristes reflexiones al desconsuelo de las personas que lloran perdido al hombre que estaban acostumbradas a ver sentado en el ahora vacio asiento de la cabecera de la mesa, presidiendo con su respetada palabra la tranquila charla del hogar doméstico. Recordemos solamente que el espectáculo es uno de los mas tristes con que tropezamos en la existencia, i que, sobre el dolor profundo de esas escenas, es mejor arrojar siempre el velo prudente del respeto.

Entre tanto, los numerosos parientes, deudos i amigos, rigurosamente enlutados, aguardaban la hora de partida del fúnebre i distinguido cortejo, conversando en voz baja i con misterioso ademan, en el elegante salon de la casa. De allí a poco, sonaba las ocho i media de la mañana el reloj de bronce del salon, a tiempo que el carro de los muertos se detenia a la puerta semi-cerrada de la casa. Saltó Juan del pescante e internándose en el zaguan, anunció que todo estaba listo.

Desapareció una enlutada sirvienta que esto oyera i quedó Juan a solas en el soportal de la casa. El triste silencio que reinaba en torno le permitió alcanzar a oir comprimidos sollozos que partian de una habitacion que a lo último del zaguan se encontraba. Avanzó entónces con paso vacilante. Llegóse a la cerrada puerta de aquella pieza. Puso sus ojos junto a una rendijilla que el cerrado postigo dejaba abierta i con la avidez de quien ansía ver algo perdido, comenzó a mirar para lo interior del aposento. De sus ojos, pegados a los vidrios, deslizáronse dos lágrimas que nublándole la vista, le humedecian el melancólico rostro macilento. Sus labios cerrados i presos de febril convulsion, dejaron escapar en voz baja, mui baja, estas palabras:

—Ella es, ella es; sí, allí veo su mano... I en efecto, Juan miraba a Teresa i si el verla una mano bastó para acabarle el juicio i prender en su exaltado corazon tan loco sentimiento, concíbase cuál i cómo seria el efecto que en Juan produjo el contemplar a la desdichada cuanto hermosa hija de don Luis Sandoval, que lloraba en brazos de su atribulada madre intentando enjugar el lloro de ésta con los castos besos del amor filial i mostrando en toda su descompuesta figura la belleza irregular, pero sublime, del verdadero dolor. Concíbase esto, si concebírselo puede, i se comprenderá la profunda atonía que enclavaba a Juan delante de aquellos vidrios transparentes e indiscretos.

En esto se hallaba, cuando el ruido de la puerta del salon que se abria i los pasos de los enlutados acompañantes del cortejo, que comenzaban a desfilar con el enflorado ataud hácia la calle, le despertaron repentinamente de su corto ensueño, impulsándole a correr lijero a su puesto, es decir al pescante del carro mortuorio.

Aguardaba éste, para ponerse en vía, solo el negro féretro, i luego que sus puertas envidriadas se hubieron cerrado al paso del cajon i que los borlonesde plata i las coronas de yedra i violetas, de verbenas i de siemprevivas, quedaron debidamente colgadas de las urnas cinerarias que coronan el carro, Juan fustigó las mulas i partió de prisa el interminable acompañamiento.

Ondeaban ya en el aire las cintas blancas de las coronas,—ajitadas por el viento con el andar del carro,—como ondea a la distancia el blanco pañuelo de un viajero que nos da su última despedida, i se escuchaba aun el ruido de las portezuelas de los últimos carruajes al cerrarse, cuando en lo interior

de la casa se oyeron, con los ahogados gritos de desesperacion de dos mujeres, voces que en el acento agudo i penetrante del mas desgarrador desconsuelo, exclamaban:

—¡Se lo llevan mamá! se lo llevan!!

IV.

Al siguiente amanecer, Juan aguardaba el rayar del sol sentado en un banco de piedra, desde donde contemplaba mudamente el elegante mausoleo de la familia Sandoval. Sus ojos leian, releian i tornaban a releer una inscripcion que en letras doradas i flamantes decia en la losa exterior del sepulcro: *Aquí yacen los restos de don Luis Sandoval. Nació el 12 de Septiembre de 1820 i murió el 9 de Abril de 1872.—Requiescat in pace.*

El hijo del sepulturero miraba aquellas frases—que tenian todo el cruel laconismo de la verdad i que eran duras como el mármol en que fueron grabadas—i enclavaba en ellas sus ojos con la propia fijeza del enfermo delirante que clava los suyos en un pliegue del cortinaje de su lecho o en un rincon sombrío de la alcoba. A ratos lloraba como niño i despues, enjugándose los ojos con la temblante mano, exclamaba:

—¡Qué tonto soi!

Estas solitarias escenas se repetian diariamente sin que Juan se diera de ello cabal cuenta. Su razon tomaba, pues, mui peligroso vuelo. Un pensamiento solo le dominaba. Solo un pensamiento le absorbia. Era el pensamiento de ella, de Teresa, a quien viera una vez apénas i a quien, sin embargo, no diremos ya que amaba, sino que

idolatraba con uno de esos delirios funestos en que el frenesí mata al sentimiento i la fiebre ahoga a la pasion, trocando en febril locura pasajera lo que debe ser amor tierno i ascendrado. La imajinacion de Juan era por tal extremo exaltada, que un adarme mas de ella le hubiera arrojado desde niño a un manicomio de furiosos. Nacido así, con anormales facultades, nada extraño es que, lo que en otro fuera candorosa fantasmagoría de niño inocente, llegara en él a ser pasion loca i desenfrenada, toda vez que Juan no tenia educacion ni discurso alguno en lo atañedero al conocimiento del mundo i de sus infranqueables desigualdades.

Así las cosas, llegó el 12 de Septiembre, aniversario del nacimiento de don Luis Sandoval. Albeaba la aurora en el horizonte cuando llegaba Juan a su acostumbrado sitio. Largo espacio estúvose en él, hasta que oyó venir de jentes i vió que dos mujeres enlutadas caminaban silenciosas para donde él estaba. I como instintivamente se sintiera algo azorado,

—Es extraño, pensó,—intentando con esto disculpar su involuntaria ajitacion,—es extraño que dos damas vengan a tal hora al cementerio.

En esto las damas se detuvieron frente a Juan, el cual comprendió al punto que querian talvez quedar a solas i apresuróse entónces a alejarse no sin hacerlas ántes una reverente i humilde cortesía.

Empero, como se sentia deseoso de explicarse la inusitada presencia de aquellas dos enlutadas en un lugar que solo sus tristes suspiros oia i los del viento que silbaba en los cipreces, el hijo del sepulturero,—que conocia el panteon con todos sus monumentos i avenidas, como conoce un ena-

morado los ojos de su amada,—se escondió tras de un mausoleo, quedando de modo tal que sin ser de nadie visto, podia verlo todo. Entre tanto, las enlutadas se detenian ante el sepulcro de don Luis Sandoval i en su helada i blanca losa se arrodillaban a orar por largo espacio.

Veíalas Juan i quedábaselas mirando presa del mas fascinante de los éxtasis. Pero como todo éxtasis se rompe, mayormente si es producido por la dicha, el de Juan hubo pronto de romperse, porque Teresa i su madre se alzaron al fin del suelo para salir del campo santo. Quiso, sin embargo, la suerte de Juan, que la dicha de aquellos instantes no acabara mal i sucedió entónces que Teresa dejó olvidado junto a una losa, el pañuelo con que poco ántes enjugara las lágrimas que el recuerdo triste de su padre le arrancó de los bellos ojos.

Atento como estaba Juan a cuanto ellas hacian, reparó al punto en el olvidado pañuelo i no bien las damas se alejaron, corrió a la sepultura de los Sandoval; i no diremos que tomó, sino que arrebató de la losa el pañuelo que, en un su extremo, tenia bordado con letras de negra seda el nombre de Teresa. Su primer impulso fué de besarle, pero al notar que le podrian ver todavía, guardóle con suma presteza en un bolsillo. Ni por un instante le vino en mientes la idea de devolver el pañuelo a su dueño. Despues, cuando se vió ya completamente solo, sacó el pañuelo i besándole con frenesí, exclamaba.

—Era suyo i es mio! ¡Oh no hai imposibles en el mundo! Pensando en aquel pañuelo no durmió Juan mas de una noche, como no habia dormido durante muchas otras pensando en la blanca mano que solia ver por las mañanas. Su naturaleza,

de suyo débil, comenzó a resentirse de tales locuras, con lo que el enloquecido muchacho dió en los extremos de no hacer mas sino mirar i besar aquellas letras negras que decian: Teresa. Llegó en breve a puntos tales, que miéntras su modesta comida, única hora en que se hallaba delante de su familia, solia a lo mejor de ella levantarse resuelto para encerrarse un instante en cualquier apartado rincon de la casa i dar allí, a sus solas, un beso mas en el pañuelo de Teresa.

—Muchacho mas raro!... decia el viejo de su padre al verle cometer tan silenciosas extravagancias. I nadie volvia a acordarse del asunto.

Juan estaba, pues, enfermo i como no recibió jamas fortificacion ni remedio alguno para su moral dolencia, hubo pronto de agravarse en ella llegando luego al lamentable extremo de los enfermos que aman su propia enfermedad a la manera que diz los ciegos de nacimiento suelen no solo no apetecer la luz, sino aun odiarla instintivamente. Así Juan, sentia enfermo su corazon i sin embargo, amaba esa funesta enfermedad.

Ya nada hacia, en nada trabajaba i dia a dia se agravaba mas gracias a que las jentes de su casa, únicas que podian aconsejarle, no se curaban para nada de sus extravagancias, sino que se contentaban con obedecer al viejo sepulturero, que decia siempre—acatando respetuoso la reconocida superioridad moral de su hijo:

—Dejémosle así, que sus motivos tendrá...

Juan se olvidaba de cuanto habia a su alrededor i cuando la idea del mañana solia golpear a las puertas de su mente, rechazábala sin dilacion exclamando sombrío:

—Porvenir, mañana,... no sois para mí sino palabras, palabras, palabras!...

Sin saberlo parodiaba a Hamlet.

V.

Una mañana, en que pasaba Juan por frente a la casa de Teresa, detúvose a la puerta de ella el carro fúnebre de los muertos. Atónito nuestro héroe, quedóse enclavado en las losas de la calle, contemplando el carro mortuorio cuyas puertas de cristal abiertas de par en par, semejaban aguardar hambrientas algo que se resistia a aparecer. En tanto, llegaban muchos, muchos carruajes. No habia duda. Aquello era un entierro i al comprenderlo de esta suerte, Juan huyó a toda prisa de aquel lugar, ahogando el ¡ai! de dolor que le arrancaba la terrible intuicion de lo que sucedia en casa de la familia Sandoval. Voló al cementerio, i encerrado ya en su pieza, sacó de su pecho arrebatadamente un finísimo pañuelo de mujer, bordado con seda negra i empezó a besarle como un loco i a llorar sobre él como un niño. Ratos despues oyó ruido de carruajes i vió que llegaba numeroso i distinguido cortejo fúnebre. Ahogó entónces sus jemidos, enjugó sus lágrimas i fuése a colocar a la puerta misma del cementerio por donde el lujoso féretro debia pronto de pasar. Pasó, en efecto, un instante despues el ataud, llevado por los mas inmediatos parientes del difunto, que eran los mismo que poco tiempo ántes trajeran los restos de don Luis Sandoval.

Al ver Juan la mortuoria caja, tornó a enjugarse disimuladamente los ojos aun nublados por el llanto e inclinando con reverencia su cuerpo, cla-

vó sus ya limpias miradas en la plancha de plata que, con la correspondiente usada inscripcion, se veia sobre la tapa del elegante ataud. Allí, con la brevedad seca i ruda, lapidaria i cruel, de las inscripciones grabadas, decia en letras finas i claras:

TERESA SANDOVAL

1852—1874

Juan no se movió. Sus ojos quedaron fijos en el mismo punto hasta mucho rato despues que el féretro habia pasado.

VI

Era la media noche de aquel mismo dia; noche clara i serena que insultaba con su tranquila belleza el dolor de Juan. Salió éste de su pobre alcoba, cojió calladamente en la de su padre, las llaves de las tumbas de la avenida izquierda i con apresurado paso se internó en el cementerio como en busca de algo perdido. La luna que esplendia en el zenit con toda la melancolía de sus tibios resplandores, reflejaba su triste fulgor en esos elegantes mausoleos que, con el lujo de sus mármoles i de sus esculturas, mas parecen monumentos destinados a perpetuar la vanidad de los vivos, que recuerdos destinados a perpetuar la memoria de los muertos. Al ver brillar la luna entre tantos mármoles i sepulturas, hubiera dicho un poeta que la luna semejaba blanca lápida puesta en la tumba del dia.

La noche no estaba fria. Empero, la palidez de la luna, la arjentada claridad de sus rayos, i sobre todo, el blanco deslumbrador del mármol de las estátuas, cuya albura resaltaba mucho de entre el sombrío ramaje de los cipreces i de entre tal cual lápida o columna de mármol negro, desparcian en la atmósfera el frio ténue pero hiriente que produce en nuestros ojos el color extremadamente blanco.

Juan caminaba lijero i las llaves que ajitaba entre sus manos con apresurada nerviosidad, resonaban en el callado aire con un eco chillon i lúgubre que corria a perderse fúnebremente por las interminables oscuras avenidas del cementerio. Heríale la luna en la rugada frente, proyectando tras de él, jigantesca sombra que hubiera conturbado al mas valiente i despreocupado de los mortales. Pronto llegó al sepulcro frente al cual estaba el banco de piedra en que todas las mañanas se sentaba.

Detúvose allí, arrojó por tierra su raido sombrero i a la pálida claridad de la noche, comenzó a buscar en el manojo de llaves que en la mano llevaba, una que no tardó en encontrar. Miró a la inscripcion de la sepultura que ántes se veia i dijo entre dientes:

—Sí, sí, esta es la llave:.. Número 27, sí... tiene el mismo número de la sepultura Saudoval.

Miró en torno suyo i viendo que nadie le observaba, arrodillóse en el suelo, apartó a un lado de la losa funeraria algunas todavía frescas flores que en ellas habia esparcidas, entró la llave por una escondida abertura, haciéndola jirar con el ruido áspero del hierro enmohecido, guardóseln en seguida, cojió a dos manos la gruesa argolla

de fierro que cerraba la puerta de la sepultura, pusóse en piés i comenzó a tirar de ella con tal esfuerzo, que en breve se alzó del suelo la plancha que a la argolla adheria, dejando ya abierta la ancha i negra boca de la sepultura. En ella no penetraba la luz i solo se veia terrible oscuridad que parecia intentar absorber en su seno misterioso toda la luz que el cielo esplendia. Los rayos de la luna no entraban en aquel antro sombrío: parecian atemorizados ante el negro de esa tumba en que no se oia sino el silencio de los sepulcros, porque el silencio de los sepulcros se oye: que en él hai algo mas de la simple ausencia de ruido; hai como un aleteo misterioso del ánjel de la muerte, un como susurro vago, como eco lejano de la voz de la eternidad.

Pero si la luz parecia intimidada ante una tumba abierta, Juan no tuvo miedo, ántes avanzó con firme paso hácia la negra cavidad de la bóveda, se hundió resueltamente en ella i al instante desapareció envuelto entre los densos repliegues del cortinaje de las sombras.

El ruido de aquellos pasos profanadores de la santidad i reposo de la muerte, cesó de repente para dar lugar al duro chirrido que el frontamientode un fósforo produce al ser encendido. Juan acababa de prender una vela para alumbrar el interior de una sepultura. El alumbrar de una vela en tal lugar, irradiaba el destello de un cerebro loco, de una razon extraviada.

Con el rostro pálido, como las osamentas de los cadáveres; con inexpresable ajitacion en todos sus miembros; con la vida concentrada en las cuencas profundas de sus fulgurantes ojos, Juan dejó la luz en las húmedas piedras del suelo aproximóse al segundo nicho ocupado i de su ca-

vidad ensombrecida, a que no alcanzaban los macilentos, amarillos reflejos temblantes de la luz, extrajo de él un lujoso féretro en que aun rebrillaban lucientes las enchapaduras, borlones i demasadornos de plata. Tomólo en sus brazos—que en aquellos instantes parecian animados de sobrehumana fuerza—i le colocó en las piedras del pavimento, junto a la vela, cuya vaciladora lengua de fuego titilaba con el llamear mortecino de una luz en húmedos ambientes encendida. Con qué extraños i fantásticos fulgores se iluminaban los nichos vacíos, las grietas ennegrecidas por la falta de luz i las bóvedas pesadas de la tumba! y con qué sorda i misteriosa resonancia devolvian al aire las insonoras arcadas de piedra los ahogados respiros de Juan!

Al tocar el cajon en el suelo, oyóse un ruido sordo i seco, como si el cadáver que encerraba hubiera cambiado repentinamente de posicion. Involuntariamente tembló Juan al oir semejante ruido; mas reponiéndose presto, hincó en el suelo sus rodillas i sin vacilar un momento, cojió la vela, alumbró con ella la tapa negra i brillante del féretro:

TERESA SANDOVAL.

1852—1874.

decia en ella con letras finas, en una delgada lámina de plata. Era el mismo ataud sepultado en la mañana de ese dia Convencido de esto el hijo del sepulturero, sacó de sus bolsillos dos herramientas de carpintería i dando con ellas algunos quedos golpes en el cajon, desarrajóle en un instante, quitó la tapa de encima del cadáver

i la colocó aparte en el suelo. Dibujóse entónces en el fondo sombrío del féretro, la blanca mortaja de un cadáver; i a la vista de ella tembló Juan sin poderlo remediar. De pronto, escapósele un grito de azoramiento i empezó a tartamudear casi convulsamente:

—¡Dios mio! Quién la ha apagado!!...

Una de las herramientas, al ser soltada por las manos de Juan, habia caido sobre la vela i derribádola, extinguiéndose la luz instantáneamente al solo contacto de la humedad del suelo.

Temblaba Juan más i más, cuando súbitamente i por un impulso enérjico i rápido—como todos los de las reacciones—encendió de nuevo la luz i a toda prisa, cual si huyera del arrepentimiento o del miedo que parecian comenzarle a perseguir, sacó de su cintura un cuchillo i con un movimiento de arrebatado delirio, rasgó de una sola cortada i en todo su largo, la fina mortaja de albo lienzo que envolvia al cadáver. Abrióse ésta en dos partes, las cuales cayeron a ambos lados, como dos cortinas que se abren, dejando en descubierto a una mujer vestida de negra seda i que llevaba en sus sienes una corona de azucenas que debió de haber sido no tan blanca como su pálido rostro. Sus ojos estaban cerrados, como si sobre aquellos cándidos párpados pesara sólo el sueño del reposo i del descanso i no el de la muerte i la eternidad. Cerrada estaba su boca pequeña, i aun vagaba en sus delicados contornos una lijera huella de la sonrisa agraciada que en aquellos labios jugueteara cuando la vida les prestaba sus húmedos coloridos. Mas si la boca i los ojos parecian de ánjel dormido, la pronunciada contraccion de las sienes i la excesiva finura de las líneas de la nariz, anunciaban clara-

mente que aquel cuerpo era solo el cadáver de Teresa.

Teresa estaba bella todavía. Hermoseábala sobre todas las cosas. el aire triste de mujer jóven, no arrebatada, sino asesinada por la muerte. Aquel rostro, virjinal hasta despues de la muerte, tenia sin embargo el sello terrible de las perecibles cosas humanas que se acaban; porque en su frente tan blanca i tan pura, principiaba ya a estenderse la misma amarillez que iba cubriendo poco a poco los aun no marchitados lirios de su corona de vírjen.

Al mirar el rostro de la muerta, los ojos de Juan parecieron saltar de sus órbitas i cual si no dieran crédito a lo que veian, se aproximaron mas al cadáver. Pero como vieran lo mismo, impacientóse Juan de tal suerte, que de repente cojió entre sus brazos nervudos el cuerpo de Teresa—que, exhumado en la mañana de ese mismo dia, solo a azucenas i a perfumes olía—él comenzó a abrazar con verdadero frenesí al propio tiempo que con sus labios sacrílegos i quemantes, osaba besar los labios helados de la que fuera Teresa.

Despues, tomó la mano derecha de Teresa intentando alzarla hasta sus labios; mas al notar la cadavérica terrible rijidez del brazo i al sentir en sus manos cálidas i ardorosas, el hielo i pesadumbre de la de Teresa, soltó aquella mano gritando horrorizado:

—Ai! I era verdad!... Estabas muerta!!

Luego añadía:

—Nó, nó, tú no has muerto!—y tornaba a abrazar i a besar el cadáver. Empero, como éste continuaba frio, yerto, inmóvil, soltóle al fin, quedósele mirando con profunda avidez i al verle en-

cerrado en un abierto féretro, i al verse él mismo adentro de una tumba, en cuyas paredes habia otros nichos vacíos que parecian convidarle al reposo de la muerte; al ver las enchapaduras ya enmohecidas i viejas del ataud de don Luis Sandoval; al ver que Teresa no abria los negros ojos no obstante sus locas caricias; al ver que esa sonrisa vaga, apenas perceptible, único rastro que el alma dejara al pasar por aquel cuerpo, aun no variaba, sino que seguia ostentando el mismo pliegue suave, la misma expresion ideal; al remirar aquellas sienes, contraidas hasta dibujar en la marmórea cútis la forma exacta del hueso frontal, al mirar aquella nariz que, por la no interrumpida contraccion de sus ventanillas, semejaba sorber algun oculto perfume escondido entre los misterios de aquella sombría bóveda, al sentir en su desabrigado cuerpo el relente de la noche, sobrecojióle repentinamente hondo pavor que le arrancó por algunos instantes a la semi-demencia en que yacía. Quizás el frio matinal del lugar provocaba tan momentánea transicion de la valerosa locura al cobarde miedo; quizás fuera lo largo del rato que encerrado estaba: ello es que las visiones de deseos que ántes tuviera Juan mudáronse entónces en ilusivos fantasmas que el miedo i el terror le forjaban.

Creyó ver que Teresa habia abierto por fin sus ojos i que le miraba con ellos, airada por el ultraje que su sacrílega profanacion le acababa de inferir. Parecióle ver que del nicho en que yacía el cadáver de don Luis Sandoval, se alzaba amenazante un anciano que intentaba cerrar para siempre aquella sepultura. Creyó ver que la sombra del anciano se llegaba a él con pasos lijeros e imperceptibles—como el andar de algunos in-

sectos por la superficie del agua—i merced al indeciso vacilar de la amarillenta luz de la vela i a la fantástica vagarosidad que esa luz imprimia a las sombras, imajinóse en su delirio que el anciano Sandoval se detenia un instante para observarle fijamente. Creyó sentir en su enardecida faz el frio mirar escrutador del padre de su amada i, entónces, para escapar de tan horrible martirio, fuera de sí con tan negras visiones, i sin saber ya lo que hacia, apagó con un rabioso soplo la luz... Mas con el denso aumento de las tinieblas fantásticas que le rodeaban, creció al punto su demencia, con lo que se corporificaron todavía mas los exaltados delirios de su cerebro afiebrado. La sombra del anciano creció a los ojos de Juan hasta cernerse monstruosamente en la arcada de mármol de la sepultura i hasta comenzar a descender sobre su cabeza con lenta pero pesada, terrible calmosidad. Llegaba ya a sus cabellos. Juan sentia ya sobre sí la pesadumbre inmensa de aquel fantasma. Su aliento sordo i matador ajitaba ya el aire impidiendo respirar a su congojada víctima... El hijo del sepulturero cerró los ojos para no ver tan horrible sombra; pero ésta se presentó al punto ante los ojos de su imajinacion i empezó a crecer, a crecer, hasta que el desdichado, sintiendo ya en su cabeza el peso del sombrío verdugo, hizo un último esfuerzo para escapar de su crueldad gritando y comenzó a gritar:

—Nó, nó!... Pero todo era enbalde, porque solo replicaba a su clamor el oooo... oooo... del eco de sus palabras en la abovedada tumba, eco que le sonaba a Juan como carcajada sardónica de la vision...—¡Aparta!—gritó Juan i para esquivar el golpe de su verdugo, inclinó a tierra su frente de fuego que chocó en su camino con la frente de

hielo de un cadáver, haciéndole exhalar un ¡ai! terrible de angustia, de horror, de frio, de todo, en fin, al propio tiempo que su cuerpo rodaba helado por las losas húmedas del negro pavimento...

Comenzaba a amanecer.

VII

En la mañana del siguiente dia, acertaron a pasar por frente al mausoleo de la familia Sandoval, varios caballeros que paseaban en las avenidas del cementerio despues de haber traido a su última morada los restos de un distinguido personaje.

Ver abierta en tales horas, la entrada de una sepultura, cosa fué que les asustó sobremanera, que es como decir que se acercaron a la sepultura i examinaron cuanto habia que ver, que no era mucho i no pasaba de un rótulo grande en el cual unas letras doradas decian claramente: *Familia Sandoval.*

A pesar de que los curiosos eran en número hasta de seis o siete i a pesar de que todos eran hombres, ninguno de ellos se atrevió a penetrar en el mortuorio recinto sombrío. Sobrecojidos i medrosos estaban, recordando que en el dia anterior habian enterrado a la hija de Sandoval, cuando, empalideciendo todos a una, escucharon un suspiro ahogado que de lo interior de la sepultura partia.

Corrieron entónces a dar parte de lo que ocurria al administrador del campo santo, el cual llegó al punto con jente de su mando al lugar de

la sepultura, entró despreocupadamente a ella e hizo sacar de aquel antro oscuro, con no poco asombro de todos, el cuerpo desmayado de Juan, que estrechaba en una mano el pañuelo bordado con negra seda, de Teresa. Sacaron tambien las herramientas i la mísera vela que trajera Juan, taparon nuevamente el ataud, i con las llaves que en los bolsillos de Juan fueron halladas, cerraron la sepultura de la familia Sandoval.

Al cabo de largo rato i merced al olor del éter, tornó en su acuerdo el desdichado hijo del sepulturero i las primeras palabras que pronunció fueron:

—¡Perdon, perdon!...

Parecia despertar de una larga i horrenda pesadilla i sus palabras semejaban dirijirse a un sér invisible o ausente de la vista de los demas. Bastaron, sin embargo, esas palabras para que todos dijeran:

—Es un cobarde ladron... Se desmayó de miedo... por castigo del cielo... infeliz!... No alcanzó a robar mas que el pañuelo de Teresa...

Tras de estas suposiciones, levantóse como era de suponer, un ruidoso proceso criminal en contra de Juan i en contra de su padre, al cual culpaban los acusadores de complicidad indirecta, pero responsable, en el delito; puesto que, al decir de ellos, habia facilitado a su hijo las llaves sagradas de las improfanables tumbas.

Como el caso fué corrido i mucho, la pública opinion, manifestada por la prensa, se apresuró con su acostumbrada lijereza, a sentenciar de la causa diciendo que aquello era un crímen horrendo, una profanacion nunca vista, un sacrilejio infame, etc., etc. que exijia pronto, inmediato i condigno castigo.

Juan no tuvo mas defensor que el abogado de turno. Bastóle a éste un momento de conversacion con el acusado, para creer i decir que Juan no era reo de un crímen, sino que era víctima de una locura i que, por tanto, la única medida a que podria tener derecho la justicia ordinaria, era la de recluir al reo en una loquería. Mas la pública opinion se mantuvo firme i guiándose de su fantasía incorrejiblemente visionaria, continuó declarando que «en balde se trataba de esconder crímen tan horrendo i misterioso bajo la trajinada disculpa de la locura, porque la verdad se traslucia demasiado luminosa de las palabras mismas pronunciadas por el reo al ser sorprendido en su delito.» Por otra parte los médicos de ciudad examinaron a Juan (o al ménos dijeron haberle examinado) i declararon en el acostumbrado tono de su presumida infalibilidad, que la última palabra de la ciencia en tan misterioso asunto, era: «que Juan habia procedido siempre con pleno ejercicio de todas sus facultades mentales».

—Cuando tal dicen los médicos,—pensaron filosóficamente los jueces,—así debe de ser la verdad. I sin mas auto ni mas demora, Juan fué condenado a tres años de presidio. Cuanto al pobre viejo, padre de Juan, libertáronle al fin, pues fué imposible «hacer plena prueba» de su complicidad. El dia mismo en que le libertaron, corrió lijero a la prision de su hijo. Queria saber de cierto si Juan era en realidad un criminal o si no era mas que un loco.

Cuando entró al miserable calabozo en que yacía Juan, tendido sobre un monton de mal hacinada paja, creyó haber equivocado las puertas, pues en ese sótano ni reconocia el padre a su hijo ni el hijo reconocia a su padre. I en efecto,

aquellos ojos perdidos en sus amoratadas sombrías cavidades, no eran los risueños i serenos que el anciano conocia de su Juan; ni aquella sonrisa particular, ni aquel mirar extraviado, eran los del hijo del sepulturero. Ademas, cuando intentó el viejo arrojarse en brazos del que suponia su hijo, obtuvo solo un brusco rechazo, acompañado de éstas para él inintelijibles frases:

—¿Qué quieres, ladron?... Vuélveme mi pañuelo, tú lo debes tener; porque aquel pañuelo era mio, mio; ningun vivo podia reclamármelo i yo no se lo quité a ningun muerto! Nó, yo no soi ladron! Talvez tú... Pero, devuélveme ese pañuelo; mira devuélveme ese pañuelo. Fuése el pobre viejo llorando i enjugándose las lágrimas con el revés de la manga de su camisa, pues en su vida habia usado pañuelo.

Despues, a cuantos encontraba, decíales;

—Juan no es criminal! Juan no es criminal!!...

VIII

Algunos años mas tarde, olvidado ya por el público tan famoso crímen, se supo un dia (no lejano de estos en que escribo) que Juan X... su sacrílego autor, habia muerto encerrado en su prision, en medio de un frenético rapto de locura repentina, producido—segun declaracion del centinela—por el mas singular e inverosímil de los acontecimientos, era a saber:

Atravesaba el carcelero el patio llamado «de los calabozos», cuando se le cayó a tierra un pañuelo. Por entre las rejas de la ventanilla de su prision, vió Juan aquel pañuelo i comenzó a gritar: que

se lo pasaran, que era suyo!... Nadie queria oir sus locos clamores, hasta que un ruido seco, duro, terrible i nunca oido, llamó la vista del centinela hácia la ventanilla de Juan. Juan se habia roto la cabeza intentando salir por la ventanilla, talvez con el intento de cojer aquel pañuelo olvidado en mal hora por el carcelero.

En Febrero de 1884

FIN.

LO QUE ELLA CANTABA

Hace ya para dos años que una noche, al salir del teatro, me encontré con un antiguo amigo de colejio, el cual no salía jamas a parte alguna ni ménos al teatro. Sorprendióme tan extrañamente el verle en una pública diversion, que junto con estrecharle la mano, brotó de mis labios esta indiscreta frase:

—¡Hombre, tú por acá? ¿Qué misterio encierra esta calaverada? Porque en tí es gran calaverada lo de venír al teatro, cuando ni siquiera vás a casa de tus amigos.

—Si no hai tal calaverada, sino que Gounod me enloquece, que su música es la única que me desencastilla de mis manías i que, como esta noche cantaban *Fausto*, vínome en deseo oir tan bella partitura. I aquí me tienes. No ha imás.

Mi amigo era de natural reservado i casi nunca hablaba de sí propio. Así, pues, creí prudente no insistir sobre el particular i darme por satisfecho con la explicacion recien oída, no obstante que en

aquel mismo mismo punto creció en mi mente la sospecha de que alguna causa misteriosa influía en aquella exajerada pasion por la música de Gounod.

Ambos quedamos silenciosos i como nuestras casas estaban en una misma calle, dirijímosnos juntos a ellas.

La noche era linda, serena, clara, perfumada. Ninguna estrella lucía en el firmamento. La luz de la luna inundaba sóla la azul inmensidad.

La vereda por que caminábamos, iluminada por esa misma luz cuyo tibios i blancos rayos helaban sus reflejos quebrándose en las duras losas del pavimento i tiñendo la acera con la albura deslumbradora del mármol, contrastaba de una manera fantástica con la del frente que, sumerjida en las tinieblas inpenetrables de la sombra, ocultaba con el crespon de la oscuridad, la mitad de la solitaria calle.

No recuerdo de qué hablabamos en esos instantes: talvez de la regular ejecucion de la ópera, talvez de las inmortales bellezas que la antigua leyenda de Fausto arrancó a Göethe i a Gounod o talvez ìbamos silenciosos soñando cada cual las inexpresables imajinaciones que nacen en el alma a la contemplacion de la hermosura sublime de las noches de luna. Ello es que no recuerdo lo que hablábamos, mas sí recuerdo que a poco andar, mi amigo se detuvo i me preguntó:

—¿Oyes?

Puse atento el oído i escuché entónces el eco lejano de una melodía que, partiendo de una garganta de mujer i envuelta en las ondas infidentes del aire, venía rodando por el espacio hasta espirar mui quedamente cerca de nosotros.

Habíamosnos detenido para que nuestros pasos

no empañaran la nitidez de tan sobrehumana voz que llegaba a nuestros oidos desde lejos—cual si viniera del cielo.

Entre tanto mi compañero murmuraba en voz baja i como hablando consigo mismo:

—Eso es de Gounod, sí; eso es lo que ella cantaba..... lo que ella cantaba!

I luego, dirijiéndose a mí, agregó en voz más alta:

—¿Quiéres que oigamos de cerca ese canto?

Apresuramos el paso, doblamos la esquina i ya oímos mejor la voz que cantaba. Al mirar a lo largo de la calle, vimos, a corta distancia de nosotros, una ventana abierta en los altos de elegante casa. De allí partía la voz i al pié de esos balcones nos quedamos mucho rato.

¡Qué voz aquella, Dios mío! Era una voz de soprano, no mui aguda, pero de timbre bellísimo e impregnado de tal sentimiento i de tal dulzura, que llegaban a lo último del alma sus notas transportando suavemente el espíritu a las rejiones divinas del soñar.

Mi amigo decía extasiado:

—¡Qué voz i qué música! Una mujer así i la *Serenata* de Gounod!

Pasó un momento i luego que la voz calló un instante, como escapadas del alma, salieron de sus labios estas palabras:

—¡Sublime ¡sublime! Esa mujer canta la *Serenata* casi tan bien como Ella la cantaba.... Ah! La *Serenata*,..... No hai música tal como esa; pero tampoco hai mujer como Ella, tampoco hai voz como la de Ella!

Entre tanto, la voz no había vuelto a cantar i el piano había enmudecido.

En esto, pasado ya el májico subyugador efec-

to que la *Serenata* de Gounod producía en mi compañero, tornó él en su acuerdo i como yo le preguntara qué significaba el nombre de *Ella* pronunciado con tan insólita vehemencia, me respondió:

—Has sorprendido, sin que yo lo pensara, la interioridad más intima de mi alma. Creo de consiguiente, que tienes derecho a saber por qué me enloquece tanto esa *Serenata* i voi a explicártelo, despues que me digas quién vive en esta casa, quién es el ruiseñor que hemos oido i de quién es la jaula que le encierra.

No pude contestar en ese instante a tales preguntas porque ignoraba absolutamente hasta el número de aquella casa. Pero al dia siguiente supe que la habitaba una pareja de recien casados; los cuales se lo llevaban dentro de ella los dias enteros sin que persona humana les viera la cara mas que los Domingos en misa; por donde se sabía que *ella* era mui hermosa i *él* mni gallardo i amante. En las noches sí que solía vérseles, cojidos estrechamente del brazo, pasear por las solitarias calles vecinas en mui animada conversacion. Tornaban despues a la casa i ahí, acompañada al piano por su marido, cantaba élla los romances mas lindos i sentidos i aún no pocos trozos de óperas notables. Los vecinos que estas cosas me contaban, habían escuchado ya más de una vez el *Pietá Roberto!*, *Le Lac*, *Alla Stella Confidente* i otras melodías semejantes. Todos envidiaban la sublime dicha de tan enamorada pareja: los mozos mormurando: «¡Quién tuviera una mujer como ésa! ¡Feliz él!» I las niñas pensando calladamente: «Feliz élla!»

—Mañana, repliqué entónces a mi amigo, contestaré a tu pregunta averiguando cuya es la pa-

reja que aquí vive. Porque, de cierto, es pareja de amantes: ninguna mujer puede cantar con tanto sentimiento sino delante del que ama. Miéntras tanto, bien será que respondas a mi pregunta.....

—Voi a hacerlo, dijo él; mas como no estamos léjos de casa, vén conmigo a tomar té i oirás una historieta que nunca, hasta el día, salió de mis labios i que, a tí, que eres aficionado a escribir, podrá servirte para componer algun cuentito en que se pruebe que, apesar del decantado materialismo de este siglo, aun hai hombres en el mundo que tienen verdadera alma; que saben sentir, amar i comprender a las mujeres como éllas merecen, sueñan i desean ser comprendidas; i que cifran su mas lejítimo orgullo en abrigar todos esos dulces sentimientos i esas grandes ideas con que adorna la mujer la imájen del hombre de sus ilusiones.

En este punto sentimos el ruido de un balcon que se cierra. Miramos hacia arriba i vimos que una mano, de hombre al parecer, por la fuerza de sus movimientos, cerraba entrambas hojas de la ventana.

Un instante despues, apagábase la luz de aquella estancia i echábamos a andar silenciosos i pensando:

—Eso es lo que he soñado siempre. Una mujer, un amor, una casa i unas noches así!

Dos horas más tarde llegué a casa i me puse a escribir el siguiente sencillísimo relato que acababa de oir a mi amigo:

I.

Desde niño soñé siempre a la mujer amada con mui linda voz i con mui buenas disposiciones para el canto. Parecíame que, sin este requisito, élla no podía ser todo lo ideal, todo lo perfecta que en mis deseos me la figuraba. Parecíame tambien que, de todas las dichas del amor correspondido; de todas las más poéticas escenas de la vida de dos esposos enamorados; de todos los encantos de la mujer amada, ninguno podía igualar a los de una de esas escenas que llamaré líricas, del matrimonio, en que la esposa, no contenta con ser el cariñoso ánjel guardian del hombte que la adora; no contenta con ser el calor i la luz, la reina i el alma de ese nido que se llama hogar de un matrimonio, quiere ser además el ave, el ruiseñor de ese nido i entónces...canta! I entónces la dicha llega a su más alta cumbre, porque llega verdaderamente al lirismo. I ya se sabe que el lirismo es siempre la nota última, la línea más alta, el término más acabado de todas las expresiones.

¡Cuán dulce debe de ser, me decía, oir el canto de un ruiseñor que solo para mí gorjea; que escoje sus temas de mis melodías favoritas; que me dice con el lenguaje vago i misterioso, pero expresivo i sublime de la musica, cuánto de palabras no puede explicarme, i cuántos sentimientos se ajitan en él que, por ser demasiado puros, demasiado tiernos, no caben en el ritmo mezquino de una frase, i buscan para espaciarse el campo inmenso de una melodia! ¡Cuán dulce debe de ser

escuchar de la misma boca adorada que siempre me sonríe, esas frases musicales que con sólo cuatro o cinco notas hieren las cuerdas todas del harpa del sentimiento, i penetran i se graban en nuestra alma mejor que penetran ni se graban mil palabras i mil períodos del más elocuente de los lenguajes! ¡Cuán dulce debe de ser el que esas frases musicales, cantadas con la verdadera inspiracion del arte, vengan dirijidas solamente a mí i sean, ántes que obra musical de Gounod, de Niedermeyer, de Robaudy o de Matei, manifestacion arrobadora del alma que mas quiero, expresiones de un corazon tierno i apasionado que, en forma de armoniosos torrentes de melodías, derrama sus sentimientos todos en el mío! I en una palabra, ¡cúan grato me fuera que la misma voz que me ha de jurar amor eterno en los altares, sea, además de la voz de mujer i de ánjel que me ha subyugado con sus acentos tímidos i suaves, la voz del ruiseñor que me hechice, que me fascine, que me enloquezca con los arpejios tiernos de su canto!

¡Ah! Yo no me enamoraré nunca ni me casaré jamás sinó con una mujer que tenga muchas disposiciones i mucho amor por el canto. Poco me importa que su voz no posea timbre ni extension extraordinariamente notables, con tal que posea gusto i sentimiento para cantar. Poco me importa que tenga mucho o poco estudio, con tal que sepa cantar algo de mi gusto i para mí solo.

Estas cosas pensaba cuando llegaron los días en que me enamoré por primera i por última vez. Te advierto que no me enamoré, como los más, repentinamente, en un sólo día o, como quien dice, de golpe i zumbido: mui al contrario. Recien salido del colegio, la ví a *Ella* un día

i, como es natural, me pareció mui simpática. Segunda vez hube de verla algunos meses más tarde, i entónces connoté la simpatía que me inspiraba. Torné a verla despues i ya no había, para mi gusto, tan hechicera persona como *Ella*. Volví á verla algunas veces más, con lo que mi único afan era verla nuevamente i mi única dicha, mirar sus bellos negrísimos ojos, que jamás se habían puesto en mí; su boca pequeñísima i agraciada más allá de lo decible; sus cabellos oscuros que, en sortijadas guedejas, besábanla en las puras sienes, en la pálida frente, i caían por su espalda en forma de larga trenza que enredaba siempre las miradas mías entre sus hilos interminables de seda; i en fin, sus monísimas manos, sus piecesitos i su cuerpo, mas gentil i perfecto que cuantos había yo visto. Empero, lo que más me desatinaba, era aquel su andar inimitable de pasitos cortos, llenos de gracia i de garbo a par que de modestia i timidez. En el cual andar yo veía algo de un andar de palomas sobre la nieve.

Así, de poco en poco, íbame enamorando de *Ella* hasta que un día la conocí personalmente, supe por buen conducto cuanto había que saber de *Ella* i despues de estudiarla con frialdad, vine en convencerme de que *Ella* era el mismo sér que yo había soñado tantas veces, de que tenía perfecciones intelectuales i morales que no se hallan casi nunca juntas en el mundo, de que era en verdad—no por vana ficcion de enamorado, como tantas otras mujeres,—ánjel del cielo en la tierra, i de que, en fin, yo había nacido para *Ella*, aun cuando *Ella* no hubiera nacido para mí sino para cualquiera otro de menores imperfecciones i mayores méritos que yo.

Tu conoces, amigo mío, el pensar i el sentir

que tengo respecto de la mujer, del hogar i de la felicidad. De esas mis ideas, inferirás sin trabajo con qué profunda terneza, con qué viva intensidad, con qué inmenso sentimiento me enamoré de *Ella* dedicándola todas mis facultades i mis pensamientos todos. Ya mis acciones no tuvieron más objetivo ni más móvil que *Ella* i ya la vaguedad de mis ensueños se precisó en un ser fijo i todos mis ideales se confundieron, se adunaron i tuvieron un nombre: el nombre de *Ella*. Ya mi existencia adquirió invariable norma en que inspirar sus actos. Ya en el camino de mi vida encontré una luz hácia la cual enderezar mis pasos i una estrella en que poner mis esperanzas.

Si estudiaba, era sólo a intento de llegar a ser algo a los ojos de *Ella*. Si trataba de mejorarme, si quería hacerme meritorio, era sólo con el loco anhelo de ser ménos indigno de *Ella*..... Pero ¿a qué decirte cómo la amaba, cuando ni es menester que lo haga ni atinaria a hacerlo más que lo intentara? i ¿a qué intentar la pintura de lo que en la pintura no cabe?

Si tu sabes lo que es el verdadero amor; si tu conoces ese amor inmenso del alma que todo lo absorbe en sí, que de todo es capaz, i que gasta la vida entera de un hombre, imajínale en mí i perdona la vanidad de que pretenda haber sabido amar; perdónala, porque es la única vanidad que tengo i el sóle orgullo de mi vida!

La adoraba con todo mi corazon, con el hondo convencimiento de que *Ella* era el sér más perfecto de Dios creado, con la profunda certeza de que jamás dejaría de amarla i... sin embargo, debo confesarte, en honor de la verdad, que todavía ignoraba yo si *Ella cantaba* o no *cantaba!* El amor

del corazon habia procedido, como siempre, sin consultar los planes de la cabeza. Al enamorarme no reparé en si *Ella* tenía o nó aquel requisito del canto que tan indispensable juzgaba ántes para mi completa felicidad.

De su voz, no me eran conocidos más que los acentos sin iguales de la palabra. Verdad que nunca he escuchado acentos de palabra humana tan bellos como esos; verdad que su hermosa voz, llena siempre de inimitable dulcedumbre i de entonaciones suavísimas, delicadas i apenas perceptibles, no había menester cantar para ser música sublime, a mis oidos; mas por esto mismo, extrañábame con mayor viveza de no haber averiguado ántes si *Ella* cantaba o no cantaba; por que si me hubieran dicho que *Ella* no cantaba, la nueva llegara ya demasiado tardía para cambiar mis sentimientos.

¿I *Ella*? dirás tu. *Ella*, era, apesar de niña, i de niña hermosísima, persona mui séria con lo que yo más la adoraba. Fué siempre severa conmigo i jamás me manifestó ni simpatía ni antípatía; ni amor, ni desprecio, nada, absolutamente nada. Por manera que con su amable indiferencia, que así debe de llamarse su conducta para con mis manifestaciones, ni me impedía fundar las mas risueñas esperanzas para el porvenir ni me impedía desesperarme a cada instante de mi desdicha i de mi negra estrella.

Como yo era muchacho todavía i como aun me faltaba mucho para hallarme en situacion de pretender sériamente a una mujer, hubiérame puesto en ridículo i quedado de chiquillo sin juicio si en aquel entónces me acercara a *Ella* para pedirla atrevidamente su amor, su desden, o su odio: que alguna de las tres cosas había de dar-

me. Resignéme, por tanto, a seguirla amando silencioso, consolándome sólo con esta idea: Si alguna vez llego a la felicidad que ambiciono, mi dicha será tanto mayor cuanto más la haya aguardado; i si alguna vez llego a la desdicha que temo i veo probable, esta durará tanto ménos, cuanto más tarde llegue. Así, pues, todas mis ilusiones se acendraron con el tiempo más i más, a tal punto, que algunos años despues, como que eran parte íntima de mi propia naturaleza. Calcula tú con qué vehemencia esperaba yo el día en que, mediante la autorizacion que me prestarian, el ser ya un hombre formado i el haberla querido durante toda mi vida con más alma que ninguno de sus muchos adoradores, pudiera exijir de los preciosos labios de *Ella* sinó un *sí* de amor que talvez no se hizo para mí, al ménos un *nó* de desden que se ha hecho para cualquiera.

II

Era una noche de invierno. Oscuro estaba el cielo, fría la atmósfera i el alma, soñando con más fuerza que nunca en los dulces calores de un futuro hogar propio.

Como todas las noches, yo había salido a andar. Andaba sin rumbo i por andar, nada más que por andar, de suerte que, sin quererlo ni pensarlo, mis pasos sedirijían con frecuencia a la calle en que moraba *Ella*. Jamás pasaba de dia por allí, pues ni tenía tiempo para ello, ni me gustaba adquirir reputacion de ocioso i de azotacalles i, sobre todo, *Ella* no se asomaba nunca al cancel de sus siempre cerrados balcones. Mas, lo que a

la luz de sol no me gustaba hacer, hacíalo, sí, cobijado a las sombras de la noche, porque aun cuando tampoco la veía, hallaba melancólico, recóndito gozo en ver las ventanas de su casa, en pasar por aquellas veredas que tantas veces había *Ella* pisado, en divisar a traves de las rendijas de los postigos i por los vidrios de los tragaluces, la luz de la misma lámpara cuyos rayos, junto con acariciar mis ojos, acaso besaban el hechicero rostro de mi adorada cayendo sobre algun libro que quizás leía i esclareciendo las mui negras sombras de sus mui negros ojos. ¡Con qué delicada i profunda delicia respiraba yo el aire de la noche al saber que, no léjos de allí, aunque oculta a mi vista por las importunas paredes de su casa, estaba *Ella* perfumando el ambiente con su presencia i respirando el mismo aire que yo respiraba!.....

Pero, sin quererlo, amigo mío, te estoi refiriendo pequeñeces e intimidades que talvez no te interesan: dispénsalas; tú no sabes con qué fuerza me agobia a veces la necesidad de desahogar mi alma, de airear mis comprimidos sentimientos! Ah! i tú no sabes tampoco cuánto placer me regalaban esas nimiedades que impensadamente te he narrado! Si llegares alguna vez a situacion semejante a la mía, comprenderás sólo entónces lo que digo. En fin.....abreviemos:

Aquella noche salí, como siempre, solo. Andando, andando, llegaba ya a donde todas las noches:...a casa de *Ella*, cuando detuvieron mis pasos, suavísimos acordes de piano que partían de casa de mi amada. Dióme al punto en el corazon que algo mui bello iba a oir: así, pues, aproximado cuanto era posible a la ventana de que sa-

lían los acordes musicales, contuve el aliento i me puse a escuchar...

La calle continuaba solitaria, i sosegada i oscura.

No me engañé: terminados los brevísimos acordes primeros, que preludiaban con su sencillez el acompañamiento de alguna voz humana, hendió el aire una nota de canto...Digo mal, que no era nota de canto; era acento de ánjel, era acorde célico de harpa sobrehumana, era nota sublime, más dulce que los trinos del canario que canta i enamora a su amada desde el alta copa del árbol en que élla anida...Aquella nota me hirió rápida en el tímpano i sin detenerse en él, corrió veloz hasta clavárseme en lo más hondo del alma. En pos de esa nota vinieron otras que con la fuerza de su tiernísima dulzura llegaban hasta mí rompiendo las paredes de la casa i resonando tan cercanas a mis oídos, como cercana está del hijo la voz cariñosa de la madre que le adormece.

Yo no había oído nunca aquellas melodías sin iguales i sin embargo, desde sus notas primeras, comprendí toda la melancolía de sus suaves compases; compases que, en la terneza encantadora de su ritmo, tienen algo de adormecedor que arroba el alma i la lleva mansamente al éter puro de los ensueños.

Yo no había escuchado jamás aquella voz i no obstante, desde su modulacion primera, figuróseme voz en sueños conocida i repercutió tan en lo último de mis adentros, que su timbre indescriptible vibrará eternamente en mis oídos.

¿Qué melodías eran esas? ¿Qué cualidades tenía aquella voz i cuáles la faltaban? No lo sabía ni me importaba saberlo. Sabía solo que esas melodías me enamoraban i que aquella voz me

enloquecía: Aquella voz, era, pues, sin duda, la voz de *Ella*, i sin poseer dato alguno, así lo hubiera jurado por lo más caro de mis afectos. Parecíanme sus acentos tan bellos, tan únicos, tan de ánjel, que solamente en *Ella* les concebía. Además ¿qué voz en el mundo, que no fuera la suya, podía producirme la honda, la imborrable impresion de aquellos instantes? I luego, yo tenía la intuicion de que *Ella* cantaba, tenia la certeza de estar escuchando su voz, porque, aun cuando *Ella* no se hallaba delante de mis ojos, yo la veía en aquel momento delante de mi espíritu. Yo la veía de piés, junta al piano en que talvez su bondadosa tía tocaba; veíala buscando en el cielo el ideal de su inspiracion; veía el mirar impensadamente melancólico que tenían casi siempre sus negrísimos ojos enloquecedores; veía sus oscuros cabellos descojidos,—como solía entónces usarles,—que jugaban en sedosos ricillos sobre su frente pura; veía la expresion incomparable, enamoradora de su hermosísima faz; veía hasta su blanca manecita derecha apoyada con blandura en el extremo del teclado, i veía en fin, cómo de cuando en cuando, ponía sus ojos en la pieza de música i con la exquisita i tímida suavidad de todos sus movimientos, volvía la hoja de la pieza mientras exhalaban sus preciosos labios la sentidísima melodía que acompaña a estas inolvidables palabras:

Ton doux chant me rappelle
les plus beaux de mes jours.
Ah! Chantez, chantez ma belle,
chantez toujours!

De repente la voz se apagó, el piano expidió su

última nota i todo volvió al silencio. Sin embargo, yo quedé aun por largo espacio oyendo aquella voz celestial tan cara al alma mía i aquellas notas tan suaves, tan tiernas, tan melancólicas. ¿Cuánto rato continué absorto, enclavado en la desierta calle como exánime estátua i creyendo oir todavía los sones dulcísimos i vibrantes que partieron de la garganta de mi amada? Nunca lo supe i sólo recuerdo que no salí de mi ilusion hasta que los bellos acordes de uno de esos sentidos valses ingleses de Caroline Lowthian, me dijeron que el encanto había cesado.

A pesar de esto, muchas veces se me figura que ese encanto no ha concluído i que aun subsiste mi ilusion. I es que yo oigo siempre esa bella voz. I es que yo oigo siempre esa triste melodía.

III.

Demás fuera decirte que en toda aquella noche memorable no pegué un instante los ojos.

La imájen de *Ella* que, de pié, cantaba delante del piano, no se apartó un momento de mi fantasía i el aire tierno, lánguido i suave de la sin par melodía, vibraba siempre en mis oídos con el timbre divino de la voz de *Ella* i acompañado por unas palabras que desde entónces resuenan perdurablemente en mi memoria.

¡Cuántas veces en la noche, al pensar que mientras yo me agitaba desvelado en mi lecho, *Ella* dormía talvez el sueño casto e inocente de los ánjeles; cuántas veces mi pensamiento se representaba la imájen de *Ella* dormida i la dirijía atrevido aquellas frases de la melodía:

Quand tu dors calme et pure
dans l' ombre, sous mes yeux,
ton haleine murmure
des mots harmonieux,
ton beau corps se revêle
sans voile et sans atours...
Ah! Dormez, dormez ma belle,
dormez, dormez toujours!

¡Qué noche, Dios mío! I cuán felíz me sentía sabiendo de cierto que *Ella* cantaba! Ni cómo era posible que *Ella*, suma i compendio de todas las perfecciones, no poseyera la más divina de las gracias: la de cantar!

¡Cuán feliz me sentía al pensar en la remota posibilidad de que alguna vez en mi vida pudiera esa voz adorada cantar hermosas melodías a solas, junto a mí, acompañada por mí i tan sólo para mí! ¡Con qué honda sinceridad, con qué loca ebriedad de dicha la diría entónces al oído, recordando esa pasada noche:

Ton doux chant me rapelle
les plus beaux de mes jours...

i con qué vehemente anhelo la suplicaría desde el fondo de mi corazon:

Ah! Chantez, chantez ma belle,
chantez toujours!

Sin duda que eran mui locos mis sueños; empero yo les consideraba del todo inocentes, porque ¿a quién ofendía con ellos?

Al siguiente día, guiado por las palabras que acompañaron a aquel canto, me dí a buscar la me-

lodía a fin de conocer el nombre de la pieza, el del autor de la música i el del autor de la letra. Abrigaba la certeza de que estos dos últimos no podían ser sino dos grandes nombres. I a fé que no sufrí engaño, porque el nombre del poeta, era Víctor Hugo i el del músico...¿no has adivinado que el del músico era el nombre inmortal de Gounod.

La pieza que había oido aquella noche, era la *Sérénade de Charles Gounod*, la misma que hemos escuchado hace pocos momentos, la misma que oigo i oiré toda mi vida.

¿Comprendes ahora porqué me enloquece *Gounod?*

La *Serenata* me gustaba tanto, que, si bien no sé música, conseguí, despues de algun tiempo, tocarla en el piano. La pieza es fácil i sus sencillas melodías estaban tanto en mi oído, que sin muchas dificultades, pude ejecutarlas en el piano. Por las noches, cuando regresaba a casa i solía hallarme solo, sentábame al piano i mientras de mis pensamientos brotaba la hermosa imájen de *Ella*, de las notas del piano brotaban las melodías tiernas de la *Serenata*. Veníame a las veces el deseo de cantarla, pero luego le rechazaba pues creía profanar con mi intento la voz de *Ella*. Contentábame entónces con recitar en voz mui queda i acompañado por el piano:

Ton doux chant me rapelle
la plus belle des mes nuits...

Desde esa noche no hai música para mí como la de Gounod. Desde esa noche la *Serenata* me entusiasma i conmueve con tal extremosidad, que aun ahora, cuando vuelvo a oirla, siento desde

los primeros compases, impulsos de llorar en los ojos; i en la garganta, ese nudo ahogado con que nos embargan la voz las grandes impresiones.

IV.

Algun tiempo despues partí de Santiago al largo viaje que tú sabes. Tres años interminables anduve léjos de *Ella* i fuera de mi patria, que fué para mí como vivir un siglo en la más triste desesperanza. El paternal amor de mis padres me enviaba a perfeccionar mis estudios en Europa i a arreglar ciertos asuntos de familia; i como buen hijo, hube de resignarme a darles gusto sometiendo mi amor a los tormentos inenarrables de una larga ausencia.

Partí, por fin, llevando de *Ella* unos bellísimos retratos que me distraían de mi habitual tristeza con los simpáticos rasgos de la amada figura que representaban. En ellos miraba de continuo los ojos que tan lejanos tenía i era el único de mis consuelos el ponerme a copiarles yo mismo i tocar en seguida las dulces melodías de la *Serenata*, pensando que al rodar los acordes de éstas sobre las murmurantes olas del mar, quizás llevarían hasta mi patria, envueltas entre las ondas de sus armonías, el eco perdido de alguno de mis enamorados suspiros.

Imajina tú cuál sufrí en aquella ausencia i cuál sería mi gozo al tornar a ver las playas de mi patria, esto es, al volver a respirar el mismo aire que *Ella* respiraba, al volver a contemplar las mismas cordilleras, las mismas nubes, los mismos astros i el mismo cielo que en los ojos de

Ella se miraban. Imajina tú con qué loca ansiedad volví a verla a *Ella*; a *Ella*, cuya imájen no se había huido un instante de mí, sinó que, al contrario, había, con su presencia, conservado intacto todo el amor inmenso del alma mía.

Como yo era hombre formado ya, mi primera dilijencia al regresar a Santiago, fué buscar quien me llevara a casa de mi amada. El propio día de mi llegada, encontré a un bondadoso amigo que al punto concertó mi visita para de allí a pocas noches.

Lo que por mí pasó en la noche inolvidable de aquella visita, cosa fué que no refiriera debidamente ni la pluma más insigne, cuanto ménos la palabra mía. Imposible es que te figures las mil violentas emociones que estremecían mi corazon cuando estreché la blanca mano de *Ella*. Imposible es que te figures mi profunda turbacion cuando por primera vez en tan largo tiempo, escuché los suaves acentos de esa voz que tantas noches me dejara insomne.

Ella estaba más hermosa que ántes. Su desarrollo físico se había completado maravillosamente. Sus ojos, siempre tan bellos, i ahora algo más sombreados, i con mayor fijeza en el mirar, denunciaban que *Ella* había llegado ya a la edad en que se sueña mucho al dormir i en que se duerme poco al soñar. Su boca, siempre perfecta; i siempre con esa sonrisa enamoradora que prestan la inocencia del alma, los lindos dientes i los labios agraciados. Toda *Ella*, en fin, tan hermosa como ántes, más hermosa que ántes i su conducta para conmigo, tambien como ántes: amable, pero indiferente: indiferente; pero amable.

A poco de estar allí, i pasado ya el lijero relato de mi viaje, entró de visita al salon un jó-

ven de buena presencia, de mui simpática figura i que fué recibido con suma cordialidad i cual corresponde a los amigos de confianza de una casa. No le conocía, de suerte que al punto le fuí presentado.

Reparé que él daba la mano con efusion i aun con fuerza. Parecía ser persona apasionada. Yo tambien dí la mano siempre efusivamente i sin embargo, al estrechar la suya, noté que no había en nuestro saludo ni apreton, ni cordialidad alguna, i apénas si un débil asomo de la helada cortesanía que imponen las reglas de una buena educacion.

Disimulé la reveladora idea que este incidente me produjo, i dirijiéndome a *Ella*, la pedí cantara alguna romanza o lo que fuera más de su agrado.

—¿De dónde ha sacado Ud. que yo canto?,—me dijo *Ella*, entre sorprendida i risueña.

Por primera vez me vino a los mientes que en verdad yo no poseía ningun dato positivo para asegurar que *Ella* cantaba, de forma que evadí la respuesta, replicando atrevidamente con esta nueva pregunta:

—Pero ¿no canta Ud?

—Sí, mas no me atrevo a hacerlo nunca delante de jente.

—Canta, no más, hijita, (interpuso la bondadosa mamá): sé complaciente i no tengas miedo.

Indecisa estaba *Ella* todavía, cuando el recien llegado agregó:

—Sí, sí; sea Ud. complaciente. Vea. ¿Por qué no nos canta la *Serenata* de Gounod? Nadie interpreta como Ud. esa pieza.

—¿Ud. se la ha oído?—pregunté yo al jóven afectando gran naturalidad.

—Sí; i muchas veces,—respondió el interpelado, mirándome profundamente.

—Sea, expuso *Ella;* la cantaré, pero a condicion de que el que ha pedido la *Serenata,* la cante en seguida. Tambien yo sé que Ud. canta.

—I ¿por qué no la cantan a dúo?—insinuó la simpática tía de *Ella;* aquí tenemos la transcripcion para soprano i tenor.

—Por mi parte...repuso el jóven.

No sé que confusa sombra pasó por mi cerebro. Creí un instante que *Ella* i él estaban de acuerdo para burlarse de mí. Al punto abandoné la idea con respecto a *Ella:* la creía, i la creo tan buena, que me repugnó vivamente la sospecha de que en su alma pura se albergaran los sentimientos incompasivos do una burla cruel. Empero, al ver la confiada suficiencia con que el jóven iba a cantar, sentí leve escozor en mi amor propio i para suavizarle, dije confiadamente:

—Completemos el concierto: yo les acompañaré en el piano la *Serenata.*

—¿Sí? Qué buena idea!—exclamó la vivaz madre de *Ella.* Mui buena. Aquí tiene Ud. la pieza..

Me senté delante del piano i tras de mí, a la izquierda, colocóse *Ella* de pié, reflejando su hermosa faz, juntamente con la del jóven que iba a cantar, en el ancho lujoso espejo que descansaba sobre el piano.

Comenzó el canto.

En las primeras notas:

Quand tu chantes bercée
le soir entre mes bras,
entends tu ma pensée
qui te répond tout bas?,

no miré ni al espejo ni a la pieza de música. Como tantas veces había tocado a mis solas la *Serenata*, sabíala ya mui de memoria, de suerte que, al escuchar los acentos bellísimos e incomparables de la voz de *Ella*, cerré instintivamente los ojos i dejé que se agolparan a mi fantasía los más locos ensueños. Figurábaseme ya que estaba a solas con *Ella* acompañando en el piano las notas inspiradas i sublimes que, partiendo de su garganta sin igual, venían a herir el alma mía, cuando una firme, robusta voz de tenor que cantaba con bastante sentimiento:

Ton doux chant me rappelle
les plus beaux des mes jours,

me sacudió las anteriores ideas i me hizo abrir los ojos, recordar en dónde me hallaba, atender más al acompañamiento i por último, mirar sin saber porqué, al espejo.

¡Ojalá nunca hubiera mirado!

¡Ai! ¡Con qué profunda, elocuente fijeza sorprendí enclavados los ojos claros. parleros de él, en la sombra oscura de los ojos negrísimos de *Ella!* I cuán punzadora i dolorosamente llegó esa mirada al fondo de mi corazon!

El no la miraba realmente: mirarla de tal modo en un salon i en su propia casa, habría sido, en verdad, atrevimiento demasiado inaudito, demasiado imperdonable: miraba sólo la imájen de *Ella* en el espejo! Miraba, pues, los ojos de *Ella*, sin mirarles!

¿I *Ella?...Ella* bajaba los ojos i se veía aun más hermosa; pero en la intranquila movilidad de sus largas pestañas, en la ajitada inquietud de sus párpados, transparentábase que sentía toda la

fuerza de la mirada profunda i ardiente del cantor. I en la seguridad de su clara entonacion, en la frescura de su tierna voz, translucíase que si aquella mirada no la alegraba, al ménos tampoco la desazonaba en lo más mínimo.

Mi mano quiso entónces turbarse i cortar así una escena en que yo quedaba demasiadamente desairado. Pude contenerme, sin embargo, merced a la habitual tranquilidad de mi carácter, la cual me permitió volver a escuchar la voz de él, que, mirando el rostro sonriente de *Ella*, seguía cantando:

Quand tu ris, sur ta bouche
l' amour s' épanouit;
et soudain, le farouche
sonpçon s' évanouit.
¡Ah le rire fidèle
prouve un coeur sans détours....
Ah! Riez, riez ma belle,
riez, riez toujours!

Al llegar a este punto, mis manos se negaron a obedecerme, i no pudiendo ya soportar más tiempo el insufrible martirio de ver la expresion de los rostros de los que cantaban, exteriorizóse mi turbacion, con lo que creció mi tormento.

Lo que más me hería era el *Riez, riez ma belle!* que cantaba el jóven con insultante ironía i como diciéndole a *Ella: Riez, riez ma belle; mais riez de lui!*

¡Ah! Yo no tenía duda: ese tácito *lui*, esa risa interminable de entrambos, se refería a mí, a nadie más que a mí!

Aunque mis ojos se habían nublado por la impresion, hice un supremo esfuerzo, i torné a mi-

rar al espejo i ¡oh Diós! ¿por qué no cegué entónces? Yo ví que *Ella* obedecía sumisa a esa órden de: *Riez, riez ma belle.* Yo ví que *Ella* me miraba fijamente i que, en efecto..., reía!

Aquello era demasiado para mí. No sé si todo fué vision o mentira, mas no debió de serlo, porque en esos instantes, a pretexto de volver la hoja de la pieza, recuerdo que arrojé las pájinas musicales al suelo i puse así repentino fin a aquella escena que martirizaba mi amor a *Ella* i hasta humillaba mi amor propio.

Creo que cuando dejé de tocar, éllos dejaron de cantar: no lo sé de fijo, porque mi pensamiento estaba absorto en otras ideas i mis ojos no veían más que la risa de él i la sonrisa de *Ella* i en mis oídos zumbaba sólo un: *ma belle, ma belle,* tan expresivo, que decía claramente que él era ya dueño del alma de *Ella.*

I en efecto: éllos se amaban.

Perdidas en un minuto las esperanzas de toda mi vida; destrizadas en un instante mis más caras ilusiones, aquel golpe me anonadaba con crudelísima brusquedad. Ne te extrañará, por tanto, que, en lo restante de aquella terrible noche, quedara como alelado, sin darme cabal cuenta de lo que acontecía, i sin nunca acabar de medir la inmensidad de mi desdicha.

Abrevié cuanto pude la visita i salí por fin, azorado, i con ánsia febril a la calle. Sólo entónces, i despues de haber aspirado por largo espacio el ambiente frío i puro de la noche, vine a abarcar con el recuerdo cuanto había ocurrido.

En esa noche, como en la primera en que oí la *Serenata,* no pude dormir un instante. Pero ¡ai! que tampoco pude acariciar las ilusiones i las esperanzas que entónces me acariciaron!

Jamás podré pintarte cuanto por mí pasó en aquella noche eterna i apénas si te dará bosquejo pálido de ello, la desgarradora estrofa de Becquer:

Ni sé tampoco en tan horribles horas
en qué pensaba i qué pasó por mí;
sólo recuerdo que lloré i maldije
i que en aquella noche envejecí.

¡Ah! Yo tambien lloré i maldije i envejecí!....

Envejecí, hasta en el alma, porque desde esa noche no me siento jóven como ántes i sí, siento que no tengo ánimos para nada sino es para desear que las alas negras del ánjel de la muerte vengan pronto a reemplazar a aquellas alas blancas del ánjel de la esperanza que en otros tiempos se cernía cariñoso sobre mi triste lecho.

¿Comprendes ahora por qué me gusta tanto la música de Gounod? ¿Comprendes ahora por qué tengo siempre vivo el recuerdo de esa *Serenata* sublime que me simboliza en una misma melodía la noche más feliz de mi existencia i la noche más aciaga de mi vida?

Aun ahora, como ya no salgo a andar de noche, suelo a veces sentarme al piano i tocar la *Serenata*. I ¡ai! amigo, cada día me parece más triste esa música i cada día la amo más, porque, comprendiendo que ya no debo de amar a la mujer que eso cantaba, he intentado amar lo que esa mujer, *lo que Ella cantaba!*

Septiembre de 1885.

BESARSE Y MORIR

I

Era una palomita, como la pureza blanca i tan linda que más no se concibe. Tanto sentimiento, tanta ternura había en su arrullo, que muchas veces pensé:—¿Si tendrá alma de mujer esa paloma?—o ¿será que la mujer tiene algo de paloma en la terneza de su alma?

Su vivienda era un palomar que formaba el tejado de nuestra casa de campo. De suerte que yo la veía siempre salir por las mañanas i distinguíala mui bien, pues, sobre ser ella más hermosa que todas las otras palomas, tenía en mitad del albo cuello una manchita oscura, que no semejaba sinó un guardapelo que sobre el corazon llevara colgado como recuerdo quizás de su dueño.

No sé porqué nació en mí verdadero cariño por

la paloma i hubiérala talvez enjaulado para domesticarla i haberla a mano, a no saber que la libertad es el sólo aire que respiran con amor las aves.

Como eran caniculares los días en que acaeció la historieta que voi a referir, todas las mañanas a hora fija bajaba yo a bañarme en el limpísimo estero que corre vecino a nuestra casa, e infaliblemente, al apuntar la sombra del sol la hora dicha, veía salir al espacio a la blanca paloma de la mancha oscura en el cuello.

II

Una tarde salimos varios amigos a cazar i llegado que hubimos a parte del campo en donde no se veía persona humana, fuera de las nuestras, que eran cinco, aquel de nosotros que llevaba la escopeta mejor, pensó demostrarnos, junto con la certeza de su eximia puntería, el alcance extraordinario de su arma; que, dicho sea de paso, miraba él como timbre honroso de mucha prez el que su escopeta fuera mejor que la de los otros. En menos tiempo que se puede pensarlo, hizo los puntos i disparó sobre un pájaro que apenas si como un punto perdido se divisaba allá en la lejanía azul del espacio.

—¡Bravo! dijo el cazador; acerté i corriendo alegremente nos dirijimos todos camino adelante.

De allí a poco nos detuvimos i en ese instante vino a caer a nuestros pies, manando sangre de la herida i batiendo solamente un ala, la blanca paloma que tantas veces viera yo por las mañanas.

No creí al principio que fuera la misma. Empero, al ver en el nítido cuello del ave la mancha sombría que ornaba su blancura haciéndola más resaltar, convencíme de que era aquella la paloma que yo miraba todos los días salir ufanándose de su morada i perderse en los espacios en busca no sabía yo de qué. Sino que lo supe al mirar nuevamente a la avecilla moribunda i al ver que en su dorado pico llevaba alimento para sus hijuelos. Entónces comprendí que las diarias salidas de la paloma tenían por objeto proveer a la primera subistencia de tiernos hijuelos.

Al ver que el ave herida cayó a tierra i que su pura sangre roja comenzaba a manchar el verde del suelo; al ver que el disparo de mi compañero había herido a una paloma, símbolo tierno de la inocencia virjinal, sentí en mi adentro profundo disgusto por la caza (de la cual no fuí nunca aficionado); i al ver a aquella avecita desvalida que aun moribunda aleteaba tristemente, como queriendo subir una vez más al libre espacio para devolverse a su palomar i como anhelando llegarse pronto a sus hijos para entregarles el alimento ántes de morir, no pude ménos que tomar a la paloma en mis manos con grande afán i cuidado.

Limpiéla con mi pañuelo de su sangre fresca e inocente i ví de tornarla a la vida entre mis brazos cariñosos. Al efecto, llevémela en aquel punto mismo a casa, en donde, merced a los infinitos cuidados que todos la prodigaron, revivió en pocos días. A vuelta de los cuales días la subí a su palomar; porque siquiera no volaba todavía, conocíase en sus mansos i tristes arrullos que anhelaba vivamente tornar a su morada antigua i allí la puse alimento, ya que la herida que

la había desvalido un ala, la impedía volar a los aires en busca del sustento diario.

III

Discurrieron algunos días más, al cabo de los cuales, mi amigo, el de la buena escopeta, nos propuso una nueva partida de caza, diciendo que, cuando no le acompañáramos iría solo i que, como cuatro o más ojos ven mejor que dos, resultaría de ello que, al dejarle ir sólo a la partida, le exponíamos a herir quién sabe si hasta a algun cristiano, porque sus dos ojos no eran bastantes para explorar todo un campo.

Oídas tales razones i otras muchas que hubo de darnos—i de darme, particularmente a mí (a quien, dicho sea con perdon de Nemrod i de sus imitadores, hace poquísima gracia aquello de andarse matando pájaros no por atender a la propia sustentacion sino para regalarse con el divertido placer de *cazar*)—pusímonos en camino.

Salimos, pues, al cabo, los cinco mismos que pocos dias ántes fuéramos a idéntica empresa, i enderezamos nuevamente por el propio camino que entónces tomáramos.

No habíamos andado muchos pasos de las casas para afuera, cuando mi compañero, el que la echaba de gran cazador i que por lo mismo se las daba de hombre de mucha i mui buena vista, divisó en los aires una avecilla que semejaba llevar su vuelo hácia el palomar de casa, i dirijiendo los puntos al instante, disparó para ella el tiro de la escopeta, exclamando gozoso:

—¡Esta si que no es paloma!

Al cercano estruendo del disparo volaron del polomar las palomas que dentro habia i como pusiera yo mis ojos en él, vi que allí pugnaba—aunque en vano—por volar, la hermosísima paloma de la mancha en el cuello.

En esto disipóse el humo i entónces contemplé algo que nunca he de olvidar; algo que se me grabó hondo en el corazon; algo que, a haber sido mujer, me hubiera hecho llorar lágrimas de sentimiento.

El ave que habia herido el cazador, era un lindísimo pichon oscuro, color de nubes de invierno i que ostentaba una mancha blanca en el cuello i blanquecinas pintas en los bordes de sus alas.

El ave que habia herido el cazador pasaba en ese momento encima de nuestras cabezas, con la suyá doblegada, con las patitas i el pecho que manaban sangre mas roja que recien abierta granada i con los desfallecidos ojos puestos en el palomar de casa.

El ave que habia herido el cazador volaba espirante al palomar.—¿Qué buscaba en él?—No le sé. Pero ví que la paloma de la mancha oscura en el cuello, contemplaba desde la entrada del palomar al moribundo palomo de la mancha blanca en el cuello. I al mismo tiempo oí algo como un arrullo que me sonó triste i tiernísimo en los oídos.

El palomo desfallecía i retrasaba su vuelo. Le ví entónces inclinar más la cabeza, le ví entornar los apagados ojos, i le ví, en fin, abatir a tierra su manso vuelo. Parecía que iba a morir, pero que iba a morir ántes de llegar a la vivienda de la paloma. I en aquel momento, en que estábamos todos sobrecojidos i en silencio, se oyó levísimo arrullo que suspiro de moribundo semejaba

i ví que del cercano palomar saltaba (que volar no podía) a los espacios, la blanca paloma de la mancha oscura en el cuello: ví que se dirijía al ave moribunda; ví que apénas si podía volar mui pesada i lentamente batiendo solo un ala, i ví, por último, que en medio de los aires, a poca distancia del palomar i ya cerca del suelo, se encontraron el oscuro palomo moribundo con la blanca paloma herida, i que al encontrarse, abrieron por mirarse los ojos que ya no veían, modularon ámbos un inimitable, casi imperceptible i sublime arrullo de ternura i dándose *un beso* en los aires, cayeron confundidos a nuestros piés.....

IV

Las dos aves estaban muertas i la fresca sangre de ellas enrojecía las briznas de la tierna hierba

Las dos aves estaban muertas. Pero ¿qué importaba? si se habian dado un beso en los aires, si habian muerto en los aires, palacio inmenso de su libertad!

Las dos aves habian sido heridas. La paloma, cuando llevaba de comer a sus pichoncitos. El pichon cuando llevaba amor a la paloma.

El palomo era oscuro, del mismo color que las nubes de invierno i con manchas blancas en el cuello i en los bordes de sus alas.

La paloma era blanca, del mismo color que las nubes de verano i con mancha negra en mitad del almo cuello.

Al eco de aquel arrullo tierno i misterioso, los polluelos de la blanca paloma asomaron a la puerta del palomar, i al mirarles, observé que tam-

bien ellos eran oscuros i del color de las nubes de invierno, con manchas blancas en los cuellos i con blanquecinas pintas en los bordes de las alas.

Desde entónces no salimos más a cazar.

Santiago, a 18 de agosto de 1884.

FIN.

ROSA DE LAS NIEVES

PAISAJE DE OTOÑO

I

Más que un aire de Mozart, más que una sonata de Beethoven, más que una sinfonía de Mendelsohn, confieso que me ha gustado siempre la música triste que arranca de las cuerdas eólicas de la naturaleza, la mano delicada del viento otoñal, cuando barre i envuelve en sus jiros las amarillas hojas de los desnudos árboles.

El rumor de las hojas es un canto de melancolía, es un suspiro de tristeza, es un ai! de dolorosa despedida con que las hojas dicen adios a los árboles que cariñosas abrigaron.

El frio viento que desnuda en el otoño a los árboles, es la primera caricia del invierno a la naturaleza, es el soplo que apaga los estivales ardores, es la mano que cuelga sobre los hombros

ateridos de la tierra la capa gris con que se guacerá de las nieves implacables del invierno.

Algunos dicen que el otoño es la muerte, o al ménos, la agonía de la naturaleza. Yo no lo creo. Antes bien, paréceme que el otoño es la vida, la verdadera vida, la que se concentra en sí misma, que se recoje en su propio calor i que desdeña las lujuriosas manifestaciones externas de sus fuerzas. La estacion otoñal es la mujer que llega a su hogar, en donde se desnuda del lujo exterior que ha menester para salir i se viste, en cambio, el traje hermosísimo de la natural sencillez, con el cual enamora a su esposo i con el cual puede abrazarle más libremente sin temor de arrugar las sedas!

Yo bendigo esa época de la naturaleza en que prefiere el sentimiento escaparse en forma de jemido triste a disolverse en forma de colores vivos i de cantos sonoros. Bendigo esa época en que la naturaleza ama con todas las fuerzas de su alma, i no con el amor de la primavera i del estío, en que solo ama con sus ardientes i lujuriosos sentidos, bien así como suele tambien el hombre amar con ese fuego abrasador de la sangre que tan diferente es del amor puro, del amor profundo del alma, i con el cual, sin embargo, le confunde la juventud tan frecuentemente, tan engañadamente!.....

En este mundo tienen todos los que son capaces de sentir, alguna manía poética. Quien hai que enloquece por el rumor de las olas que espiran rodando sobre la playa. Quien hai que delira por un cielo azul, profundamente azul, sin nube alguna que empañe su trasparente diafanidad. Quien hai que se entusiasma, sobre todas las cosas, ante el cuadro poético de la tarde, ante los

colores arrebolados del dia moribundo, ante el crepúsculo vespertino. Quien hai que prefiere a todo el rayo pálido que vierte desde los cielos la blanca luna. Quien hai que sueña solo con la sombra fresca de los grandes árboles i con la sombra cavernosa de la quebradas. Quien prefiere a todas las creaciones musicales un trino cualquiera de una avecilla libre del espacio. Quien se muere por el verde color de la primavera i por sus gayas flores. Todos, en fin, tienen particularmente desarrollado el sentimiento de alguna de las muchas hermosuras que realiza la madre Naturaleza i aun cuando yo tengo la vanidad de creer gozar i sentir intensamente con todas las enumeradas, confieso que ninguna de ellas me ha impresionado nunca como el otoño...Digo más, pues confieso que si el rumor de las olas me hechiza, es porque se parece al blando rumor de las hojas de otoño i si el cuadro de la tarde me entusiasma, es porque sus colores pálidos, sus matices lánguidos i, en fin, su aire todo de suavísima muerte, hacen para mí de cada tarde, el otoño de cada dia; que el dia tiene, como el año, cuatro estaciones diversas en sus horas: el primer rayo de sol de la mañana, alumbra su primavera; el esplendor ardiente del medio dia, forma su estío; la palidez moribunda de la tarde, representa su otoño i la sombra negra de la noche, refleja su invierno.

I habla tánto, dice tan dulces cosas la música triste del viento que besa a los desnudos árboles como consolándoles por la pérdida de las hojas—sus hijas—, que él les arrebata! Habla de tan gratos misterios el canto melancólico de las pálidas hojas que se van! I, ademas, he visto tales cosas en el otoño, he mirado a esa suave luz gris, cuadros de tan imborrable impresion para mí!

Recuerdo ahora una singular i sencilla historia que ha quedado para siempre vinculada en mi mente al espectáculo del otoño—, de la estacion en que jimen los vientos, en que acarician los frios, en que se enciende la primera chimenea, en que se oye por las tardes zumbar el eco de lejanas tempestades, en que callan las aves, en que hablan las hojas secas, en que se mustian las flores i en que se enluta el cielo con el crespon funéreo de sus nublados!...

II

Eran dos hermanas... Verdad que ni habian nacido tales ni se conocian siquiera entre sí; pero he dicho que eran hermanas, porque eran dos almas idénticas i lo que es más singular todavía, dos cuerpos mui parecidos, dos cuerpos tambien idénticos—a primera vista. Tenian además, el mismo nombre: las dos se llamaban Rosa; solo que a una la llamaban *Rosa de las Nieves* i a la otra no la nombraban sino *Rosa.*

Tan esbelto era el porte de Rosa como el de Rosa de las Nieves. Los mismos ojos llenos de sombra a par que de luz, tenian ambas. El mismo aire en el andar, el propio jesto dulce en el rostro, idéntico sonreir las caracterizaba; porque las dos tenian sonrisa divinalmente agraciada i tan semejante, que en las mejillas de Rosa no se dibujaba nunca sino un solo hoyuelo i en las de Rosa de las Nieves, nadie habia visto tampoco dibujarse nunca más de uno solo. Sin embargo, el hoyuelo que a la luz de la sonrisa de Rosa de las Nieves florecía, se ostentaba en su mejilla de-

recha i el que brotaba de la expresion alegre de la faz de Rosa, no aparecía sino en su mejilla izquierda. Tal era la única diferencia que entre las dos hermanas pude notar en mi vida. En lo demas, repito que parecian idénticas: tenian hasta el mismo pié, breve i elegante—como una miniatura artística—; fino i provocador—como la tentacion de la curiosidad.

Ernesto era un gran poeta, tan grande que formaba el único ejemplar de poeta completo que he conocido. Digo completo, porque sentia la poesía en el corazon i en la intelijencia a la vez. Tenia, por excepcional fortuna, además del talento poético—que muchos poseen—, el sentimiento poético, que mui pocos abrigan. De su pluma no brotaba nunca una estrofa que no hubiera nacido primero en su intelijencia i forjádose despues en su corazon. Extraño ejemplo en esta época en que cantan al amor puro innumerables poetas que no creen en la mujer sino en el vino, i en que cantan a la más negra duda, inocentes niños que creen en todo: en la mujer, en el amor, en las ánimas i... hasta en la amistad!

Ernesto era mui conocido de todos: su talento de poeta, su ilustracion de escritor, le habian dado a conocer entre las jentes devalia. La seriedad de su conducta, el sincero i sentido acento de sus palabras i la belleza soñadora de sus ideales, le habian conquistado entre las mujeres la inapreciable, i con justicia escasísima reputacion, de hombre profundamente sincero. Ernesto carecia, además, de pretensiones. Era, ante todas cosas, natural, modesto sin falsía, despreocupado sin afectacion, elegante sin acicalamientos, elocuente sin hojarasca, simpático, en fin, en la más grande extension de este vocablo...

En la mañana de un Domingo de otoño, apareció en el diario más interesante de Santiago una poesía firmada por Ernesto. Llevaba como epígrafe dos o tres versos de la bellísima «*Caida de las hojas*», imitada de Millevoye por el grande Heredia, i era, como esta divina joya, profundamente elejíaca. No habia en ella lágrimas de desesperacion, ni reniegos de escepticismo, pero respiraba una suavidad tan hondamente melancólica, que siento de veras no recordar con exactitud todos sus versos. La composicion se intitulaba: «*A una Rosa Blanca*» i en ella describia el poeta una mujer bellísima, poseedora de todos los rasgos de la mujer que amaba con loca veracidad desde hacia algun tiempo. Hablaba de los ojos sombríos de Rosa, hablaba de su porte esbelto, hablaba de sus lindas manos, de su elegantísimo pié i cantaba, sobre todo, con injenioso sentimiento, al hoyuelo «único» de sus mejillas. En seguida alababa su palidez aristocrática i concluía preguntando:

Acaso, Rosa, tu corola esconde
la punzadora espina
del amor misterioso que asesina?

Ernesto adoraba a Rosa i amábale Rosa tambien, aunque habia empezado apenas a dárselo a entender. Nadie conocia entónces el misterioso secreto de esta pasion, porque entudiosamente le ocultaba Ernesto a todos, con el objeto de poder cantar en pública libertad a la Rosa de sus inspiraciones poéticas.

Cuando Rosa leyó la composicion de que he hablado, i vió la intencionada pregunta que Ernesto la dirijia, hubo de confesarse a sí propia—

cambiando en ese instante la natural palidez de su rostro por el color hermoso de su nombre—que sí sentía en el pecho una espina que la destrozaba el corazon mui implacable, pero mui dulcemente!

En la tarde de aquel dia, Rosa vió a Ernesto. Rosa se habia sentado en un banco de la Alameda. Sus lindos piés besaban unas pobres hojas secas que les servian gozosas de mullida alfombra. Ernesto se acercó a saludarla sentándose en seguida junto a ella en el único asiento desocupado que en el sofá quedaba.

Rosa le felicitó por su *linda poesía.* Ernesto bajó entónces la voz i se limitó a preguntarla, temblando de emocion:

—¿La comprendió Ud. bien?

Rosa bajó los ojos i la sangre del corazon subió a sus mejillas. Sus labios callaban.

—Respóndame, *Rosita*—insistió con suave firmeza Ernesto, llamándola por vez primera *Rosita.*

Rosa vaciló un momento. Alzó los ojos, miró a Ernesto, i como impresionada por su actitud, repuso al fin:

—La he comprendido, Ernesto... Gracias!..

En seguida, como arrepentida de lo que habia dicho, se paró rápidamente, exclamando:

—¿Vámonos, mamá?...Es ya mui tarde...

Ernesto se dispidió, pero al despedirse hundió con atrevimiento su mirada en la sombra al parecer impenetrable de los ojos de Rosa. ¡Cuánta claridad, cuánta luz vió entónces en sus ojos!.... Le pareció que descubria un cielo misterioso i nuevo!... Esos ojos le estaban mirando!...Pero ¡cuán corto fué ese instante! En seguida se separaron i tomaron ámbos por opuestas direcciones.

Sin embargo, Rosa iba más contenta que nunca. Jamás se habia sentido tan feliz, tan completamente feliz en su existencia. Ernesto a su vez se sentia más dichoso que nunca.

Era que ámbos acababan de cambiar la primera mirada de amor de la vida! Mirada que se recuerda siempre, mirada que no se olvida nunca, porque es el primer rayo de sol que acaricia las flores del alma!.....

—Qué lindo es el otoño? ¿verdad, mamasita?— iba diciendo Rosa, al contemplar la amarilla alfombra de la Alameda, el cortinaje gris del horizonte, i las ramas desnudas de los árboles.

III

He dicho que Rosa de las Nieves era mui parecida a Rosa. Agregaré ahora que era un poco más pálida que Rosa, que era una línea más delgada que ella i que el acento de su voz era más suave, más débil, que el de Rosa. Para escucharle bien, era preciso poner toda esa atencion con que se oyen los ecos de una melodía lejana. Cuando Rosa de las Nieves alzaba la voz, solia una tosecilla seca i breve cortarle la palabra. ¿Seria la falta de costumbre de hablar fuerte, o seria esa misma tosecilla con que, en los mejores años de la vida, habia muerto su madre? Algunos médicos opiñaban que Rosa de las Nieves habia heredado la enfermedad terrible de su desgraciada madre. Sin embargo, nadie creia que fuera tísica, porque no era flaca: era solamente delgada i su cuerpo todo tenia una modelacion admirable, perecta. No obstante, Rosa de las Nieves no salia

nunca de noche; la hacia daño el relente nocturno i por eso llevaba una vida mui triste, apesar de la dulce expresion que iluminaba siempre su rostro. Era en realidad una rosa de invernadero, que soñaba solo con el sol: pero no con el sol de la naturaleza: nó, en la naturaleza preferia los dias nublados; i la encantaban las hojas secas i el aire frio del otoño. El sol con que ella soñaba, era un astro que debia de calentar con rayos de amor su pobre alma que se ateria, que se helaba eternamente con la perpétua falta de cariño. I esa falta de cariño era la causa de tristeza. I esa tristeza era la causa de su amor por el otoño—por la estacion triste.

Rosa de las Nieves no concurria casi nunca a los paseos. En medio de la ardiente melancolía con que soñaba en el amor, conservaba intacto un pudoroso orgullo de mujer que la hacia esperar en que el amor vendria alguna vez a buscarla, sin que ella saliera nunca a su encuentro.

Sin embargo, llegó una tarde en que quiso salir. Sin saber por qué, creyó que el sol de ese dia la traía algo nuevo. Sentia impulsos de pasear una vez siquiera en su vida i sentia deseos de ponerse mui hermosa i de que la admirasen al pasar, no todos los hombres, sino uno, con uno solo la bastaria .. ¿Cuál? pensaba la triste niña. I a su mente no acudia sino una imájen ideal, que nunca habia visto, de un hombre altivo, simpático, poeta de corazon i sincero de sentimientos, que la adoraria profundamente i al cual endiosaria ella para siempre en el santuario de su alma.

Esa tarde salió a andar a la Alameda. Rosa de las Nieves iba hermosísima i la acompañaba su hermana mayor, casada desde años atrás. Oíase el volar de las amarillas hojas i discurria por el

soledoso paseo uno que otro jóven que, descansando talvez de los trabajos del dia, aspiraba el ambiente puro que rodea siempre a los árboles.

De pronto, Rosa de las Nieves sintió un calor extraordinario en las mejillas i una tnrbacion profunda en todo su sér.—Acababa de sentir clavados en sus ojos los ojos expresivos de un hombre...hombre hermosísimo para ella, no porque fuera acabada la correccion de su figura, sino porque los rasgos de ésta, coincidan maravillosamente con aquel ideal de un hombre altivo, simpático, bondadoso i poeta de corazon, que tantas veces acariciara en sus largos sueños.

Ella bajó los ojos i tembló levemente.

La sombra de la tarde comenzaba a caer poco a poco i a la vuelta siguiente, lo primero que Rosa de las Nieves divisó, fué la figura alta de nuestro jóven, cuyos ojos clavados en ella desde léjos la miraban con indecible interés.

Al pasar frente a él, Rosa de las Nieves se atrevió a mirarle con timidez. I apenas notó el jóven que habia la niña reparado en él, hizo atolondramente un saludo lleno de cortesía, pero que pregonaba con claridad, sin embargo, su turbado impresionamiento.

La hermana de Rosa de las Nieves contestó el saludo por cortesía. Rosa de las Nieves no supo nunca si lo habia contestado o nó. Atinó solo a preguntar, finjiendo naturalidad:

—¿Quién es ese jóven, hermana?

—¿No le conoces, Rosa?...Pues yo creí que te saludaba a tí. No recuerdo que nunca me le hayan presentado... Aunque, como mi memoria es tan mala, quién sabe si alguna vez le he conocido!...Pero, lo que es de vista sí, estoi segura de conocerle. Toma, pues ¿quién no ha visto en San-

tiago al poeta más laureado de la juventud, al jóven más distinguido de la sociedad, al mozo más deseado por las niñas para marido; i en fin, a Ernesto?...

—Ah!... ¿Este es el poeta?... El autor de...

Rosa de las Nieves no pudo decir más i se quedó rememorando silenciosamente algunos de los más conocidos versos de Ernesto.

Despues, cambió con aparente naturalidad, de conversacion.

Las dos hermanas hablaron de mil cosas indiferentes.

Cuando llegaron a su casa, que estaba al fin de la Alameda, Rosa de las Nieves se detuvo en la puerta de calle i volviendo la cabeza hácia los árboles del paseo, dijo con su acento más suave, can el tono más arrullador de su dulcísima voz:

—¡Qué lindo es el otoño, hermana mía!

IV

Rosa de las Nieves soñó aquella noche con un poeta. Soñó que, sin conocerla, éste la saludaba al pasar i soñó despues que ella le inspiraba poesías tiernas, acabadas, cuya lectura la arrancaba apasionadas lágrimas de amor. Al siguiente dia, cuando despertó, le pareció que por fin sentia cierto dulce calor que empezaba a llenar los inmensos vacíos de su alma. Luego tomó un popular cuaderno de poesías publicadas en otro tiempo por Ernesto i comenzó a leer en alta voz unos versos... Leyó, leyó con sentido entusiasmo, hasta que un acceso de tos la ordenó callar.

—¿Me habrá hecho mal el paseo de ayer?,—

se preguntó medrosamente —No importa, repuso ella misma, hoi iré otra vez a gozar de las poéticas tardes del otoño.

I en la tarde salió a andar i vió a Ernesto, i Ernesto la saludó nuevamente i en esa noche, ya Rosa de las Nieves no pudo dormir: tenia clavada en su cerebro la imájen de un poeta i su memoria le representaba incesantemente el modo fijo, pertinaz, apasionado, con que a respetuosa distancia la miraba Ernesto en la Alameda,

El dia siguiente fué Domingo, precisamente el dia en que Ernesto publicó su elejía «*A una Rosa blanca*». Rosa de las Nieves tomó esa mañana el diario i al ver la firma de Ernesto i al leer el título de la composicion, pensó:—*El!*... I tiene la fecha de anteayer, la fecha inolvidable de la primera tarde en que salí i en que... *A una Rosa*... Yo me llamo Rosa... *A una Rosa blanca*... ¿Qué no soi blanca yo?—, se preguntó sonriendo Rosa de las Nieves i mirando reflejada en un espejo la magnífica albura de su tez... Pero cuando la gozosa impresion de su alma tocó en el delirio de la dicha, fué cuando leyó que Ernesto hablaba del «agraciado hoyuelo *único* del rostro pálido de Rosa.» Aquella seña era inequívoca, evidente: ella, Rosa de las Nieves, era pálida, ella tenia solo un hoyuelo en el rostro i ella escondia, sí, en su pecho.

la punzadora espina
del amor misterioso que asesína.

I él, Ernesto, era un hombre sério, era un poeta de corazon, i la decia que la amaba!... ¡Ah! ya podia estar cierta de que era verdad que la adoraban, ya podia libremente pensar en el amor, ya podia vivir con toda su alma, ya podia gozar i

comprender la juventud, ya podia soñar despierta en dulces quimeras realizables, ya podia, en fin, idolatrar a un hombre digno de ella!... Rosa de las Nieves lloró mucho ese dia... Era la felicidad cosa tan nueva i tan grande para la pobre niña!

V

Algunas noches despues, Ernesto conversaba con Rosa en casa de ella.

—Dígame, Rosita—la preguntaba—¿por qué ha perdido la costumbre de ir a la Alameda en estas últimas tardes?

—¿La costumbre? Si nunca la tuve—rep'icaba Rosa con la mayor naturalidad. La Alameda es un paseo precioso i que me encanta, pero en todo este año no he conseguido de mi mamá que me lleve sino una vez sola... Aquella tarde ¿se acuerda? el Domingo... Antes de ese dia no habia ido en todo el año, i despues no he vuelto... porque no tengo quien me acompañe i a mi mamá no la gusta andar...

—Pero—interrumpió Ernesto, con la voz lijeramente empañada—, no tiene Ud. una hermana casada, que la acompaña a pasear?...

Rosa soltó a reir i añadió en tono de broma:

—Que raro le encuentro a Ud. esta noche! ¿Porqué me pregunta esos disparates cuando sabe mui bien que soi hija única?...

—Por.....por.....por qué sé yo! Por distraccion talvez.....La verdad del caso—añadió Ernesto, cambiando de tono, como para sacudir algunas anteriores ideas—es que delante de Ud. Rosita, no sé lo que me digo.....Tiene Ud. el privilejio de hacerme perder la cabeza.....

—Muchísimas gracias—replicó Rosa, finjiéndose picada.

—Por favor, Rosita, no interprete con tal dureza.....

I los dos siguieron hablando toda la noche, riñendo a cada momento, reconciliándose a cada instante i diciéndose—con dulces reticencias cuando hablaba Rosa, con apasionada elocuencia cuando Ernesto hablaba—las mil ternezas incopiables del delicioso vocabulario de los enamorados.

VI

Era una de las postreras tardes del otoño de aquel año. Las últimas hojas marchitas, envueltas en los primeros vientos del invierno, iban ya a perderse en los aires.

Rosa de las Nieves, acompañada de su hermana, se acababa de sentar en un banco de la Alameda. En la Alameda habia mucha jente.

De súbito sintió un terrible desvanecimiento, sus ojos se nublaron, su faz, que en aquellos dias principiaba a ostentar un suave colorido de rosa, —denunciador, al parecer, de alegrías del alma— volvió de repente a su antigua palidez, los latidos de su corazon se apresuraron i, a no estar apoyada en su asiento, Rosa de las Nieves habria caido desvanecida al suelo... Acababa de pasar delante de sus ojos i sin mirarla siquiera, Ernesto,—su poeta, su cantor, su ilusion! ¡No la habia mirado! i ademas... iba con otra!!...

—¿Qué tienes? la preguntó su hermana, que algo habia notado del malestar de Rosa de las Nie-

ves, a pesar de los esfuerzos que ésta hiciera por disimularle·

—Nada! repuso ella con ahogada firmeza—nada, me ha mareado la concurrencia. Como no tengo costumbre de ver tanta jente!... Vámonos, hermana mia! Me hace daño este aire frio. I ámbas se pusieron de pié. A poco andar, Rosa de las Nieves divisó a Ernesto que, despues de haber dado la vuelta, pasaba nuevamente junto a ella... sin verla otra vez! Ernesto llevaba clavados los ojos en la hermosa niña que le acompañaba i se notaba claramente que, para él, no habia nadie más que esa niña en el paseo.

Rosa de las Nieves miró a aquella niña i la intuicion maravillosa del alma enamorada, por una parte, i la natural perspicacia de su talento de mujer por otra, la aclararon con repentina i brutal evidencia toda la tristeza de su situacion. En una sola mirada habia comprendido que el porte, que los ojos, que el aire, que la boca i hasta el hoyuelo que en la mejilla derecha tenia ella, eran solo una copia de los encantos hechiceros de la compañera de Ernesto!... Ernesto la habia confundido con otra!!

Rosa de las Nieves, ahogó un grito de dolor en su garganta, enjugó una lágrima furtiva de sus ojos i para no caer, se apoyó con fuerza en el brazo de su hermana. Al llegar a su casa, comenzaba a bajar la sombra de la tarde. Entónces volvió la cabeza hácia atrás i mirando la sombra de los árboles pensó interiormente:

—¡Qué negros son los árboles del otoño!

Despues no pudo dormir i el insomnio la desesperó talmente, que a medianoche, loca, afiebrada, se levantó de prisa, abrió las ventanas de la calle i poniéndose de pechos en el balcon, dió-

se a contemplar pensativamente las altas copas negras de los árboles de la Alameda.

En el momento de abrir la ventana, una ráfaga de viento,—helada, como la muerte,—azotó con fuerza su enardecido rostro. Rosa de las Nieves sintió entónces que un acceso repentino de tos, la ahogaba.

—¡No importa!—dijo i siguió tosiendo mui largo rato. Luego buscó con los ojos un punto del paseo, que estaba allá mui léjos de su casa: el punto en que Ernesto la habia saludado! Despues... siguió contemplando los árboles en medio de la oscuridad negra de la noche...

Rosa de las Nieves parecia en ese momento la estátua del insomnio.

VII

Ha pasado ya un año. Las hojas de los árboles comienzan a marchitarse nuevamente i un viento leve que empieza a soplar en la hora relijiosa de la tarde, anuncia que bien pronto esas hojas caerán desgajadas de sus ramas a impulsos de los vientos otoñales.

El dia está frio, dulcemente frio, i su poética media luz, permite a la vista descansar de los esplendores fatigosos i deslumbrantes del verano.

Es tarde ya, i sin embargo, en una de las más bellas casas de la Alameda de Santiago, de la cual acabo de salir, se trabaja con febril alegría desde las primeras horas de la mañana. Todo es allí movimiento, actividad, i nadie se dá un punto de reposo. He preguntado si está allí mi amigo Ernesto. Me dicen que sí, me le llaman i luego

sale presuroso a abrazarme. No me deja hablarle del urjente asunto que a llamarle me impulsa i me grita loco de contento:

—¡Chico! Mañana a las 10½ A. M., en la capilla de la Caridad!

—¡Qué cosa!—pregunto haciéndome el que no he comprendido.

—¿Qué cosa? Que no faltes a mi casamiento, que por fin tiene lugar mañana!... Rosa, Rosita, venga acá a convidar a éste mal criado que no quiere creer que mañana nos casamos¡...

I salió Rosa, contenta, roja de felicidad, a darme parte de su matrimonio con Ernesto, al cual me comprometí a asistir indefectiblemente en el punto i hora indicados.

Al dia siguiente concurrí al matrimonio i como acordaran algunos amigos del poeta Ernesto irle a dejar a la estacion (en lei de novio partia no recuerdo adónde en la propia mañana), me dirijí despues de la ceremonia a la Estacion central de los Ferrocarriles.

Al llegar a una de las últimas casas de la Alameda, a la única elegante que se vé por las cercanías de la Estacion, sentí un repentino vuelco en el corazon: frente a la casa referida, acababa de ver el carro mortuorio, que seguido de un numeroso cortejo de carruajes, esperaba algo: ¡un ataud!—su carga de siempre!

Yo conocia aquella casa i a todos sus babitanies. Detuve el carruaje i como—por fortuna—iba solo, me bajé. En la puerta encontré al conocido doctor X.

—¡Qué rápido ha sido—le dije en voz baja—el desenlace del drama de esa pobre niña! ¿Acaso le ha apresurado algun nuevo accidente?

—No, amigo mio, me respondió con naturali-

dad el doctor. La pobre niña habia heredado la tísis aguda de su madre i circunstancias a que el alma no ha sido talvez extraña, han provocado i apresurado la crísis mortal. Hace ya cerca de cuatro meses que tuve el sentimiento de anunciar a esta desgraciada familia que Rosita de las Nieves se nos iria envuelta en el torbellino de las primeras hojas de este otoño. I vea Ud...

I el doctor me mostraba unas cuantas hojas secas que en ese dia se habian desgagado de un árbol del frente. Eran las primeras hojas del nuevo otoño.

—I ¿a dónde iba Ud?, me preguntó el doctor reparando en que yo no vestía de luto.

Sentí una opresion dolorosa en el pecho al pensar en lo que habia visto momentos ántes no más i compararlo con lo que ahora miraba.

—¡Contrastes misteriosos de la vida, doctor!—repliqué a tiempo que sacaban de la casa el hermoso ataud coronado de virjinales azahares i cándidos lirios.

En ese momento sonó en mis oidos con horrible i destrozadora fuerza el silbido del tren qne a un paso de allí partía con Rosa i Ernesto no sé adónde... hácia la felicidad talvez!... La vibracion fué tan aguda, que me pareció que la pobre Rosa de las Nieves debió de oirla repercutir siniestramente hasta en el fondo de su ataud.

La vista del féretro de la pobre niña me impresionó contra mi voluntad hasta el extremo que hube de volver los ojos a otra parte.

Al volverles, tropezaron con la columna gris de humo quc, despedida por el tren que se alejaba, se perdia en el inmenso fondo plomizo de aquel triste cielo de otoño,—cielo inmutable de

la estacion en que mueren los tísicos i se casan las enamorados!

Entónces no supe resistir por más tiempo a una escena que me destrozaba en dos partes el cerebro i me aparté de allí apresuradamente, sin saber hácia dónde dirijirme. En el camino, pensé con tristeza:

—No soi yo el único que ignora a dónde se dirije. Todos en la tierra caminan a *lo desconocido.* Unos, como Rosa i Ernesto, toman para ello la senda del matrimonio. Otros como Rosa de las Nieves, escojen la senda del sepulcro...

¿Cuál será el camino mejor de todos?

Santiago, a 6 de Mayo de 1887.

FIN

—¡TONTO!

Fragmento de una narracion de invierno

Estábamos en el invierno i acabábamos de tomar té. El sirviente habia salido ya i llevádose las tazas vacías, de suerte que empezaba la sobremesa del té—hora de charla verdaderamente agradable, cuando reina en ella la expansion natural consiguiente a una reunion de cuatro mozos que se sientan al rededor de la propia mesa.

—¡Amigos! La hora de la confianza ha llegado—dijo Santiago, no bien hubo el sirviente cerrado la puerta.

—¡Tienes razon!—agregó Enrique.—Despues que tu nos has regalado sendas tazas de té, es justo te paguemos con algo, aunque sea tan poca cosa como la relacion de algunas confidencias privadas...

—Cómo! ¿Poca cosa has dicho?—interrumpió

Santiago.—Sábete que yo estimo en mucho la menor confidencia...

—Pues entónces—continuó Enrique—comprometámonos los cuatro presentes a referir algun interesante episodio de nuestra vida privada... Así agradaremos a Santiago i no sentiremos por hoi el peso de estas noches poéticas, pero inacabables del invierno.

—Aceptado!—dijeron todos.

—Tienes la palabra Enrique!—notificó a seguida Santiago que, por lo visto, queria presidir la sesion.

A punto estuvo aquél de quedar corrido, pues no hallaba en verdad en su memoria cosa posible de ser relatada entre cuatro amigos. Al fin exclamó:

—Pero, hombres, buena eleccion hacen Uds. para empezar! ¡Qué quieren que les cuente yo, que no he vivido sino tan poca vida social!...

—Cuéntanos, por ejemplo, algo del baile de anoche—dijo Luis.—No dirás que no fuiste, porque te vieron mis ojos ..

—Cierto que fuí, mas no me sucedió absolutamente nada digno de ser referido... Aunque, por no mentir...

—Vamos, vamos, nada de mentiras. Cuéntanos,—expuso Santiago—lo que te sucedió en el baile de doña Filomena... ¿A quién no le acontece algo en una noche de baile?... De mí sé decir... Pero, no anticipemos los sucesos... aun no me toca hablar...

—Amigos,—replicó entónces Enrique— convengamos en que cada cual no referirá sino algun incidente de la gran fiesta de anoche. Solo así me atreveria a confesarles a Uds. que me

ocurrió algo de particular, bien que en realidad ello casi no vale la pena.

—Convenido!

—Pues bien, el único interés que el asunto tiene, es que jamás le habrá acaecido nada semejante a ninguno de los que me oyen... ¡Oh! De eso estoi seguro, eso lo apostaria cien veces!... Porque, hablen con franqueza, ¿les dijo a Uds. en toda su vida una verdad siquiera ninguna chica?... Es claro que ninguno de Uds. ha conseguido todavia pillar a una chiquilla en una verdad, miéntras que yo, sí!... Figúrense Uds. que, con ocasion de haber soplado al oido de Carmelita la mui sincera frase de «*la adoro a Ud.*,» ella me contesta... ¿Qué creen Uds. que me contestó?

—?Que eras un insolente?

—?Que la llevaras a donde estaba su mamá?

—?Que no fueras embustero?

—Nó, amigos mios. Ninguna de esas contestaciones habria tenido asomo de verdad, porque Carmelita sabe mui bien que soi demasiado fino i atento para ser insolente con una mujer; porque sabia mui bien que ella no sentia maldita la gana de acercarse a la mui gruñona de su mamá i porque, en fin, no me ha pillado nunca hasta aquí en una mentira...

—Pues ¿qué te dijo entónces?

—Me dijo... «*es usted mui feo!*»

—Já, já, i tú... ¿te aplomaste...?

—¡Bah! En manera alguna. Me limité a responderla lleno de risa:

—Carmelita, es cierto, completamente cierto! Por fin la he pillado a usted en una verdad. Me felicito i la felicito!...Ahora, tienes tú la palabra, Santiago.

—No carece de orijinalidad el cuento—dijo

Santiago.—Pero debo confesarte que, si a tí te dijeron feo, a mí me dijeron algo más, es decir, algo que significa mucho más... Verdad es que, para que una mujer le diga a un hombre «es usted mui feo» necesita hallarle del todo desprovisto de más importantes defectos, i que en buena cuenta, lo que a tí te dijo Carmelita—que es chica intelijente—puede traducirse en esta otra frase: «Es usted mui hábil, mui simpático o siquiera, mui bueno,» etc... Ustedes saben que se dan feos mui hábiles, mui simpáticos i mui buenos, por punto jeneral, más hábiles, mucho más, que los buenos mozos... De modo, pues, que al decirte *feo*, Carmelita te ha expresado—en mi concepto—que te aprecia i talvez te quiere sobremanera. Esta es la única interpretacion que eso puede tener en lenguaje de mujer. Debes, por consiguiente, darte por satisfecho, bien que nunca alcanzará tu satisfaccion a donde llega la mia por lo que anoche me dijeron.

—¡Cuenta! ¡cuenta!!...

—Figúrense ustedes que *ella*,—el asunto es mui delicado i me permitirán ustedes no soltar el nombre,—figúrense que *ella* me dijo anoche un... un enorme insulto, pero insulto de esos especialísimos que, dichos en lejítimo lenguaje femenino, con cierto jesto de amable incredulidad, significan que a unos le agradecen lo que acaba de hacer...

—Pues ¿qué habias hecho con ella?

—Nada, nada: lo más sencillo! Ustedes habrán comprendido que yo la adoro furiosamente desde hace algun tiempo. Pues bien, anoche estaba tan hermosa, tan hermosa, que me atreví a repetirla mil juramentos que ella aceptó con infinita dulzura, proporcionándome la más grata felici-

dad que en mi vida he tenido... Imajínense ustedes que, despues de esos juramentos, nos encontramos no sé cómo, a solas, en una antesalita contigua al comedor... A poco de habernos sentado, habian salido de la pieza las dos únicas parejas que allí estaban i quedamos solos, solitos, completamente solitos por primera vez en la vida! ¿Saben ustedes lo que hice entónces?... La miré con delicioso éxtasis un rato que duró... no sospecho cuánto duró,—pudo ser un segundo como pudo ser una hora...—I en seguida, con un atrevimiento de que hoi me admiro, me arrodillo a sus piés, la arrebato su preciosa mano izquierda i estampo en ella un beso ardiente, loco, rápido... un beso enorme, en fin!...

—I ella ¿qué hizo?—interrumpimos todos los oyentes, con verdadera curiosidad de aprender algo del arte simpático de Santiago.

—¿Ella? Se puso roja hasta las orejas, me retiró bruscamente la mano i cuando yo esperaba temeroso que se levantara indignada huyendo de mí para siempre, murmuró en voz baja i acariciándome con una dulcísima mirada:

—¡Tonto!!

....

EPÍLOGO

Esa noche acordamos por unanimidad que seria reputado como el más intelijente de todos nosotros, aquel a aquien más veces le dijeran las mujeres:

—*¡Tonto!!...*

Santiago, a 13 de Mayo de 1887.

FIN

¡AÑO NUEVO!

(ESQUELETO DE UN ARTÍCULO)

1886-1887

Anoche, 31 de de Diciembre de 1886 o, mejor dicho, 1.º de Enero de 1887 (eran más de las doce de la noche), tuve un rato de felicidad tal, que me desvelé perfectamente. Sentíame contento, alegre i con ganas de que a todos les sucediera lo que a mí.

I ¿por qué ese gozo? preguntaréis.—*Porque sí*: es la única razon que puedo daros i me parece más que suficiente. Algunas veces os habrá acaecido encontraros de súbito contentos, alegres, felices *porque sí*, como otras muchas, talvez más numerosas, os habréis sentido tristes, taciturnos, o al ménos melancólicos, *porque nó*... Digo, solo porque no os encontrabais dichosos o porque, co-

mo a no pocos desgraciados les acontece, os aburríais de puro felices.

Pero, en fin, voi a mi cuento. Notábame con buen humor i en vista de esto, determiné dar un rato de alegría a una grande enemiga que tengo. (Moraleja de este parrafito: cuando uno está contento i no tiene mal corazon, desea felicidad hasta para sus enemigos).

Pues, como decia, a objeto de cumplir mi determinacion, apagué el gas, encendí mi quinqué, púsele sobre la mesa de trabajo, abrí la ventana, me arrellané cómodamente en un sillon de balance que adorna mi alcoba, pensé en que si tuviera ménos repugnancia al tabaco habria encendido un cigarro para seguir sus espirales de humo al traves de la oscuridad de la calle i de la luz de mi lámpara (que, entre paréntesis, formaban bellísimo constraste) i finalmente, tomadas ya todas las medidas que uso para recibir a mi enemiga, exclamé:

—¡Puedes entrar! Te doi audiencia por esta noche.

Mi Fantasia, a quien suelo manejar prisionera i amordazada por largos plazos acá dentro del cerebro, no se hizo repetir la licencia i comenzó en el acto a trazar en mi presencia buena cantidad de imajinaciones i a murmurar en mis oidos ciertas frases que... no debo ni puedo repetir: ¡son confianzas íntimas que suele hacerme la pobrecita!...

En un segundo salí de la tierra camino de... Yo no sé a dónde me llevaba mi pícara enemiga; pero se veian por allí ojos bellísimos de mujer que besaban con el rayo de la mirada, sonrisas divinas que acariciaban con la gracia que vertian; i se escuchaban, ademas, rumores vagos i mui

dulces en que se percibian misteriosas sílabas de cariño... Porque muchas veces el cariño desprecia en sus transportes las palabras i habla solo con sílabas: éstas son mas cortas, hai en ellas ménos sonido, i por tanto, más espíritu, más pasion...

En fin, repito que ignoro hácia dónde me arrastraba la Fantasía. Ello es que el pequeño círculo de luz de mi lámpara se habia convertido en océano inmenso de claridad que con sus resplandores bañaba los espacios todos del universo.

—Estamos en mi reino, dijo al fin la Fantasía, deteniéndose en el soportal del palacio más suntuoso imajinable. Te he traido a los alcázares sublimes de la imajinacion, desde donde no hai nada invisible.

I como empezara yo a sonreir incrédulamente, agregó en seguida:

—¡Te ríes! Pues entónces, ¿imajinas tú que por que allá abajo nada puedo, acá arriba he de ser lo mismo? Te equivocas i en prueba de ello, mira hácia donde quieras con este cristal... Yo te preguntaré luego...

I me pasó una piedra hermosísima, transparente, tallada en forma poligonal i cuyas incontables caras refuljiau al contacto de la luz como las mil facetas de un diamante.

Tomé el cristal de la Fantasía i me dí a observar...

Lo primero que hallaron mis ojos fué una cuna. Dormia allí una creatura hermosísima de tres años, a lo más. Los movimientos del niño dormido habian apartado las ropas, dejando sus níveos miembros en la púdica desnudez de la rubia infancia.

—¡Qué linda! exclamé. ¡Cómo me gustaría a mí!...

—Da vueltas al vidrio, interrumpió mi compañera, i penetrarás en el cerebro de esa creatura.

Con efecto, presentáronse entónces a mi vista enjambres de visiones infantiles, indescriptibles, en que se enredaban las alas de los ánjeles con los muñecos de la juguetería... Empero, habia un objeto principal en aquel ensueño, una vision que revoleteaba más tenaz que todas las otras en aquel cerebrito... Era la imájen de un caballo con ruedas que el niño acariciaba en la mente, deseoso de jugar con él al dia siguiente.

—Da vueltas al vidrio...

Obedecí i me puse a mirar a través de otra cara del cristal.

—¿Qué ves?

—Un muchacho de veinte años que no puede conciliar el sueño.

—Da vueltas, da vueltas...

—¡Ah! He penetrado ahora en su cerebro... ¡Dios mio! ¡Qué movimientos, qué ajitacion, qué proyectos, qué vértigos los de esa cabeza... Veo que ese hombre está enamorado. Piensa que, por fin, va a llegar el momento sublime en que los labios de su amada le dirán un *sí*, lleno de ternura i de firmeza. ¡Jesus! Cómo se embriaga soñando que al cabo la estrecha apasionadamente entre sus brazos i que a sus oidos castos murmura, ardiendo de gozo i temblando de emocion, entrecortadas protestas de amor e interrumpidos juramentos de pasion... ¡Pobre loco! o mejor dicho, ¡loco feliz!... i ha dado al aire un beso i se se figura ver en la almohada las tintas virtuosas del rubor! «¡Tengo esperanzas!, grita, me ha dicho *sí*... Ah! Soi feliz!...»

—Pero, pregunté yo a la Fantasía, ¿qué tienen

estos cerebros que no descansan hoi ni en las horas de la noche?

—Da vueltas al vidrio, replicó impasiblemente mi compañera.

—Ahora miro a un viejo que tampoco ha podido dormir... Mas, a éste no le desvela la felicidad... Tiembla una lágrima en sus pestañas... ¿Qué tendrá?

—Prosigue. observa, lee en sus pensamientos.

—¿Por qué hai tan poca luz en el interior de ese cráneo? Veo allí las sombras de la tristeza, que en esta noche son más negras que un remordimiento... ¡Pobre viejo! Pero sus labios se mueven melancólicamente. Murmuran algunas frases ... A ver, oigamos!...

—Un año corrido, dice, es como una ilusion pasada: cuando se va, no vuelve, no vuelve nunca, nunca más!... ¡*Never more!*... I despues, con qué honda tristeza se recuerda la premura inaudita con que florecieron i se marchitaron la rubia primavera de aquel año i el dorado estío de aquella ilusion!...

Calló el pobre viejo i de sus ojos se desprendió mui lentamente la lágrima que oscilaba en ellos.

En la silenciosa lentitud con que rodó esa gota de sentimiento condensado en llanto, se veia toda la elocuencia desgarradora de la última lágrima de una vida...

—¡Inocente niño! dichoso jóven! pobre anciano!, murmuró conmovidamente la reina de aquellos palacios!

—I, díme,—la pregunté asombrado de lo que acababa de ver,—díme, ¿todas las noches de la vida son tan risueñas para ese niño, tan felices para ese muchacho i tan tristes para ese viejo?

—Nó, hijo,—replicó la Fantasía, riendo del

candor de mi pregunta—nó, niño.. ¿Has olvidado por ventura, que ésta es la última noche del año viejo i la primera noche del año nuevo?...

En ese instante el primer rayo de sol de 1887 clareó en el horizonte i me apresuré entónces a encerrar nuevamente a mi soñadora enemiga.

Santiago, a 1.° de Enero de 1887.

FIN

EL MEJOR POEMA DE UN GRAN POETA

Colaboracion para la «corona fúnebre» de D. Benjamin Vicuña Mackenna

> No vale el hombre solo por sus talentos i sus estudios, pues hai veces en que más que un nuevo descubrimiento, más que una grande idea, valen una pasion noble, un sentimiento puro i un gran corazon.

Si se me preguntara cuál de los libros de Vicuña he leido con más gusto, cuál de sus obras me ha impresionado más, cuál en fin, de sus escritos innumerables prefiero, responderia sin vacilar: *Dolores.*

¿Dolores? ¿El ménos conocido de sus libros popularísimos, una obra que apénas si ha podido di-

visar el público a través de su reducida circulacion privada, un libro que casi nadie ha leido, ni siquiera hojeado?

Sí, pero a pesar de todo eso, repito que *Dolores* es la que más me gusta de las obras de Vicuña, porque Vicuña era ante todo poeta, i en mi entender, ésta es su mejor obra de poeta. I ahora, como homenaje a la memoria de nuestro gran poeta, voi a explicar por qué me gusta tanto ese libro que es sin duda una de las perlas más valiosas de la diadema literaria de Vicuña, toda vez que le ennoblece, no solo como a escritor, sino principalmente como a hombre, i porque es la que mejor refleja su espíritu cariñoso, la única en que palpita abiertamente su nobilísimo corazon que, ahogado en los instantes en que aquellas pájinas escribia, por el dolor que inspira la muerte de un sér querido, no cupo en el silencio i dió riendas a su dolor cojiendo la pluma i enjendrando en brazos de un hondo sentimiento el poema más tierno, la flor más delicada de nuestra literatura.

Ese libro, tan pequeño en extension, encierra un mundo de revelaciones para quien quiera que en él estudie, no ya a la virtuosa i lamentada matrona que lo inspiró, sino principalmente al noble corazon de hermano que le dictara.

Sin duda que cualquiera de los otros libros de Vicuña interesa más a mi pátria que el libro de *Dolores*, por cuanto en cualquiera de ellos se derrama—con la fresca e inagotable amenidad que carecteriza los escritos del cantor de nuestras glorias—, grande acopio de interesantes estudios, de útiles conocimientos, i, sobre todo, de datos i apreciaciones de altísimo interés para la pátria historia. Empero, no trato ahora de investigar cuál de sus obras de estudio, cuál de sus infini-

tos libros de historia, son trabajos de más valer; no faltarán críticos i eruditos que con mayores conocimientos i mejor autoridad que yo, estudien el punto i le diluciden debidamente. Lo único que pretendo, es recordar que la obra que da más alta idea de Vicuña, es *Dolores*, porque es un libro pensado solo con el corazon i escrito con una pluma que empapaban las tintas simpáticas de la ternura.

Dolores no es solo un libro que historía la existencia santa de una hermana idolatrada, de una mujer ejemplar; no es solo un homenaje a la mujer chilena tributado «en la memoria dulce i querida de una hermana tiernamente amada», segun la expresion de su autor; no es solo un escrito que deba circular en privado i que no pueda volver a imprimirse; es mucho más que todo eso, porque es la apolojía elocuente de una alma que sabia sentir, de una alma que comprendia exquisitamente todas esas delicadezas i esas ternuras del sentimiento verdadero que en jeneral no comprenden los hombres i que en el mundo son, para desdicha de la mujer, patrimonio casi exclusivo de ella, i fruto vedado o flor sin aroma para el varon.

I es natural, los perfumes de la violeta; las esencias íntimas de las flores, son demasiado tímidas, demasiado escondidas para que las rudas facultades del hombre alcancen a apreciar todo su suavísimo aroma. Por eso, solo las mujeres—que comunmente tienen facultades perceptivas mas finas i delicadas que los hombres—comprenden i aspiran toda la delicia de esos perfumes; i por eso tambien, cuando se encuentra un hombre que es capaz de sentir i comprender con la propia delicadeza e intensidad privilejiadas con que siente i compren-

de un corazon femenino, todo homenaje es pequeño, todo tributo insignificante, toda admiracion mui débil para encomiar merecidamente tan nobilísimas, tan inestimables prendas. I estas prendas, léjos de afeminar el alma del hombre que las alberga, álzanla a inmensa altura, si van unidas, como lo iban en Vicuña, a un cerebro de hombre, a una cabeza llena de fuerza i enerjía, a un pensamiento vigoroso i atlético en las tareas árduas del hombre de estudio, i a una indomeñable voluntad de hierro en los afanes perseverantes del hombre de trabajo.

Para los que no alcanzamos a conocer ni a escudriñar personalmente los delicados pliegues del alma del grande escritor, es el libro de *Dolores* prueba evidente del supremo brillo con que en su autor se maridaban el talento, la imajinacion, —tan manifiestos siempre en el injenio chispeante de sus pájinas i en el calor brioso de sus frases,—con la inspiracion poética de un hondo sèntir i con los arranques espontáneos de un estro poderoso que así sabia encumbrarse al lirismo pindárico del canto heróico en las alas ardientes de la elocuencia artística, como sabia discurrir, desnudo de los atavíos i retóricos ornamentos, por el campo naturalísimo de la sencillez clásica. I esta cualidad es la que siempre me llamó más la atencion en Vicuña, porque al fin i al cabo, hai no pocos talentos en nuestra pátria para que la desaparicion de uno solo de ellos—siquiera éste sea de los más poderosos,—produzca la conmocion profunda con que ha ajitado a Chile la muerte de Benjamin Vicuña. Pero es que no solo ese talento hacía de Vicuña un hombre extraordinario entre los extraordinarios; era que, además de ese gran talento, poseía una alma no

ménos grande; era que, a cada idea enjendrada por aquella cabeza privilejiada, respondia invariablemente un latido ardoroso de un corazon tambien privilejiado; era, en fin, que el corazon se hermanaba allí con la cabeza, i la cabeza se hermanaba con el corazon: ¡Fenómeno raro en la historia del talento, privilejio especialísimo que a bien pocos hombres concede el cielo!

Para los historiadores, i para los que ántes de todo, son chilenos amantes de su pátria, es evidente que los escritos de sentimiento de Vicuña quedan eclipsados ante los infinitos servicios que prestó a Chile, ya desenterrando sus pasadas glorias, como lo hizo en tantos de sus libros históricos, ya encomiando sus glorias presentes como lo hizo con infatigable inspiracion durante la última guerra. De allí que muchos no hayan visto en Vicuña más que al hombre de memoria estupenda que cada dia arrancaba un nuevo secreto al pasado de entre el polvoriento escombro de archivos, manuscritos i libros raros en que se esconden las vergüenzas i las glorias de la historia. De allí que muchos no hayan visto en él más que al hombre incansable, verdadero símbolo de la humana actividad, que realizó en cincuenta años tareas que no realizan cincuenta hombres en el corto espacio de una breve existencia. De allí que Vicuña, figura eminentemente popular, simboliza, dentro de Chile, a la actividad i al talento en sus más distintas manifestaciones, i en el extranjero, a nuestra literatura entera que él, casi solo, bastó a mantener viviente i productora durante mui cerca de medio siglo; i de allí tambien que, acostumbradas las jentes a ver al escritor popular, al mandatario infatigable i filantrópico i al hombre público, ha-

yan olvidado a menudo al alma privilejiada, al corazon de poeta que, escondido entre las paredes sagradas de su hogar dichoso i tranquilo, alcanzó a dejarnos, sin embargo, una obra íntima que, no obstante su brevedad i su carácter privado, basta a testimoniar lo que era el alma que la dictó; obra que la muerte de su autor ha arrancado a la propiedad de una familia i entregado al público, a la pátria, únicos propietarios lejítimos de cuanto produjo esa mano fecunda i única que ennoblece a Chile, dándole ocasion de manifestar que comprende cuánto glorifica a un pais el talento de un buen escritor.

Por una dichosa casualidad he podido leer i estudiar este libro, del cual me permito decir dos palabras, porque talvez nadie lo ha hecho hasta hoi i porque al comunicar al público que el libro de *Dolores* le pertenece i que debe de leerle, estoi cierto de que no hiero ninguna delicadeza de familia, pues si es verdad que llamar la atencion hácia *Dolores* es poner de resalto los sentimientos fraternales de un cariño íntimo i doméstico, es tambien verdad que esos mismos sentimientos arrojan mucha luz sobre la figura de Vicuña, porque le ciñen, no ya solo ante su familia, sino ante el público entero, el preciado laurel de gran poeta i la inestimable, preciosa corona de hombre de puros sentimientos.

¡Poeta i hombre de corazon! ¿Os parece poco? Pues nada hai quizá que valga tanto como esas dos solas prendas que me han hecho simpatizar con la figura de Vicuña Mackenna más que todos los numerosos títulos que tiene a la gloria de la posteridad; prendas que son verdaderamente inapreciables cuando, por excepcionalísima fortuna, le es dado a un hombre exhibirlas en compañía del talento.

¡Comprender i sentir! Hé ahí algo que, cuando parte del fondo del alma, cuando no es hijo de la afectada i empalagosa sensiblería de corazones faltos en realidad de las fibras tiernas, vale más que el talento i que la ciencia. Hé ahí algo que ennoblece al hombre más lejítimamente que todos sus otros orgullosos títulos de grandeza. Hé ahí una facultad que es lo único capaz de dar en el mundo la dicha con que se sueña en los azules devaneos de la adolescencia, que es lo único que levanta al alma humana fuera del lodo de la tierra i la remonta con sus cándidas alas blancas a rejiones celestes i purísimas en donde la miseria i pequeñez del hombre desaparecen, no dejando lugar a que en él se vea más que su semejanza con Dios, i no ajitando en el cerebro humano más que este dulce pensamiento que va dirijido a su Creador: «¡Es verdad, es verdad que fuí creado a imájen i semejanza tuya!»

¡Comprender i sentir! Esto es lo único que hace al hombre gran poeta, aunque éste no componga versos, aunque no haya nacido para la ingrata i dura tarea de vaciar en reducido número de sílabas, en férreo molde de palabras, i en limitados espacios métricos, ideas inmensas, conmociones ilimitadas que no caben en ninguna estrofa i que, para expresarse siquiera pálidamente, han menester vaciarse en esos períodos inmensos e inacabables, incorrectos i desordenados, pero llenos de fuego i de calor, que tan característicos son de todos los grandes poetas en prosa.

Poeta de esta escuela era Vicuña. Si hubiera hecho versos, los habria hecho malos: no le habrian cabido en ellos toda la lava ardiente, todo el torbellino de ideas que derramaba a torrentes en sus brillantes pájinas de prosa.

I de esta misma cualidad nacia su defecto: la excesiva fuerza de su imajinacion era causa lójica de que con frecuencia su pensamiento no hallara bastante espacio a sus arrebatos, ni aun en la prosa castellana—que, de los usados, es el medio más ámplio, más rico i de más poderosos recursos para la expresion elocuente del pensamiento—i entónces su imajinacion se desbordaba i no respetaba los fueros del idioma i corria, corria desbocada por un campo nuevo i extraño en que se veian bullir mil ideas en una sola frase i mil pensamientos en una sola idea.

Aquello no era verso ni era prosa, i no obstante, se leia con gusto, se comprendia, i aun más, se admiraba: era el privilejio jenial de esos talentos superiores que todo lo atropellan i a los cuales todo se les perdona sin embargo, porque todo lo hacen con una manera propia que, por fortuna, es inimitable i no puede formar escuela; que escribir a la manera de Vicuña, con toda su incorreccion literaria, pero al prcpio tiempo con su imponderable brillo de colorista, con todo el injenio i con toda la fuerza exhuberante de su fantasía, fuera posible solo al heredero lejítimo de sus poderosas i exepcionales facultades. Cualquiera que con solo un talento mediano intente imitarle, luchará con lo imposible, porque si no es dudable que le alcanzará a copiar los defectos i las incorrecciones, es indudable que no logrará copiarle sus méritos especialísimos. Ha de acaecerle a Vicuña lo propio que a Bryon, a Víctor Hugo, a Lamartine, a Zorrilla, a Espronceda i a Castelar, a quienes todos leen con sumo deleite, a pesar de que atropellan a menudo desde las reglas más sencillas de la correccion, hasta las nociones más elementales del buen gusto, i a los cuales nadie

puede ni debe imitar en sus estilos, si no quiere cometer un delito de lesa literatura, que es penado irrefragablemente con la exhibicion de la propia incompetencia primero, i en seguida con la pesadumbre inmensa del ridículo.

Por eso, al hablar del estilo de Vicuña, puede decirse: para leido, magnífico; para imitado, malo i ademas, imposible. Este juicio literario—que es, me parece, el de todos— le coloca para siempre en donde ya nadie puede alcanzarle i es, por tanto, el más elocuente de sus elojios.

Ahora bien, quizá ninguno de sus libros escribió Vicuña tan con su manera propia, tan en su estilo especial, como el de *Dolores*. Por donde se ve que este es el escrito más de su corazon, que es decir que es la obra más de Vicuña i la que, por eso, inspira más simpatía hácia aquel autor insigne que con su pluma todo lo podia: desde inmortalizar su nombre, hasta dar una gloria universal a las letras, desde cantar en prosa la epopeya de nuestra breve pero gloriosa historia, hasta entonar una de las elejías más tiernas, más sentidas i melancólicas que una alma grande puede cantar: la elejía a la muerte de una hermana.

Amar a una hermana como él amaba a la suya, sentir el peso dulce de los lazos del cariño con la profunda terneza con que él sabia sentirles... ¡Ah! Prescindamos por un momento de todas sus otras glorias i digamos, contemplando el tierno abrazo fraternal que hoi da en el cielo a su querida hermana:

—¡Muerto ilustre, para tu gloria de hombre, con ese cariño bastaba!

Santiago, a 1.° de Febrero de 1886.

FIN.

LA EDUCACION DEL HOMBRE

POR FEDERICO FRÖEBEL (1)

Estudio bibliográfico

Quizá ninguno de los muchos célebres pedagogos que han consagrado sus dias i sus estudios al sacerdocio heróico de la educacion del hombre, ha alcanzado en el presente siglo la fama del insigne sábio aleman Federico Fröebel. Aun ántes de que llegara a nosotros la excelente obra en que se estudia i explica el sistema de éste, ya Fröebel era conocido i ya sus teorías habian alcanzado renombre hasta en los apartados rincones de nuestros establecimientos de educacion. No es de extrañar, por tanto, el que cuantos algo se

(1) Version castellana de don José Abelardo Núñez. (Tomo II de la «Biblioteca del Maestro» que publica D. Appleton i C.ª en Nueva York, bajo la direccion del señor Núñez.)

preocupan de nuestra intelectual cultura hayan experimentado grata complacencia al ver que la obra de Fröebel está ya a mano de cuantos pueden influir en el mejoramiento de la educacion de nuestra juventud; ni ménos se me ha de tildar de presumido porque sin títulos ni especiales estudios que para ello me abonen, intente yo atraer la atencion del público sobre libro tan notable, penetrado, como estoi, de la importancia de las teorías de Fröebel i de lo beneficiosa que ha de ser para Chile la implantacion de un sistema de educar aceptado ya en Europa i ensayado en Alemania con grandísimo provecho por el mismo Fröebel, que consumió larga i laboriosa existencia solo en educar conforme a sus principios a varias jeneraciones de su pátria.

I en verdad, que entre los educadores más notables de la época moderna, no hai ninguno, que sepamos, cuyas ideas hayan llamado tan vivamente la atencion de las jentes ilustradas como las de Fröebel. Sin duda que las ideas de Rousseau despertaron más honda atencion en el siglo pasado; empero no resistieron al exámen i estudio de los críticos, ni consiguieron implantacion práctica alguna. Al paso que el sistema fröebeliano se ha abierto desde hace tiempo ancho camino en todas partes, puesto que en Europa cuenta ya centenares de establecimientos con sus jardines, sus juguetes, etc., i su influencia es tan poderosa, que sus *kindergarten* (jardines de niños) se hallan esparcidos en todas partes del mundo i han sido aceptados hasta por los ingleses i los norte-americanos, que tan pocos amigos son de popularizar sistemas i glorias que no les pertenecen. Largo i acalorado ha sido el debate. Grandes congresos pedagójicos se han reunido en Europa; i siempre

i en todas partes, los nombres de las más reputadas glorias de la Pedagojia: Pestalozzi, Buchanam, Montesino, etc., han quedado como eclipsados ante el nombre de Fröebel.

La importancia de la obra de Fröebel arraiga principalmente en la parte práctica de los estudios que encierra.

La idea capital del sábio aleman es imprimir en la educacion del niño una tendencia práctica, que no se limite, como hasta ahora, a desarrollar sus facultades, sino que llegue hasta perfeccionar su naturaleza misma. Esta última idea, más que ninguna otra, predomina en su sistema, porque en él estudia con profunda atencion la naturaleza del niño i la del hombre, inquiere cuidadosamente sus defectos i busca al punto el medio de extirparles injertando en reemplazo de ellos, jérmenes de nuevas cualidades que han de fructificar despues en la propia naturaleza del hombre.

Para conseguir su objeto i permitir a la naturaleza del niño más libre desarrollo, comienza Fröebel por rodear a éste de un medio más tranquilo, más puro i más en armonía con la delicadeza de sus facultades. Esto es, comienza por no confundir, como, para desdicha de muchas jeneraciones, han confundido los más de los educadores, el sentido de la palabra *educacion* con el del vocablo *enseñanza*. Fröebel quiere *educar* al niño: no pretende *enseñarle*.

De allí que no admite en su sistema esa balumba de enseñanzas teóricas con que los maestros atiborran siempre los aun no desarrollados cerebros i las no bien despiertas facultades de los niños; balumba que es perniciosa porque si el cerebro que la recibe es de constitucion fuerte, merced a tales enseñanzas, su desarrollo se acelerará

con fuerzas excesivas i prematuras que no sirven sino para formar esas jeneraciones sin juventud, que desdichadamente tanto abundan en nuestro siglo, compuestas por hombres calvos, sábios i viejos a los veinte años. I si el cerebro que las recibe es de constitucion débil, cohíbese i ahógase su desenvolvimiento, idiotizando así al individuo. Es evidente que el solo remedio de esos tristísimos hechos, es la reforma de la educacion de los niños, los cuales, una vez desarrollados, sabrán asimilarse por sí propios i ya sin peligro ni dificultad alguna, las varias enseñanzas científicas que a su futura profesion convengan.

Ahora bien, esta educacion solo debe darse con la naturaleza, pues el primero, más útil i, por mucho tiempo, único libro en que puede el niño estudiar, es el libro inmenso de la naturaleza, el libro siempre abierto de Dios, como le llama Fröebel. No se piense por esto, que Fröebel se aproxima a las teorías del estado natural de Rousseau, porque, ántes al contrario, repúgnalas vivamente al radicar sus observaciones en el atento estudio de toda la naturaleza i al reconocer la profunda sabiduría de la lei que él llama «del ritmo universal»; lei que, entre sus primeras i más rigurosas prescripciones, cuenta la de que así el padre, la madre i el maestro, como la sociedad entera, deben de vijilar i atender escrupulosamente el natural tierno, delicado e impresionable del niño; el cual no podria vivir sin el dulce calor de esos cuidados sociales que tan locamente intentó arrebatarle en sus delirios el solitario filósofo de Jinebra.

Lo principal i mejor de la obra de Fröebel va enderezado a explicar i defender el dicho sistema de la naturaleza. Imposible de toda imposibilidad

me fuera dar,—en tan breve espacio como el de un mero estudio *bibliográfico*, una idea completa i exacta del célebre sistema fröebeliano. Para adquirir debidamente tal idea es indispensable que cada cual lea i estudie la obra misma del sábio aleman. Limitaréme, pues, a decir que el autor comienza por bosquejar una idea jeneral de su sistema basándole en la observacion atenta del hombre durante los tres primeros grados de su desarrollo: la creatura, el niño i el adolescente. Estudia i desenvuelve aquí la necesidad de que la relijion, el trabajo i la moderacion, presidan al crecimiento del niño i pide, al sintetizar sus ideas, «que en el niño sea considerado el hombre; que en la infancia sea considerada a la vez la infancia de la humanidad i del hombre; i que en los juegos de la infancia sea considerado asímismo el jérmen de la facultad creadora que posee el hombre.» I agrega despues: «Conviene que así sea porque, para desarrollarse i desarrollar en él la humanidad, el hombre debe ser mirado desde la infancia como una unidad, como la personificacion de la humanidad.»

Explícanos en seguida Fröebel su sistema estudiándole científica i teóricamente i demostrando el arraigo profundo i sábio que tiene en la naturaleza misma de las cosas. En este parte la obra es notabilísima i revela, ademas de inmensos estudios, un gran talento lleno de vigor i de lójica. Entre los ocho pensados capítulos que forman dicha parte, (La escuela, La relijion, Importancia de los estudios artísticos, Estudio de la naturaleza, Estudio de las matemáticas, El lenguaje, El arte, Recapitulacion) léese uno, el más extenso de todos, titulado *Estudio de la naturaleza* (pájinas 101 a 145) que por sí solo es majistral

obra en que abunda verdadera ciencia de la naturaleza i profunda observacion del hombre.

En el resto de la obra traza el autor la norma práctica a que deben sujetarse los educadores (comprende entre éstos así al maestro como al padre i la madre.) La claridad i el método son cualidades que lucen con tal extremo en esta parte del libro, que cuanto allí se lee, impónese sin dificultad a los espíritus más legos en Pedagojia.

En una palabra, el plan de la obra corresponde a la importancia de ella i acusa de contínuo al verdadero sábio que ha ordenado sus grandes estudios i observaciones con el propio talento que las ha recojido; que de verdadero sábio es buscar el apoyo de un sistema, primeramente en la naturaleza misma del hombre, basarle en seguida en la naturaleza de las grandes i eternas leyes que rijen al universo i afirmarle, por último, en las ventajas prácticas e inmediatas que de su aplicacion dimanan.

«*La Educacion del Hombre*» es obra compuesta con tal suma de talento, que el sistema en ella estudiado no ha menester apolojía ni comentarios, pues de su mera exposicion fluye naturalmente su mejor apolojía. Y es que el sistema de Fröebel consulta más que ningun otro las tendencias instintivas de la naturaleza humana.

En honor de la verdad débese reconocer, sin embargo, que esa claridad i método, que tanto avaloran la parte práctica de la obra, no lucen de semejante manera en la parte, digamos, metafísica del libro. Porque es de notar que Fröebel, a más de sapientísimo pedagogo, tuvo sus ribetes de filósofo i de metafísico. Por donde se comprende fácilmente su eterna tendencia a solidar el sistema de educacion que propone, en cierta

metafísica elevada i noble, pero al propio tiempo vaga, confusa o al ménos incompleta, que bulle por toda la obra a manera de sutil niebla envolvedora de las ideas filosóficas del autor.

No es esto decir que la referida circunstancia pueda reputarse verdadero defecto de la obra; porque, al contrario, una obra alemana en que no hubiera algo de filosofismo, no tendria el carácter nacional inherente a la literatura alemana, i en este caso la tal circunstancia sería puesta como defecto de la obra, toda vez que los críticos alemanes no encontrarian en ella esa nebulosidad soñadora i profunda que les hechiza, porque les recuerda quizás las nieblas poéticas de su pátria i porque están habituados a hallarla en el idealismo soñador de sus poetas, en el sentimiento melancólico i severo de sus músicos, en las hondas concepciones de sus sublimes metafísicos, en los profundos estudios de sus grandes sábios i, en fin, en las manifestaciones todas del jénio aleman.

No apuntamos, pues, la indicada nebulosidad en son de censura: nada más distante de nuestro ánimo. Recordámosla sólo a intento de que los lectores que tienen desapego de las metafísicas soñadoras, no olviden al juzgar la obra del célebre Fröebel, que aunque les pese de ello, no pueden criticar como defecto la parte filosófica de «*La Educacion del Hombre*», puesto que su autor es ante omnia buen aleman: i en los alemanes no es de censurar tal circunstancia; bien así como tampoco son censurables la galana i poética floridez en los escritores castellanos, el extravagante *humour* en los escritores ingleses, el chistoso retruécano i la injeniosa lijereza en los franceses ni la afeminada blandura en los italianos: sino mui al contrario; porque esas mismas calidades

que pueden repugnar a extranjeras organizaciones, constituyen, si bien se mira, belleza que es real i verdadera aunque otros tengan de considerarla relativa i convencional.

No se crea, empero, que las filosofías de Fröebel son tan oscuras que no se entiendan absolutamente. Nada de esto, pues que si se las estudia atentamente, vése con claridad que el sábio aleman no se limita a lucubrar ni a desparcir en su libro ideas sueltas o inconexas, sino que, por punto jeneral, obedece a un sistema metafísico preconcebido i fijo, el cual extrae todas sus conclusiones de una sola idea, que es la idea de Divinidad: de donde deduçe el autor que toda la naturaleza es simple manifestacion de la fuerza infinita de esa Divinidad i que el destino más alto i sublime del hombre, es: *la manifestacion de la accion divina de su sér*. I tanta es la lójica con que Fröebel razona, que jamás le arredran las conclusiones de sus ideas, por más que entre tales conclusiones aparezca el olvido (no la negacion) de la vida futura; i por más que del afan de ver en el hombre sólo una manifestacion casi inconsciente de la Suprema Divinidad, pueda, en rigor, deducirse o la teoría del más franco de los fatalismos, o el sistema más abiertamente panteístico.

No obstante, en esta parte, la teoría fröebeliana es a todas luces incompleta i aun tildárala yo de contradictoria, si no me lo impidiese la severa lójica de discurso que se nota siempre en Fröebel. I ello se comprende fácilmente: en una obra que, como «*La Educacion del Hombre*», es, ante todas cosas, de carácter práctico, la parte meramente especulativa queda relegada a segundo término; por manera que las disquisiciones metafísicas no pue-

den ser completas, i sí pueden parecer contradictorias, toda vez que se las toca mui a la corta i sin espacio para explicarlas i enlazarlas debidamente.

Por ejemplo, Fröebel se manifiesta siempre mui relijioso, mui cristiano i cree que la relijion de Jesus es elemento indispensable en la buena educacion del hombre (Cap. V *La Relijion*,—pájina 91 i siguientes). Sin embargo, en otros lugares de su libro se da a lucubraciones por extremo soñadoras, en el calor de las cuales llega hasta a reprobar implícitamente que la relijion ofrezca al hombre, en premio de sus virtudes, recompensas de cualesquiera jéneros: sean éstas temporales i finibles,—como aquella de *vivir largos años sobre la tierra*, que se ofrece en el catecismo de la doctrina cristiana a todos los que cumplen el sagrado deber de *honrar padre i madre*,—sean ellas divinas e infinitas,—como la de la dichosa vida futura que han ofrecido siempre a sus fieles adeptos casi todas las relijiones predicadas en el mundo.

Léanse, sino los párrafos siguientes, que transcribo a fin de dar una idea del estilo de Fröebel i de lo elevado del punto de mira que toma nuestro autor para fundar sus observaciones:

«... Los hombres i los niños, dotados de una intelijencia elevada, no tienen necesidad de la esperanza de una recompensa para que su conducta sea pura i sus acciones rectas i buenas. Es, pues, conocer poco el sér del hombre, es rebajar su dignidad, eso de creer necesario el prometerle una recompensa con el objeto de hacerle obrar dignamente segun su sér i su destino; el hombre se hace verdaderamente digno de su destino cuando obtiene desde temprano el medio de sentir a

cada instante toda la dignidad de su sér. La conciencia, el sentimiento de haber vivido i obrado fiel i conformemente a su sér, a su dignidad i a las leyes de Dios, debe sér tambien, en todas las épocas de su vida, la mejor recompensa de su buena conducta *i no necesita de otra:* ménos aun debe reclamar una recompensa exterior. Un niño que tiene en sí propio la certeza de haber obrado como digno hijo de su padre, de haberse portado con arreglo a los deseos i a las voluntades de su padre, ¿pide o exije otra cosa sino el gozo por tal conducta? Un niño naturalmente sencillo i bueno, ¿piensa en la recompensa que le aguarda, por mas que esto fuera un simple elojio? ¿Debe el hombre proceder para con Dios de distinto modo que un hijo terrenal para con su padre terrenal? ¡Cómo denigramos i rebajamos la naturaleza hnmana en lugar de levantarla, cómo la debilitamos en lugar de fortificarla, cuando ofrecemos un aliciente a su virtud, aunque se trate de una recompensa futura!... (Cap. XII. *Perfeccion de la intelijencia moral*, pájs. 173 a 174.)

Tócame ahora preguntar: ¿Cómo acuerda Fröebel su profundo respeto por la relijion de Cristo con ese arrogante optimismo que, con su brillo fascinador le hace poner en olvido hasta que existen flaquezas inherentes a la naturaleza humana? Cómo, si considera al hombre tan perfecto desde niño, cómo pretende que ha menester de tan dilijente i esmerada educacion?

No lo sé ni él pretende tampoco explicarlo. De aquí, pues, que, miéntras no me sea dado estudiar otras obras de Fröebel, en donde el autor desenvuelva con más latitud e importancia sus ideas ontolójicas i sus convicciones relijiosas, no seré yo quien se atreva a emitir una opinion de-

finitiva respecto de la parte filosófica de «*La Educacion del Hombre.*»

Apesar de las precedentes observaciones, es indudable que la obra de Fröebel no amengua un punto en su grande importancia para nosotros; porque dicha importancia radica principalísimamente en los estudios prácticos del gran pedagogo aleman i en la norma que él dicta para aplicarles a la educacion del hombre. Ahora bien, al aceptar esta norma práctica puede prescindirse perfectamente de las ideas metafísicas de su autor o puede tambien aceptárselas sin dañar por eso a los resultados positivos del nuevo sistema de educacion.

Es, por tanto, de verdadera importancia el servicio que presta a nuestro pais el señor Núñez al verter al castellano la célebre obra de Fröebel i es de esperar que, lo ménos tarde posible, vea el distinguido traductor premiados sus afanes con la propagacion de las ideas fröebelianas en Chile i con la buena acojida que debe de hallar «*La Educacion del Hombre*» de parte de rectores i maestros, de padres i de madres. I a este propósito séame permitido extrañarme de que el señor Núñez no haya puesto a su traduccion un prólogo que historiase, brevemente siquiera, la vida de hombre tan notable como lo fué Fröebel i que, sobre todo, consignara, al ménos de lijera, la gran discusion i la inmensa algarada de polémicas que, ántes i aun despues de ser aceptado por los más notables pedagogos, levantó en toda Europa el sistema de Fröebel. Trabajos de esta índole no pueden costar nuevos estudios al señor Núñez que, en estas materias, posee desde muchos años verdaderos conocimientos; i sí pueden contribuir algo a popularizar las ideas fröebelia-

nas entre las muchas jentes que no las conocen ni de nombre.

Respecto de la traduccion de la obra, cuanto en su pró dijera fuera poco decir; porque, en verdad, la traduccion del señor Núñez sale mui por cima de lo que es uso ver; i es no poca honra para el director de la «Biblioteca del maestro» que la ejecucion de sus empresas corresponda plenamente a la importancia de ellas, pues la traduccion de Fröebel es, por su esmeradísima correccion de lenguaje i por su limpia diafanidad de estilo, digna en todo de la importancia i renombre del gran sábio aleman.

Santiago, Septiembre de 1885.

FIN

ERRATAS NOTABLES

Circunstancias tan ajenas de la voluntad del autor, como algunas ocupaciones imprescindibles i como el usar esta imprenta una ortografía harto distinta de la correcta i rigurosamente española que él usa, le han impedido vijilar con el necesario esmero la correccion de pruebas del presente volúmen i son causa de que se hayan escapado en esta impresion algunos errores, de los cuales débese correjir principalmente los que sigue:

PÁJINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
9	19	le facilité	le felicité
10	30	vocacion sacerdota	vocacion sacerdotal
18	7	Esta es su casa	Esta es ahora su casa
18	17	tío materno	tío paterno
24	7	esos seis años	esos años
25	8	jamas ma frase	jamás una frase
29	24	te pareciera	te parecería
31	20	hermano único	hermano político i único
36	7-8	señorita *mentaa*	señorita *mentáa*
43	31	que significaba para él	qué significaba
58	16	toda culpa	toda la culpa
61	11	fué la noche	Fué el dia
64	20	no más, repetía	no más repitió
66	15	de unos dos o tres	de dos o tres
68	6	de tristísima	de su tristísima
81	36	sublimedoal	sublime ideal
85	16	desarrollamiento	desenvolvimiento
85	20	para ejercitar	para ejecutar
98	16	el célebre reloj	el célere reloj
103	13	Veíase	Veíanse
107	11	tanto te hemes	tanto te hemos
109	1	se narrarán	se narrarían
122	16	un mas atras	un mes atrás
123	6	la que axiste	la que asiste

PÁJINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
130	15-16	este momente	este momento
133	26	que las brisas de la mas noche	más que las brisas de la noche
145	35	abieron	abrieren
151	4	ascendrado	acendrade
157	10	el negro de	el negror de
158	32	desarrajóle	descerrajóle
160	20-21	él comenzó	i le comenzó
161	30-31	le acababa de inferir	acababa de inferirla
169	12	luz cuyo	luz, cuyos
184	30	*la plus belle des*	*la plus belle de*
189	14	le plus beaux des	le plus beaux de
191	23	Ne te	No te
222	28	a unos le	a uno le

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

~~JAN 8 '52~~